



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

**“ANCLAJES Y FRACTURAS CULTURALES
EN LAS CONSTRUCCIONES DE PATERNIDAD
DE VARONES CHILENOS QUE NO VIVEN CON SUS HIJOS”**

TESIS

PARA OBTENER EL GRADO DE:

MAESTRÍA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

PRESENTA

ECHEVERRÍA GÁLVEZ GENOVEVA MARÍA

DIRECTOR DE TESIS:

DR. RICARDO MELGAR BAO

México, D.F., Agosto 2011



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Me permito agradecer principalmente a mi director de tesis, el Dr. Ricardo Melgar Bao, quien tuvo la paciencia de acompañarme y esperarme para finalmente poder completar mi tesis de maestría. Sus clases, textos y conversaciones siempre fueron inspirados e iluminadores.

Así también agradezco las pertinentes sugerencias que realizaron mis sinodales, quienes contribuyeron a mejorar este texto.

Finalmente, quiero agradecer a mis amigos, familiares y otras personas que en Chile y en México colaboraron y me apoyaron en distintas fases del proceso de tesis y titulación, de maneras estratégicamente muy importantes.

INDICE

INTRODUCCIÓN	4
SUBJETIVIDADES EN EL CONTEXTO CULTURAL CHILENO	27
Escenario de cambio e inseguridad	27
Posibilidades en la cultura chilena actual	30
Individuos libres y fragilizados	36
ARTICULACIONES DESDE EL IMAGINARIO DE FAMILIA	41
El modelo de la familia nuclear moderna	41
Familia o familias	43
Aperturas y resistencias: los nuevos sentidos de la familia.....	46
Anclajes familiares en Chile	50
Subjetividades atrapadas en la familia.....	56
MASCULINIDADES Y CULTURA	58
Estudios de las masculinidades	58
El peso y la fuerza de la Masculinidad hegemónica.....	64
Malestares y crisis de la masculinidad	71
Nuevos escenarios ¿nuevas masculinidades?	78
PATERNIDADES DESDE LOS NUEVOS ESCENARIOS	84
Fracturando las nociones e inscripciones de paternidad.....	85
Estudio de las Paternidades en América Latina.....	89
La paternidad como centro	98
La responsabilidad, mandato siempre presente	101
La carga y orgullo de proveer	104
Legitimados desde la madre.....	106
Poder y autoridad del padre en la familia.....	108
Cuestionando la imagen del padre distante	111
Paternidades desde los afectos	113
Contradicciones en discursos y prácticas	118
Ser padre fuera de los espacios “naturales”	121
CULTURA Y SUBJETIVIDADES: ARTICULACIONES DESDE LA PATERNIDAD	125
CONCLUSIONES	165
BIBLIOGRAFÍA	182
ANEXO: DISEÑO METODOLÓGICO	193

INTRODUCCIÓN

En un contexto de antiguas y nuevas complejidades y desafíos para las subjetivaciones de los distintos actores sociales, diversos autores dibujan el escenario actual señalando que vivimos en medio de una sociedad de riesgo, donde debemos tomar decisiones apremiantes a cada momento, a la vez que nos movemos portando temores e inseguridades, desde subjetividades fracturadas, atisbando peligros en cada esquina, y teniendo que administrar una diversidad de alternativas y de deseos circulantes. Deambulamos, entonces, en medio fragmentos de espacios y tiempos que nos tensionan y mueven en una diversidad de posibilidades y mundos que se interceptan. Vértigo, emoción y fugacidad son rasgos de una era que atrae y fascina, a la vez que marea y abruma (Bauman, 2001, 2005b; Beck, 1998; Giddens, 1997; Lyotard, 2000).

Giddens indica que en este entorno se genera la „reflexividad’, es decir, la revisión continua a que sometemos los hechos de nuestra vida, a la luz de nueva información que entra a nosotros desde fuera. Por lo mismo, nuestras elecciones van variando y están siempre relativamente abiertas; pero dentro de este mar de posibilidades vamos tomando opciones que van marcando no solo nuestra forma de actuar, sino también nuestro yo. Este modelo o unidad de elecciones configurarían el estilo de vida que vamos asumiendo; entendido éste como un “...conjunto de prácticas más o menos integrado que un individuo adopta no sólo porque satisfacen necesidades utilitarias, sino porque dan forma material a una crónica concreta de la identidad del yo” (Giddens, 1997, p.106).

Cabe agregar que, en el contexto de una crisis de la modernidad, se han generado una serie de transformaciones sociales que tensionan a los sujetos y sus formas de inserción social. Los antiguos roles prescritos se han relativizado, los lazos sociales se han derrumbado, ahora los sujetos se mueven libres y solitarios, sin caminos demarcados, sin apoyos ni soportes sociales seguros; y en una sociedad donde las instituciones se ha debilitado, los individuos quedan enfrentados a sí mismos y sus opciones como única alternativa de respaldo. Así, en un contexto sociocultural donde el escepticismo y el cuestionamiento recurrente

ponen en constante replanteamiento todo lo conocido y lo ‚fijo‘, se evidencia la presencia de un movimiento y requerimiento constante de redefiniciones en torno a las más variadas situaciones. (Bauman, 2005b; Garretón et al., 2003; Giddens, 1997)

Las relaciones interpersonales, entonces, se caracterizarán por una falta de vínculos estables, presentándose a los sujetos una contradicción entre querer relacionarse y a la vez proteger su libertad y los espacios de privacidad; en una lucha por lograr su gran destino de autonomía e independencia, donde a momentos se buscaría ‚quererse a sí mismo‘ tanto como para no requerir o necesitar a los otros (Bauman, 2001; Beck, 1998; Giddens, 1997; Lipovetsky, 2000).

En estas circunstancias se inscribe la individualización como el proceso de construcción que pone acento en los individuos enfrentados a los escenarios definidos como propios de esta llamada segunda modernidad. Sin embargo, Araujo (2011) señala que si bien ha sido un aporte para las ciencias sociales en dar este lugar al individuo –valorando esta entrada que ha sido fortalecida por los estudios de género– también indica que en América Latina se comete una ‚traición‘ al asimilar el proyecto noroccidental de la individuación, sin matizar las particularidades sujeciones sociohistóricas que marca a cada uno de nuestros pueblos y, por ende, a sus mujeres y varones. En esta línea plantea que la tesis de la individualización propone un paisaje extremadamente homogéneo para entender la complejidad de los procesos contemporáneos, así se nubla la posibilidad de ver la multiplicidad de modos en que los sujetos se pueden configurar, por el peso del modelo de individuo occidental y moderno que se convierte en norma e ideal al momento de intentar conocer a los sujetos de nuestras latitudes (Araujo 2009a y 2009b).

Por lo mismo, aparece pertinente situar rasgos propios de nuestra región en cuanto a la forma que se ha dado este contexto de cambios sociales y culturales. En América Latina podemos reconocer el fragmentarismo de la trama comunitaria, el fracaso de una continuidad histórica, la caída de los ideales totalizantes, la fractura de las verdades dogmatizadas y la revalorización de la democracia. Así,

además de compartir estas y otras características generales con la posmodernidad europea, también presentamos nuestras particularidades, como aparecer más vulnerables frente al neoliberalismo y a las „manos uniformadoras de la lógica global del mercado’. También se señala que nuestras condiciones periféricas nos dificultarían realizar plenamente algunas dimensiones positivas posmodernas como el reconocimiento de la diversidad y del pluralismo cultural. Finalmente, desde esta mirada en América Latina se observan algunas paradojas tales como el que junto a la presencia de una globalización homogeneizante, aparece una característica y singular „heterogeneidad latinoamericana’ (García Canclini, 1990; Hardt y Negri, 2002; Olavarría, 2008; Richard, 1996; Sarlo, 1996).

Las complejizaciones y diferenciaciones de nuestras sociedades latinoamericanas traen, entonces, no solo un aumento de las posibilidades sino también de las dificultades que tienen los individuos en su autodeterminación. Ahora nos rodea un contexto donde encontramos una multiplicación de actores y una gran oferta de sistemas valóricos, en contraste con las pocas clases, fuerzas sociales y opciones de sentido de antaño. Así, ante este abanico de referentes normativos y la gran variedad de esquemas interpretativos, se complejizan las posibilidades para que los sujetos construyan sus sí mismos. En esta línea, se ha señalado que en el contexto chileno se aprecia:

... la diversificación en los estilos de comportamiento de personas y grupos, y que se traducen en una mayor individualización y autonomía, y el contexto de globalización en el que éstos se desarrollan, han dado lugar al surgimiento de desafíos cualitativamente distintos de aquellos que les dieron origen. (PNUD, 2009, p. 24)

Sin embargo, puede señalarse que estos procesos de individualización no solo estarían marcados por el *plus* de autonomía, autodeterminación y reflexividad que proponen Giddens, Bauman y Beck, sino también por las características locales propias de cada cultura y sociedad. Lechner (2005) analiza una serie de cambios culturales en Chile que se relacionan con transformaciones que ya han sido descritos por estos autores europeos desde sus realidades, pero matizadas con una serie de rasgos y actualizaciones particulares vinculadas a su historia y

realidad social. En este contexto enuncia que una de estas transformaciones sería *una globalización interiorizada*: indica que “somos un país, pero ‘la sociedad’ ha dejado de ser un hecho evidente” (p.5), donde tanto el territorio de la nación como sus horizontes históricos pierden vigor; lo que se habría dado sería una particular interiorización y ‘nacionalización’ de la globalización, una nueva ‘hibridación’ –al decir de García Canclini- de la cultura nacional. Así también Lechner señala que en Chile se ha dado *un acelerado proceso de individualización*: donde el individuo se despega de los vínculos y hábitos tradicionales, rompiendo con el cierre y protección anterior y moviéndose hacia un proceso de emancipación que le permite ampliar su horizonte de experiencias; sin embargo puntualiza que esta individualización dependerá de las opciones y los recursos que ofrece la sociedad; es así que esta pluralización de los referentes normativos y la competencia entre esquemas interpretativos han tendido a dificultar en los chilenos la elaboración de un marco de referencias colectivas que facilite el logro de un ‘Yo auténtico’, por lo mismo se instala una presión angustiante y una experiencia de inseguridad existencial que deviene en lo que Lechner llama ‘retracción a-social’, marcando así el carácter inconcluso de la individualización en este país (PNUD, 2002). A los elementos anteriores añade el fuerte peso de *la sociedad de mercado*, que habría propiciado una individualización de la responsabilidad y una flexibilización del vínculo social, lo cual ha modificado muchas dimensiones de la vida social. Este proyecto cultural que impone el imperio del mercado ha generado en Chile una ‘informalización’ también en las relaciones afectivas y de pertenencia asociativa, relativizando también la autoridad normativa. Así, y considerando la historia en Chile, el estado ha dejado de encarnar la responsabilidad colectiva, junto con lo cual lo nacional pierde los principales anclajes en la experiencia cotidiana de la gente, perdiéndose la centralidad del estado en el imaginario colectivo. Lechner (2005) también caracteriza los cambios de Chile con la impronta de *una cultura de consumo*, caracterizada por: el paso de una ‘sociedad del trabajo’ a una ‘sociedad de consumo’; el paso también desde de la acción colectiva -propia al mundo productivo- a la preeminencia de la estrategia individual típica del consumo; en consonancia prevalece una identidad individual –tentativa y provisoria- por sobre

la colectiva; se da una flexibilización de la regulación laboral donde los imaginarios sociales se nutren más de la publicidad que de la experiencia laboral; el consumo también ha modificado el horizonte espacial e introduce otra temporalidad; finalmente se puede indicar que se desplaza la ética por la estética. Como último rasgo que evidencia estos cambios, el autor indica *la mediatización de la comunicación social*, donde Lechner (2005) indica que las nuevas tecnologías y el auge de la cultura de la imagen han cambiado la manera de entender y organizar la realidad y la vida social, con los consecuentes cambios en la sociabilidad y una cierta des-materialización de la realidad social. En especial subraya dos transformaciones culturales: *cambios en la convivencia social*, con relaciones sociales más flexibles y una trama social más tenue y frágil, con la fuerte vivencia de ambivalencias y ambigüedades cotidianas; así también *cambio en el imaginario de sociedad*, desde una anterior sociedad vivida como un cuerpo coherente y cohesivo, a la actual sensación de que “todo es posible y nada es seguro”, donde se hace difícil sentirse parte de un sujeto colectivo. En suma, Lechner (2005) recalca que su mayor preocupación en torno a todas estas transformaciones sería el claro *desmedro de la conformación de un ‘nosotros’* como situación cultural propia del Chile actual, lo que no se logra compensar con la intención de fortalecer el capital social. Estos cambios culturales habrían afectado fuertemente el vínculo social, lo que repercute a nivel de las posibilidades de construcción de una democracia como referente simbólico para los ciudadanos. Asimismo indica que sin mecanismos de integración, la diversidad de la sociedad deriva en una fragmentación del espacio público, la familia, las redes sociales, entre otros, con la consecuente fragilidad que deja al ciudadano la falta de este lazo social, lo que trae como efecto una reclusión en la familia, y una individualización asocial que debilita las posibilidades de subjetivación.

Por otra parte, es posible introducir otros referentes de análisis que aportan a entender estos cambios en la construcción de subjetividades, vínculos y formas de vida cotidiana que se evidencian en el mundo y América Latina en particular. Estas transformaciones se han visto también reforzadas y tensionadas por

importantes cambios sociales y de género tales como la fuerte y masiva inserción laboral femenina, con los consiguientes cambios en roles, funciones y relaciones al interior de las familias; cambios que también se fortalecen con la clara postergación de la decisión de tener hijos, el aumento en la convivencia sin matrimonio, y el mayor énfasis en el desarrollo profesional que presentan hoy las mujeres. Se suma a estas transformaciones la irrupción de los movimientos homosexuales con sus replanteamientos de las comprensiones de los sujetos y sus prescripciones. Todo en un contexto de perturbaciones socioeconómicas, precarización de las fuentes laborales, y aumento de las demandas de despliegue y ampliación de roles y rasgos para los varones (Olavarría, 2001b).

Considerando este nuevo entramado social, los hombres son convocados a nuevas relaciones y posiciones dentro de las familias; sistemas que mutan más rápido que lo requerido para asentar estas nuevas demandas en los ámbitos públicos y privados. En este mar de interpelaciones, los varones evidencian resistencias y aperturas, para modificar sus prácticas y expectativas. Es así que en el campo de las paternidades se han venido observando nuevas fórmulas que parecen no obedecer solamente a las exigencias femeninas y de la cotidianidad, sino que también se manifiestan como un giro de iniciativa personal, donde los varones muchas veces se muestran complacidos y satisfechos (Badinter, 1993; Barker y Verani, 2008; Burin y Meler, 2001; Jiménez Guzmán, 2008; Olavarría, 2001c; Viveros, 2000).

Sin embargo, cabe preguntarse ¿Con qué piezas, recortes, simbólicas y cargas de sentidos van los varones conformando su propia –en tanto experiencia personal y construcción cultural- versión de paternidad? ¿Cuáles son los materiales con los que y desde los cuales puede el varón ir constituyendo la dimensión de paternidad de su subjetividad?

Estas preguntas abren las primeras miradas que se irán enfocando hasta decantar, posteriormente, en la pregunta y objetivos de esta investigación. Así, en la vía de ir desarrollando posibles reflexiones, se hace necesario revisar el

contexto de despliegue de las subjetividades masculinas, y en el particular contexto que convoca este estudio, el caso de la cultura chilena¹.

Valdés y Olavarría (1997) indican que en las últimas décadas los estudios de género propician un gran giro, al posibilitar la salida del varón del lugar del „Sujeto’ que mira y problematiza a los otros, para ponerlo ahora también como objeto de reflexión; evidenciando así su condición y particularidades como sujeto desde una posición cultural e histórica, y no como un „Universal’.

Los estudios de género se instauran, entonces, en los años ’70 a partir de las demandas y movimientos feministas. Desde allí se conceptualiza e instala la categoría de sistema de sexo/género definido como “el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y en el que se satisfacen esas necesidades humanas transformadas” (Rubin, 1986, p. 114). Este sistema de sexo/género identifica un conjunto de prácticas, representaciones, normas y valores sociales, que se pueden distinguir en los registros de lo real, imaginario y simbólico, y en una cultura y un tiempo determinados. Con esta distinción se buscó develar, comprender y explicar las condiciones de vida perjudiciales de la mujer, ya que no existía ningún cuerpo teórico que diera cuenta de esta subordinación (De Barbieri, 1992; Fuller, 1997; Rubin, 1986).

Desde esta nueva perspectiva teórica, se plantea que para entender lo masculino o femenino se hace necesario entrar en el espacio de la interacción que tienen el uno con el otro; evidenciando así una interdependencia de las configuraciones simbólicas que se hacen de hombres y mujeres dentro de una cultura. En tanto proceso siempre inacabado, la conformación del género requerirá de una identificación con el fantasma normativo del sexo, lo que conllevará un registro identitario que debe ser reafirmado y desechado continuamente a lo largo de la vida. Estas diferentes simbolizaciones creadas por la sociedad van definiendo a varones y mujeres más allá de lo biológico, concretándose en la

¹ El presente estudio se enmarca dentro del contexto de los estudios latinoamericanos, pero se pretende abordar solo el caso de varones padres separados chilenos, apuntando a las particularidades de sus construcciones en ese contexto cultural.

prescripción de roles sociales diferenciados para cada uno (De Barbieri, 1992; Fuller, 1997).

Se visibiliza y conceptualiza el llamado 'modelo de masculinidad hegemónica', que se refiere a las pautas que definen y regulan lo que es ser varón en una cultura; imponiendo mandatos tales como ser buen proveedor, ser padre y autoridad en la familia, ser heterosexual. Modelo que además de roles ha indicado -para nuestras culturas latinoamericanas- una serie de características personales, tales como ser promiscuos, sexualmente agresivos, arriesgados, con un alto control en la expresión de sus sentimientos y con altas defensas para el establecimiento de relaciones afectivamente cercanas y comprometidas con los demás. Los niños crecen con este patrón de masculinidad como referente, que refuerza los rasgos propios de lo viril, al mismo tiempo que inhibe todo lo relacionado con conductas, rasgos y roles asignados a las mujeres (intimidad, afecto, fragilidad, ternura, etc.) (Abarca, 2000; Sadler, 2004).

Elizabeth Badinter (1993) señala que ser hombre, aún desde este marco de masculinidad tradicional, no es sencillo. Subraya la complejidad que conlleva para el varón su proceso de desarrollo; ya que para hacer valer su identidad masculina deberá convencerse y convencer a los demás de tres cosas: que no es una mujer, que no es un bebé y que no es homosexual.

Así, a pesar que los esquemas patriarcales les han conferido un particular lugar de poder y dominio por el mero hecho de ser hombres, es posible señalar que hoy este modelo de masculinidad hegemónica provoca complicaciones, conflictos y tensiones en los varones. Sus exigencias son altas y para algunos autores incluso, este patrón y mandato social llega a ser nocivo para la salud de los hombres -'masculinidad tóxica'- por la carga que implican la represión de sentimientos y de dolor, la falta de apoyo y la excesiva exigencia de fortaleza, la alta competitividad y necesidad de demostrar que se es varón en propiedad, los roles y responsabilidades familiares y las exigencias que les impone el mundo público (Corsi, 1995; Kaufman, 1997; Kimmel, 1997; Olavarría, 2001c; Sinay, 2006).

Por otro lado, Connell (1997) plantea que tanto el concepto como las formas de actualización de la masculinidad han ido cambiando, y hoy emerge una multiplicidad de formas en que los varones van construyendo su masculinidad; lo que lleva a postular que existirían „masculinidades’. Pluralidad que dice relación con una serie de cambios que se han venido dibujando en nuestros escenarios socioculturales, y que han tensionado no solo a los sujetos sino también al mismo discurso y modelo de construcción de género y en particular al de la masculinidad hegemónica.

En este sentido Olavarría (2001a) destaca que, en el caso de Chile, con el golpe de estado de 1973 se inicia una profunda transformación del estado, reduciendo su rol de agente activo en la generación de empleo, con lo que –junto a los cambios macroeconómicos- se quiebran las certezas del empleo seguro. La nueva economía se abre a la globalización, y a la consecuente inestabilización y flexibilización laboral. Por otra parte, Olavarría añade que con estos y otros cambios de las políticas y de la agenda pública se limitan los espacios de „homosociabilidad’ –el lugar de trabajo, los partidos políticos, los sindicatos y la noche- que tradicionalmente constituían y facilitaban los vínculos sociales, las redes de apoyo y los referentes de reconocimiento identitario para los varones. Se suma a lo anterior los fuertes cambios que las mujeres generan en sus roles y en el lugar que ocupaban en el espectro social; así, con el aumento de sus niveles de educación y de su ingreso a las fuerza de trabajo, las mujeres fortalecen y desarrollan una autonomía que nunca antes tuvieron. Consecuentemente cambian su forma de establecer vínculos sexuales, de pareja, maternos y de familia; todo lo cual se afianzó con la vuelta a la democracia en Chile y las consecuentes políticas sociales y aperturas culturales que esto permitió (Montecino, 1996; Olavarría, 2001a; Salazar y Pinto, 2002).

Es posible considerar, entonces, que el contexto y condiciones en que actualmente se desenvuelven los varones se ha vuelto tensionante cuando, por una parte, las mujeres los desafían, compiten con ellos y les exigen sensibilidad y desarrollo de sus aspectos afectivos; mientras por otra, su rol de proveedores se ve debilitado y sus autoestimas, por ende, fragilizadas; se suman a lo anterior, los

cuestionamientos y ampliaciones de la definición de lo masculino que han traído los movimientos homosexuales. Se diagnostica entonces, que los varones están en crisis, ya que su lugar y sus definiciones se han vuelto frágiles. Esta llamada „crisis de la masculinidad’ se relacionaría con una reformulación de los roles de hombres y mujeres, con una consecuente pérdida de espacios de poder para los varones y con una mayor dificultad de éstos para sostener sus tradicionales prácticas (Araujo y Roger, 2000; Kaufman, 1997; Olavarría, 2000a, 2001b; Sinay, 2006).

Así, se indica que dentro de este malestar masculino, se incluyen tanto los problemas que ellos viven en el espacio público, como el menoscabo que se daría en sus espacios íntimos. En estos últimos, los hombres han visto dañada su legitimidad como autoridad, ante el hecho de ya no ser los únicos proveedores del hogar, ni una autoridad incuestionable para la mujer e hijos. La virilidad subrayada desde la potencia y el poder sexual también aparece debilitada ante la realidad de una sexualidad más abierta de manera generalizada, donde las mujeres ahora exigen ser complacidas y evalúan a su pareja en tanto compañero sexual. Más aún, cuando la diversidad sexual posibilita que los deseos se posen en otros objetos sexuales, ya no los prescritos; muchas mujeres ya no desean a los hombres (así como muchos hombres pueden serlo sin desear a las mujeres). Los hombres heterosexuales despiertan, entonces, en un contexto social complejizado y cruzado por muchas variables y exigencias para las que aparentemente no estarían preparados y no sabrían como enfrentar (Araujo y Roger, 2000; Olavarría, 2001b).

En este contexto de cambios, se diversifican las masculinidades posibles, y comienzan a visualizarse también cambios en el ejercicio de las paternidades. Así, este rol que ha sido -desde el modelo hegemónico- un eje central de la construcción de la masculinidad, recibe hoy nuevas y distintas exigencias. Se observa entonces, que muchos padres –en especial los más jóvenes- comienzan a incluirse y tomar un rol protagónico en las actividades más simples y básicas de crianza de sus hijos (la alimentación, limpieza, vestimenta, etc.); valorando esta cercanía dada desde la afectividad física y la expresión verbal del amor hacia sus

hijos (Burin y Meler, 2001; Olavarría, 2001c; Pizarro y Vásquez, 2007; Viveros, 2000).

Podría pensarse entonces, que se estaría perfilando una nueva noción de paternidad, que supera el mero lugar de la prolongación del linaje –propio de las épocas premodernas- o del amor por la madre -como se dio en la modernidad-; ya que los varones visualizan hoy una serie de recompensas y de cambios positivos en sus vivencias de paternidad (Barker y Verani, 2008; Burin y Meler, 2000).

En suma, se evidencia una creciente valorización del rol de los hombres en la crianza, y de la importancia de los padres en el desarrollo de los niños. En esta línea, diversos acuerdos internacionales y políticas públicas han buscado favorecer esta nueva óptica, donde la paternidad es reevaluada como esencial en la crianza; en particular en contextos de pobreza, donde la presencia del padre parecería implicar una mayor garantía de éxito futuro para los hijos. Sin embargo, existen otras voces que abren el debate y critican esta esencialización del rol del padre varón ya que, los estudios existentes avalan la necesidad –para el bienestar y desarrollo de los niños- de un adulto significativo y estable, pero sin definiciones de sexo ni de tipo de vínculo específico. Se denuncia, entonces, esta propuesta defensora de la ‘paternidad esencial’, como una tentativa –directa o indirecta- de reinstalar la dominación masculina; restaurando de paso la supremacía de la familia nuclear tradicional, y reafirmando así también el heterocentrismo (Barker y Verani, 2008; Fuller, 1998; Jiménez Guzmán, 2008; Silverstein y Auerbach, 1999).

Por otra parte, diversos investigadores nos hablan de las prácticas actuales de paternidad de varones en Chile y América Latina, evidenciando experiencias y discursos que promueven padres más cercanos en la crianza y en la expresión de los afectos. Sin embargo, estos mismos autores subrayan que los cambios no se logran instalar de manera igualitaria ni homogénea, tanto entre los mismos varones, como en comparación con las mujeres; estas últimas siguen siendo las detentadoras del deber/poder/saber de la crianza y el mundo de los afectos para con los hijos (Aguayo, 2008; Badinter, 1993; Barker y Verani, 2008; Olavarría, 2001c; Sinay, 2006).

En este sentido, se critica que la dedicación al cuidado de los hijos y a las labores domésticas solo implicaría un lugar muy secundario para los varones en relación a las actividades laborales; donde incluso éstos –en su mayoría- no muestran interés de cambiar la distribución de responsabilidades que tienen con su pareja. Por lo mismo, se evidencia una mayor presencia de discursos por sobre prácticas reales de equidad doméstica, las que siguen siendo devaluadas y esencializadas como femeninas (Aguayo, 2008; Olavarría, 2001c; Sinay, 2006).

Badinter (1993) nos indica que las prácticas reales de paternidad occidental refieren a una situación donde ha aumentado la cifra de padres que crían solos a sus hijos y aparece un evidente mayor involucramiento en estas labores; pero también los estudios indican que aún en los hogares donde se aboga por la equidad de derechos de género, la repartición de tareas de crianza sigue siendo absolutamente desigual (35% y 65%). Así, si bien se critica que la justicia tiene favoritismos con las madres para otorgar la tuición de sus hijos, también es cierto que los padres luchan muy poco tener este derecho. Incluso en países como Suecia, donde se han logrado mayores leyes protectoras de los derechos de los padres varones, éstos no piden muy frecuentemente la licencia posnatal. Por otra parte, si bien se indica que los padres que participan más en la crianza de sus hijos se dicen más felices; es relevante señalar que esta satisfacción paterna dependerá, en gran medida, de la libertad que éstos tengan para que estas tareas sean una elección y no un deber. Badinter concluye, entonces, que se debería admitir que los padres no tienen ganas de cambiar su modo de vida, es decir, reducir su tiempo en lo profesional para aumentar su dedicación en los hijos.

En esta línea, los estudios evidencian, que un mejor pronóstico para el logro de una mayor participación y presencia de los varones en el desempeño de sus paternidades, dependerá fuertemente del apoyo y motivación que éstos reciban para desarrollar dichas tareas. Es así que la relación con la madre de sus hijos será el mayor predictor de la presencia y vinculación paterna (Barker y Verani, 2008; Güida, Martínez, Salles y Scarlatta, 2007).

Considerando lo recién señalado, se instala la pregunta por las posibilidades de paternidad que tendrían y estarían ejerciendo aquellos padres

que se separan y ya no viven con sus hijos (padres no residentes). En esta línea, encontramos investigaciones que señalan que luego de una separación matrimonial la relación padre-hijo suele sufrir una merma; produciéndose frecuentemente la situación de padres ausentes o lejanos (Barker y Verani, 2008; Burin y Meler, 2001; Olavarría, 2001a, 2001c).

Sin embargo, también encontramos en diversos países iniciativas de padres no residentes que –agrupados- desarrollan una lucha reivindicativa por ampliar sus derechos para con sus hijos. En Chile se han venido dando algunas iniciativas como el grupo “Papás por siempre”, que desarrolla un trabajo en pos de aumentar los derechos de tuición de los varones en el caso de separaciones matrimoniales.

Parece importante mencionar, en este contexto, que la mayor parte de las investigaciones de paternidad en América Latina se han orientado a padres que conviven con sus hijos. Sin embargo, existe un interesante aunque acotado desarrollo de estudios –principalmente en el Caribe- donde se revisan paternidades en situaciones diversas. Así, se ha encontrado que los varones padres no residentes mostraban una alta frecuencia y constancia en la mantención de sus relaciones con los hijos. También, otros estudios indican que en algunos casos las mujeres prefieren este tipo de uniones libres, donde el varón no se instala en la casa, mantiene un vínculo con los hijos, y no controla la libertad de la mujer. Y desde la perspectiva de los niños, también existen estudios donde ellos reportan buenas y cercanas relaciones con sus padres, a pesar que estos no vivan con ellos (Barker y Verani, 2008).

Por otra parte, es posible plantear que el caso de los varones separados, aparecería como una situación ejemplar en cuanto a las posibilidades de ampliación de su ejercicio de paternidad; ya que ante la situación de vida aparte de la madre de sus hijos, desaparece el dominio en las funciones de crianza y la mediación que ellas suelen ejercer en relación a la vinculación de los padres varones y sus hijos. El padre, entonces, se verá en este contexto llamado a reconstruir nuevas prácticas cotidianas con sus hijos.

Sin embargo, no es posible desconocer las dificultades que existen para la construcciones de paternidades alternativas en contextos donde el modelo de familia tradicional y el temor a los quiebres y mutaciones vinculares sigue imperando de manera preponderante en los sujetos (Grau, 1995; PNUD, 2002; Valdés et. al, 2006).

En suma, es posible pensar que estas nuevas exigencias y desafíos para las construcciones de masculinidades y paternidades se confrontan y contrastan con un contexto social y cultural que permitirá o dificultará los caminos de las subjetivaciones de los varones, así como las posibles ampliaciones en sus marcos, en sus relaciones de pareja, en sus prácticas como padre y en su inscripciones en el ámbito del trabajo y la sociabilidad. Así, mientras se imponen nuevos discursos de equidad y de transformación de la familia y la intimidad, aparece el desafío de contar con recursos personales y anclajes culturales que permitan actualizar en la cotidianeidad estas modificaciones discursivas. Lo anterior coincide con la contradictoria constatación de una presencia en los varones de discursos igualitarios y de fuertes críticas al machismo, pero a la vez la verificación de una fuerte dificultad para reflejar estas aperturas en sus prácticas, con la persistente presencia y reproducción de los patrones tradicionales (Barker y Verani, 2008; Fuller, 1997; Valdés et al., 2006).

En esta línea de reflexión, el PNUD (2009) nos indica que para que los modos de actuar y de relacionarse que tienen las personas puedan actualizarse en espacios concretos, es necesario considerar no solo la intervención de las motivaciones y aspiraciones particulares de los individuos, sino también la fuerza de las orientaciones y normas generales de la sociedad, así como las instituciones y las organizaciones, y el consecuente juego de articulación entre ellas.

Desde esta perspectiva de análisis, podemos mirar a Chile como un país que se ha destacado por la rápida y eficiente consolidación de los cambios propios de la modernización económica; donde se evidencian una serie de discursos propios de la posmodernidad ya anidados en su cultura. Sin embargo, persisten elementos y valores que cruzan y dificultan los cambios no solo a nivel operativo,

sino también a nivel de desarrollo y apertura cultural (PNUD, 2002, 2009; Valdés et al., 2006).

“La especificidad del imaginario chileno parece radicar en la sacralización del orden como una unidad determinada desde su origen, a la vez que constantemente amenazada por el desorden” (PNUD, 2002, p.59).

La intolerancia y el conservadurismo siguen siendo una marca que aparece impresa en los escenarios públicos y privados. A lo que se suma que, dado el lugar que tiene la iglesia católica, se mantienen estrechas las posibilidades de cambio; ya que desde su sitio de poder imprime una fuerte carga conservadora que la democracia no ha sido capaz de modificar (Valdés et al., 2006).

“No es la erosión de los antiguos, sino la debilidad de los nuevos imaginarios colectivos del Nosotros, lo que constituye el problema de la cultura en Chile.” (PNUD, 2002, p. 40).

La cultura chilena, entonces, presenta un fuerte y férreo conservadurismo fundado en fuertes raíces religiosas y con una alta carga ideológica y doctrinal; dentro de este marco se inscribe a „la familia’ –como institución, modelo y valor social- presentando probablemente una de las versiones más rígidas y confusas de América Latina. En este sentido, se concibe una sola posibilidad de constituirse como familia, descalificando como fracaso cualquier otra alternativa. Sin embargo, esta simbólica cultural contrasta con las prácticas vinculares reales que se observan en las familias chilenas; donde el modelo tradicional de familia nuclear pierde cada vez mayor presencia entre las formas en que las personas viven sus relaciones familiares (PNUD, 2002; Valdés et al., 2006).

Esta situación resulta más complicada aún cuando los chilenos consideran que la familia es una institución en crisis y la principal causa de sus tensiones; pero a la vez ésta es vivida como el centro y el lugar principal de constitución de su identidad. Se sobrecarga así de exigencias y demandas un espacio constituido por los mismos sujetos que llegan a él con dolores e incertidumbres y que, por lo mismo, idealizan y se aferran a esta familia (PNUD, 2002, Valdés et al., 2006).

Que la familia-institución sancionada por el matrimonio, muestre una cierta señal de retirada y que las formas familiares se diversifiquen y se hagan

cada vez más heterogéneas, no significa necesariamente que este proceso haya dado lugar a nuevas fórmulas de vida en común, aunque los síntomas de des-normalización familiar constituyan señales de ruptura de un estilo de construir familia (Valdés et al., 2006, p. 29).

En este contexto, el sujeto se desdibuja frente al lugar central que ocupa la familia; se niega así al individuo por la lealtad familiar imposibilitando la construcción de individualidades sólidas. Los hombres y mujeres chilenos transitan, entonces, en una cultura que porta pesados discursos sociales que se cruzan en un amasijo confuso y difícil de articular en un proyecto personal (Palacios, 2006).

Es posible distinguir, entonces, las polaridades del conservadurismo v/s liberalismo y el colectivismo v/s individualismo como algunos de los anclajes y resistencias propios de los discursos y prácticas culturales chilenas, que por ende se erigen como grandes obstáculos para el despliegue del individuo y sus procesos de desarrollo personal.

En este escenario, podemos definir el discurso conservador presente en Chile, como un enclave con fuertes raíces ideológicas y religiosas; mientras el discurso liberal no pasa de ser una mera respuesta práctica ante ciertas demandas de los procesos concretos de la modernización; así no se logra consolidar una opción ideológica liberal secular basada en la afirmación de la individualidad. En esta línea, uno de los impedimentos para esta consolidación dice relación con la idealización de lo colectivo que presenta esta cultura, donde la familia se erige como el referente priorizado (Palacios, 2006).

Retomando lo señalado por Lechner (2005), quien indica que en Chile ante la carencia del „nosotros’ y en medio de frágiles lazos sociales, se propiciaría una “individualización sin red”, lo que –considerando las tensiones que provoca este proceso- llevaría a que los sujetos se replieguen en su familia. Si a esto le sumamos las connotaciones de este imaginario de familia chileno, podría plantearse que los procesos de subjetivación pierden agencia frente a la fuerza del colectivo familia.

Los proyectos individuales, entonces, suelen ser postergados en pos de una defensa férrea de la estabilidad de la familia. En este contexto, aparece el individualismo como una amenaza para el bienestar familiar; así la salida de la mujer al mundo del trabajo acarrearía riesgos: si la mujer se vuelve muy independiente, esto redundaría en una amenaza para los otros miembros de la familia. El afuera acarrea el imaginario de los males de la inmoralidad, violencia, vicios, y el quiebre de la seguridad familiar. “El individualismo es el gran ‚otro‘ de la idea de la familia.” (Palacios, 2006, p.110).

Se produce así una gran distancia entre el deber ser y los deseos de los sujetos, con un gran costo de ansiedad, soledad y frustración para hombres, mujeres y jóvenes. Se hace difícil, entonces, encontrar discursos liberales que reflejen las nuevas articulaciones ideológicas, la diversidad de opciones, las nuevas visiones de mundo donde se integren estilos de vida no condicionados en sus fundamentos por mandatos colectivos. La afirmación de lo individual no cuenta entonces con amarres ni narrativas desde donde sustentarse (Palacios, 2006).

Sin embargo, se observa un cierta fantasía colectiva de estar habitando espacios más progresistas y liberales, al amplificar o sobrevalorar la significación de algunos cambios parciales que se dan a nivel de los roles tradicionales de género. Se lee entonces –en los grupos más jóvenes– una suerte de reinterpretación del modelo de familia, donde si bien se cambian ciertos formatos, se mantiene igualmente el lugar prioritario e idealizado que esta institución ocupa en sus conformaciones subjetivas. Maquillaje de estructuras que permanecen y que determinan la suerte de los sujetos; quienes ante la falta de permeabilidad de la idea de familia, transitan en tanto individuo carente y aislado en “...la medida en que éste no cuenta con herramientas narrativas para integrar su propia experiencia: la vida cotidiana y la experiencia individual permanecen en un estatus ‚anecdótico‘ cuando son comparadas con el discurso trascendente de ‚la Familia‘ ” (Palacios, 2006, p. 111).

Queda entonces detenida la posibilidad del desarrollo individual y de la ‚vida‘ fuera del espacio familiar; siendo incluso el éxito personal medido en cuanto

se haya o no logrado conformar la familia ideal. Se penaliza al sujeto que no la conforma o aquél que la destruye (Palacios, 2006).

En esta línea Valdés et al. (2006) agregan que la familia y los sujetos intentan diversificarse "...en un contexto de inseguridad y de constreñimientos económicos para una proporción significativa de la población y de arraigos culturales que limitan las posibilidades de modificar los patrones tradicionales de familia y frenan los procesos de individuación" (p.32).

Así, la plasticidad y aperturas requeridas para poder moverse en los diversos escenarios posmodernos y dentro de un sistema familiar poblado por distintos lenguajes, necesidades y sentidos, no parecieran estar muy desarrolladas en la cultura chilena. Si partimos de la premisa que la realidad se construye en el lenguaje, que esta construcción tiene que ver tanto con la experiencia de quienes la construyen y también en cómo esta experiencia es percibida y punteada, nos situamos necesariamente entonces frente a un fenómeno social, que dice relación con un trabajo destinado a la construcción de subjetividades que permita a los implicados integrar y consensuar nuevas formas del ser y el hacer (Maturana y Varela, 2002).

Toda esta amalgama de discursos y valores se entrecruzan y superponen en la vida de los varones, dejando una fuerte carga a la propia reflexividad, en tanto función que debe resolver este variado e incompatible puzle. Surgen entonces nuevas preguntas ¿cómo resuelven los varones chilenos el cruce de discursos que nuestra cultura instala en la vida cotidiana? ¿Qué discursos portan y privilegian en sus construcciones subjetivas?

En esta perspectiva, se ha mencionado que los varones estarían viviendo en un contexto posmoderno que deviene de una *crisis de la modernidad*; así como también deben dialogar y construir sus sentidos subjetivos desde una situación de *crisis de la masculinidad*. A esto se añade, como un elemento relevante en esta mirada, la inscripción en una cultura que porta un *modelo de familia también crisis*. En este sentido, es pertinente aclarar que se considera y trabaja la categoría ‚crisis‘ en tanto las transformaciones que han devenido en tensiones de los

antiguos lugares, estilos y estrategias sociales e individuales; y que llevan a los sujetos al esfuerzo de buscar nuevas fórmulas para construir sus subjetividades, ya sin el amparo de modelos tan sólidos como los eran los anteriormente propuestos de sociedad moderna, de familia tradicional y de masculinidad hegemónica.

Se asume que en el contexto actual es posible aplicar esta categoría – „crisis’- a muchas otras situaciones y niveles en la vida social y personal en América Latina; sin embargo se opta por este cruce de tres niveles, en la perspectiva de propiciar una problematización innovadora que apuesta a jugar con las tensiones y cargas discursivas que operan en este triangulación de crisis.

En Chile, existe indudablemente una fuerte apertura a la globalización, lo que conlleva la importación de muchos discursos más abiertos y liberales, como los que propenden a la equidad de género. Sin embargo, estos discursos no logran anclarse en narrativas que formen parte de la discursividad y prácticas de la cultural local; por lo que muchos repiten dichos discursos como reglamentos conocidos, pero no logran conformar nuevos sentidos que se afinquen en sus subjetividades.

Por otra parte, esta impronta de la economía liberal globalizada también trae consigo una fuerte carga de valor asociada al éxito, la competitividad, la agresividad, la racionalidad por sobre la afectividad, en suma, la priorización de los valores del éxito laboral por sobre el desarrollo de las dimensiones de la vida privada de las personas.

En suma, se evidencia en el Chile actual una situación adversa para los varones; pero a la vez esta misma complejidad que les trae dolores y tensiones los impulsa, de cierta forma, a rescatarse a través de nuevas opciones y estilos personales.

Se asume que el fuerte enclave de la estructura familiar, sumado a los discursos conservados y la falta de discursos alternativos arraigados en la cultura chilena, dificultaría que los padres no residentes logren enraizar nuevas subjetividades masculinas, que les permitan desarrollar paternidades más libremente afectivas, donde desplieguen sus anhelos de cercanía, pudiendo

integrar estas experiencias a su construcción globales, para así asentar opciones integradas y coherentes.

En este enclave de crisis y tensiones, situamos en particular a varones adultos que son padres pero que no viven ya con sus hijos (padres no residentes). Entenderemos esta categoría de padres no residentes como varones que si bien portan las mismas demandas propias de la masculinidad hegemónica tradicional, así como los nuevos desafíos propios de las luchas por la equidad y ampliación de roles de género, se diferencian de los varones padres que permanecen dentro de la estructura familiar precisamente por la serie de consecuencias que esta circunstancia permite hipotetizar. El lugar en que se ubican ahora estos varones implica estar fuera del colectivo que protege y nuclea de identidad en Chile. Por lo mismo, esta situación los pone frente a una nueva situación donde ya no viven el resguardo que portaría la familia, al mismo tiempo que tampoco están trazados y demarcados por las definiciones hegemónicas, heteronormativas y conservadoras que ésta conlleva en esta cultura. Esta situación puede traducirse tanto en un aumento de la sensación de inseguridad, con la consecuente necesidad de buscar nuevos arraigos; así como también en una potenciación de las posibilidades de individualización desde opciones personales. Por otra parte, se ha indicado que la mediación de las madres suelen ser muy relevantes en cuanto a la relación que los padres logren con sus hijos, en este caso la mediación es más global, ya que si bien puede determinar –hasta cierto punto- la frecuencia y tiempo de visitas, en los tiempos que los hijos pasan con sus padres desaparece esta figura materna, y son los varones los que deben conjugar una relación directa con los hijos. Asimismo, esta situación de verse confrontados a estar solos con sus hijos, los convocaría a amplificar sus prácticas de cuidado, ya que estarían conminados a realizar todas las tareas que los hijos –dependiendo de la edad- requieran de un adulto. El despliegue de nuevas prácticas y roles se ve posibilitado, como también la facilitación de espacios de contacto y afectividad concretizados en acciones cercanas y tangibles.

Ante esta situación, si bien aparece la pregunta por las prácticas de estos padres separados, el tema central que instala esta investigación alude a los límites

culturales y sus actualizaciones en las construcciones subjetivas de estos varones, en tanto padres. ¿Qué oportunidades ofrece nuestra cultura que facilite las aperturas a nuevas paternidades? ¿En qué narrativas se asientan estas nuevas prácticas? ¿Qué posibilidades performativas ofrecen estas nuevas prácticas de tal forma que se propicien nuevas opciones de masculinidad? ¿Cómo se suman o intersectan estas „crisis’ sociales, familiares y masculinas en el contexto de las construcciones de paternidad? ¿Cómo se insertan las particularidades de una paternidad no residente en el encuadre de vínculos propios de esta cultura? ¿Qué límites y muros cierran las emergencias de integraciones subjetivas?

En suma, estas preguntas se integran en resumen en el objetivo general de la investigación que se orienta a Conocer los anclajes y fracturas culturales presentes en las construcciones de paternidad de varones chilenos que no viven con sus hijos.

Para lograr este objetivo general, se trabaja también buscando responder a metas más específicas:

- ✓ Describir los modos de circulación de los discursos culturales conservadores y liberales en las construcciones de paternidad de estos varones.
- ✓ Reconstruir el lugar que ocupa „la familia’ en el discurso y prácticas de paternidad de estos varones.
- ✓ Determinar los enclaves de la construcción de su subjetividad masculina vinculados con sus paternidades.

A estas alturas se hace necesario puntualizar algunas precisiones sobre el lugar asignado a la subjetividad² en esta comprensión teórica. Se toma distancia de una mirada humanista (D’Agostini, 2000) que supone que las personas pueden trazar y determinar libremente sus destinos, considerando escasamente sus circunstancias sociohistóricas y culturales; con la finalidad de subrayar los límites y normas que delimitan las estructuras en que los sujetos se hallan inmersos. Se reconoce y valora el papel de la sociedad y cultura como referentes que posibilitan

² No se intenta abrir ni cerrar la discusión con respecto al debate y distintos acercamientos conceptuales definidos para el lugar de la subjetividad y su relación con las estructuras sociales y culturales; solamente se precisarán los referentes que se están utilizando y cómo se entienden en el curso de la presente investigación.

y posicionan al sujeto, sin embargo tampoco se apuesta a una mirada que inscribe al individuo como un ser que asimila pasivamente la socialización. En este sentido, se inserta la pregunta por el grado en que las condiciones estructurales y posiciones sociales aportarán o no a la constitución de los varones como individuos. (Araujo, 2011) “Este sujeto reflexivo es solicitado –y producido– de manera particular por un conjunto de instituciones sociales que lo obligan a desarrollar una biografía personal bajo la impronta de nuevas modalidades de prescripción normativa” (Araujo, 2011, s/p).

Por otra parte, al poner el acento en la forma de producción subjetiva, se asume un grado de agencia de los individuos, asumiendo la fuerza performativa que los individuos –varones en nuestro caso- pueden lograr partiendo desde las normas, de nuevas formas pero tal como precisa Butler que cuando actuamos “...a través de la subversión o la resistencia, no lo hacemos porque seamos sujetos soberanos, sino porque hay una serie de normas históricas que convergen hacia el lugar de nuestra personalidad corporizada y que permite posibilidades de actuación” (Butler, 2009, p.336).

Así, entendiendo que los individuos pulsan por producirse en contextos sociales determinados, asumiendo que este proceso excede una mirada que perfila la generación de personas por la mera socialización, y que si bien dialoga con las miradas que marcan lo sujetos a las estructuras que están los individuos al subjetivarse, se apuesta por procesos de individualización, o producción individual, que si bien toman elementos de la tesis de la individualización, integran parámetros particulares de las sociedades latinoamericanas, suponiendo niveles de agencia en las personas, así como también asumiendo el poder discurso de estructuras sociales que los contienen.

Considerando lo antes señalado, es posible puntualizar algunos ejes que cruzan el trabajo teórico y analítico de esta investigación. Por una parte, se busca trabajar asumiendo la fuerza que las estructuras sociales y culturales -enmarcadas en determinados entramados sociohistóricos- portan e inscriben en los sujetos, marcando límites y fronteras desde las cuáles éstos pueden construirse. Es así, que se buscará trabajar con los *anclajes culturales* que se puedan develar en los

discursos de los varones que conforman la muestra del estudio. Por otra parte, como ya se indicó, dado que se plantea la existencia de intersticios por donde se pueden colar las fuerzas performativas que, desde los mismos elementos normativos, pueden conjugar nuevas combinaciones y apuestas, por lo que se trabajarán las fracturas o aperturas en tanto las evidencias de *la agencia de los sujetos*, de la fuerza individualizadora por generar opciones que divergen de lo normativizado, logrando virajes en las elecciones vitales.

Así, a los ejes de las estructuras y las subjetividades se articulan con algunos rasgos propios de la cultura chilena que aparecen como pertinentes para analizar la posición de los varones padres: el lugar de la familia y la fragilidad del lazo social, principalmente.

Para responder a estos objetivos se trabajó desde el marco de un diseño metodológico³ cualitativo, analítico-relacional, donde se trabajó en base al análisis de discurso, a partir de los textos de las entrevistas en profundidad realizadas a una muestra cualitativa⁴ de 10 varones adultos chilenos, que se caracterizaron por ser además heterosexuales, residir en la región metropolitana, pertenecer a un nivel socioeconómico medio y medio alto, y por supuesto siendo todos padres, y estando separados y no viviendo junto a sus hijos

³ El diseño metodológico se expone de manera más amplia en un anexo al final de esta misma investigación.

⁴ Esta tesis forma parte de una investigación mayor donde se trabajó con un acumulado de 50 entrevistas realizadas a varones heterosexuales chilenos a fin de conocer tensiones y vulnerabilidades presentes en los varones, en relación a sus construcciones de masculinidades. Las entrevistas fueron hechas en diversos contextos, para distintas investigaciones previas (generalmente para tesis de pregrado), donde esta investigadora actuó como guía o asesora metodológica (todos los entrevistadores dieron su consentimiento para el uso posterior del material en estas investigaciones), mientras otras entrevistas fueron realizadas directamente por la investigadora, en el marco de estudios anteriores más acotados. Todas las entrevistas fueron diseñadas, en términos de tópicos y formato de entrevista por esta investigadora, y desde un mismo marco tanto en cuanto a contenidos que abordaban –con distintos énfasis– las construcciones de masculinidades, sus vínculos afectivos y sus tensiones actuales; así también todas fueron realizadas como entrevistas en profundidad, con una dirección abierta y flexible. Se decidió trabajar con este material acumulado en varios años, por el valor que implicaban estando todos orientados desde una misma mirada macro teórica y metodológica, a fin de poder realizar un trabajo hermenéutico de profundización en las narraciones ya producidas. Para la presente tesis se tomaron solo las entrevistas que correspondían a la población de “varones padres separados”, a fin de profundizar en una pregunta que apuntaba específicamente a esta forma de paternidad.

SUBJETIVIDADES EN EL CONTEXTO CULTURAL CHILENO

Escenario de cambio e inseguridad

El descontento propio de la modernidad hablaba de un exceso de orden con la consecuente estrechez del campo de las posibilidades y la libertad. Se ganaba en seguridad, logrando una barrera de protección frente al mundo, lo salvaje y la agresividad. Se perdía en placer, para conquistar la calma y quietud de la civilización. Hoy en cambio, se vive una época de desregulación, donde finalmente se habría logrado derrotar y vencer las barricadas que resguardaban el goce y la expansión de la libertad individual. Los valores que movilizan la posmodernidad son los del propio individuo y sus proyectos. Sin embargo el precio pagado ha sido alto, se han demolido los muros y redes, ahora los individuos vagan sin soportes ni contención, la seguridad ahora se añora (Bauman, 2001, 2005b; Lipovestky, 2000).

En esta sociedad posmoderna nuestras existencias se han complejizado, evidenciándose una “pluralización de los mundos de vida” –al decir de Berger- donde las decisiones sobre los proyectos vitales se hacen más difíciles y arduas. Las opciones son muchas y las construcciones de estilos y formas de vida han devenido en un derecho y un deber de todo individuo, donde cada cual debe elegir constantemente. Nos enfrentamos a una sociedad donde circula mucha información, donde los „sistemas de expertos’ nos entregan diariamente nuevos datos y referencias para tomar las mejores decisiones; los medios nos envuelven en un maremagnum de experiencias personales, informaciones científicas y consejos esotéricos, lo que convierte a cualquier certeza en algo efímero desde donde sustentar nuestras preferencias y modelos de vida (Giddens, 1997).

Esta pérdida de certeza que atraviesa la cultura contemporánea nos llevaría según Fried Schnitman (2005) a una nueva conciencia de la ignorancia. Así el mismo dudar sobre la duda nos lleva a la reflexión sobre la reflexividad –proceso de segundo orden- lo que conduce a que las prácticas sociales sean sometidas por nosotros a un examen y reconstrucción constantes basados en estas

observaciones. Se constituye entonces un pensamiento „potencialmente relativista, relacionante y autocognoscitivo, con el consecuente efecto de aumentar constantemente la complejidad (Fried Schnitman, 2005; Giddens, 1997).

Construimos entonces nuestros días en base a las certezas e incertezas que nos entregan los medios y otras fuentes de información. Vivimos inmersos en un mar de información que se modifica y aumenta constantemente, sin nunca contar con la seguridad que la opción que estamos tomando ahora no será luego refutada como incorrecta, a la luz de nueva información. En este escenario de múltiples alternativas -donde debemos tomar muchas decisiones diariamente- se agudizan también el vértigo y la angustia que provoca la obligación del optar cotidiano, dada la falta de control que tenemos los sujetos comunes sobre estos cambios que nos rodean (Giddens, 1997).

Así, en nuestras actuales „sociedades del riesgo’, además de abandonarse las formas de vida tradicionales, aparece la decepción y agotamiento ante algunas consecuencias que ha traído la modernización. En esta línea Giddens indica que actualmente existe un constante flujo de información entre sistemas de expertos – ciencia y tecnología- hacia los simples y comunes habitantes; nuestra vida diaria estaría impregnada de estos saberes que validan nuestros actos y opiniones. La brecha entre lo público y lo privado se habría desdibujado, ya que lo que acontece en el mundo político, económico y de las altas esferas, también llega diariamente a nuestras casas, y transforma nuestra visión de mundo y, por ende, nuestra forma de vivir lo cotidiano (Bauman, 2005b; Giddens, 1997).

Se ha desmoronado y desintegrado la trama social, con la consecuente falta de soportes y de agendas de acciones colectivas. Asistimos –según Bauman (2005b) al fin de la era del compromiso mutuo, lo que traería en consecuencia un escurridizo y móvil poder, que fluye en esta modernidad líquida; donde las relaciones personales también se ven afectadas y tensionadas desde esta cualidad líquida y fluida.

En nuestra época ya no existen los „grupos de referencia’ a los que las personas están asignadas, y nos asomamos en una era de „comparación universal’; con el desafío de llevar a cabo nuestra propia construcción individual,

donde la responsabilidad de éxito y fracaso en el desarrollo de este camino recae solo sobre nosotros mismos (Bauman, 2005b).

En este sentido, sin poder adscribirnos a roles tan predefinidos como eran los existentes en sociedades tradicionales, optamos por generarnos una unidad o modelo, que nos aporte una cierta sensación de continuidad interna y, por otra parte, que aplaque el vértigo de la multiplicidad de posibilidades actuales propia de esta sociedad de riesgo. Subjetividades inmersas en una cultura que porta discursos sociales y matrices a las cuales nos sujetamos en medio de este devenir.

Al hablar de discurso social nos referimos entonces a una posición o a una versión propia de un grupo social que habla de sus sentidos o significados colectivos, a un conjunto de prácticas lingüísticas que mantienen y promueven ciertas relaciones sociales. Discursos sociales que están inmersos en una cultura, donde ningún discurso existe por sí solo, sino que se relaciona y cruza en la intertextualidad con otros discursos de la cultura que los contiene. Es posible postular entonces, que los discursos y las categorías que ellos portan ponen a los objetos en una determinada relación con otros objetos, es decir los contextualizan construyendo así posibilidades de mundo. De esta forma, esta práctica constituyente y regulativa del lenguaje abre o dificulta posibilidades de construcciones subjetivas para los sujetos que circulan en una determinada cultura (Ibáñez, 1992; Iñiguez, 2006; Rorty, 1991).

En este sentido, las subjetividades participan de las matrices sociales de la cultura que los circunda, de allí entonces podemos tomar metáforas y parámetros desde los cuales comprender y organizar este trazado de creencias y expectativas, constituyendo de esta forma nuestras epistemologías cotidianas y visiones de futuro (Fried Schnitman, 2005).

Posibilidades en la cultura chilena actual

Los países de América Latina han experimentado -en las últimas décadas- diversas transformaciones que han afectado a sus sociedades, en distintos grados, variantes y profundidades. Estas se han caracterizado por el predominio de modelos políticos de concertación y de conflicto que vienen a reemplazar las dictaduras y revoluciones anteriores. Otro cambio es la instalación de la globalización y transnacionalización, luego del agotamiento de los modelos de „desarrollo hacia adentro’. También se han dado transformaciones de la estructura social, caracterizadas por el aumento de la pobreza, la marginalidad y la precarización del trabajo. Finalmente, es posible mencionar la crisis de la modernidad, con los consecuentes reconocimientos de fórmulas propias e híbridas de modernidad (Garretón et al., 2003; Prera, 1999).

Entre las consecuencias de estas transformaciones se mencionan la desnormativización y desinstitucionalización de la sociedad y también el debilitamiento del Estado y de la comunidad política. En América Latina nunca logramos ciertas metas de la modernidad, como llegar a ser plenamente industriales y tener estados nacionales integrados. “De alguna forma son sociedades inconclusas y desgarradas.” (Garretón et al., 2003, p. 44).

A partir de este diagnóstico y mirando hacia el futuro, se plantean algunos desafíos que deberían asumir los países latinoamericanos a fin de lograr un desarrollo de su espacio cultural y de las posibilidades otorgadas a los individuos para sus construcciones subjetivas. En esta línea, se indica que se deberían alcanzar las siguientes metas: la construcción de democracias políticas; la democratización social, es decir, redefinición de ciudadanía, superación de exclusión y desigualdades, y recomposición de actores sociales; reformulación del modelo de desarrollo; y configuración de modelos propios de modernidad que combinen racionalidad emancipadora e instrumental, subjetivación e identidades y memoria histórica colectiva (Garretón et al., 2003).

Es posible visualizar entonces que estas nuevas sociedades latinoamericanas presentan aspectos que limitan las posibilidades culturales: el

actual modelo socio-económico de desarrollo produce nuevas formas de exclusión y hay carencia de culturas nacionales que consoliden los recursos y los elementos que nucleen las sociedades (Garretón et al., 2003; Prera, 1999). En este sentido Garretón (2003) afirma que “ni la historia ni la cultura han podido contribuir a sentar las bases para el logro de un auténtico ciudadano latinoamericano” (p. 53-54). Se hace indispensable, entonces, el reconocimiento de una cultura, un estilo de vida y sociedad particular, con sus espacios, historias, y proyectos culturales.

Dentro de esta preocupación por la construcción de ciudadanos, aparece la mirada de quienes indican que el consumo es referido como una nueva forma de participación, incluso una nueva forma de ciudadanía; así en un contexto donde los sentidos aparecen esquivos, los objetos nos entregan nuevas posibilidades de construirnos, en tanto sujetos deseantes en búsqueda de estilos de vida que puedan ser rápidamente descartables y redefinibles. En esta línea, se indica que la cultura chilena estaría permeada por la simbólica del consumo, tanto como medios y recursos de subjetivación; como una estrategia que adormece las inequidades y genera una fantasía de homogeneización socioeconómica y de integración cultural (García Canclini, 1995; Lechner, 2005; Moulian, 1997; Sarlo, 1996).

El consumo se podría ver, entonces, como la cristalización física de la identidad individual, al tiempo que un nuevo anclaje material al vínculo social; trayendo consigo un cambio importante en la convivencia e imponiendo una flexibilización del vínculo social (Lechner, 2005; PNUD, 2002).

En este sentido, la creciente individualización puede ser vista como uno de los cambios más importantes de los últimos tiempos en América Latina; los sujetos salen de la antigua fuerza de la comunidad, para entrar al mundo despegados de los vínculos y hábitos tradicionales que antes lo encerraban y lo protegían (Lechner, 2005).

En consonancia con la situación latinoamericana, se indica que Chile ha presentado grandes cambios en las dos últimas décadas, esto se evidenciaría en su entramado institucional, en su economía y en su cultura; mostrándose hoy

como una sociedad muy distinta a la que era hace un cuarto de siglo atrás. Es posible afirmar que el escenario sociocultural chileno actual presenta rasgos de apertura, incertidumbre, riesgo, cambio, desconfianza y con multiplicidad de opciones cada día y a cada paso. Hemos tenido que ir ajustando las expectativas e ir aprendiendo –desde nuestros anclajes modernos y muchas veces conservadores- a tejer las cotidaneidades de la mano del lenguaje que imponen las nuevas tecnologías, de la desestabilización de las pautas y modelos normativos, el imperio de los medios de masas, insertos en una cultura que puede parecerse difusa, amenazante y claramente ajena (Güell, 2009; Lechner, 2005; PNUD, 2002).

Si bien muchos de estos cambios son reconocidos como positivos -las personas perciben que sus propias realidades son mejores que antes- la visión de futuro que entregan los chilenos tiende a ser negativa, dudando que en el futuro se puedan lograr sus deseos y proyecciones. Güell (2009) plantea, entonces, que la sociedad chilena viviría una cierta frustración frente una promesa de futuro que no se ha cumplido. Promesa que podría nombrarse como “consolidar la democracia y crecer en la economía”; y que refiere a bajar las expectativas y dependencias hacia lo público, a la vez que se intencionan y maximizan los esfuerzos privados y familiares; en este sentido la sociedad promete que a través del estado se lograrán paz y seguridad; y que sería a través del mercado que se podría alcanzar el consumo y la movilidad deseada (Güell, 2009; PNUD, 2009).

Así, desde una historia con muchas y ricas ofertas socialmente creíbles, y desde un país muy politizado, la promesa entonces que se ha ido construyendo los últimos 20 años ha tenido una huella importante. En esta línea, el autor puntualiza que:

Esta promesa hundió sus raíces tanto en las experiencias históricas del pasado largo de Chile como en la subjetividad de los ochenta. Se trajo al recuerdo el miedo al desorden, la reverencia a las elites estatales, la centralidad de la familia, la desconfianza de lo público y se conectó con el deseo postergado de consumo, con el ansia de paz, con la demanda por movilidad. Fue este anclaje en la historia y en las experiencias reales lo hizo

que la promesa estuviera dotada de una gran densidad simbólica, emocional (Güell, 2009, p.2).

Si bien muchos elementos de la promesa ya se han cumplido (en educación, trabajo, consumo), aparecen nuevas condiciones y significados que generan diferentes expectativas y otras lecturas; con la consiguiente pérdida de legitimidad de esta promesa, signada como incumplida. Domina, entonces, una incertidumbre que tiene que ver principalmente con la falta de nuevas ofertas de sentido que aparezcan creíbles y atractivas para los sujetos.

Por lo mismo, y considerando los fuertes rasgos de individuación de nuestra sociedad, este proyecto futuro debería no sólo considerar una propuesta de sociedad fuerte, solidaria y con igualdad; sino que también debe garantizar el éxito de los esfuerzos biográficos individuales. En este sentido „el futuro debe estar al servicio de los individuos y no al revés’. Esta necesidad se instala también en un contexto cultural caracterizado por una cierta debilidad biográfica, que se posibilita a partir de la lógica de mercado reinante, donde se subordina la lógica social, con la consecuencia de significados transmitidos a los sujetos que son vivenciados por éstos como desventajas personales que resquebrajan las certezas en sus propios recursos y posibilidades (Güell, 2009).

En esta línea, si consideramos que las personas se constituyen en sujetos a través de una dinámica que dialoga entre la biografía personal y los anclajes sociales, es posible comprender los resultantes quiebres y tensiones en las prácticas de subjetivación de los chilenos. Tensiones que se posibilitan desde subjetividades que portan una permanente sensación de inseguridad, miedo al otro, necesidad de orden y una constante alerta ante la amenaza del desorden. A estos elementos se le añade la compulsión competitiva que impone el imperio del mercado, lo que redundará en una fuerte experiencia de soledad y altos niveles de angustia en los chilenos. Así, desde esta „retracción de la sociabilidad’ se dificulta que los sujetos logren dotar de un significado compartido a la experiencia biográfica (PNUD, 2002).

La debilidad cultural de Chile alude menos al desaparecimiento y desconocimiento de algunas de sus tradiciones y más a la dificultad para promover imaginarios colectivos acordes a la experiencia cotidiana. No es que la modernización esté destruyendo la cultura; más bien, la forma específica del proceso chileno y las representaciones que lo acompañan son un escollo en la constitución de sujetos personales y colectivos. (p.38)

El Informe del Desarrollo Humano que presentó el año 2009 el PNUD, avanza un poco más en su diagnóstico de las fragilidades y posibilidades de la sociedad chilena. Así indica que estas dificultades percibidas no tendrían tanto que ver con los recursos existentes, ni con las voluntades, sino que lo que faltaría sería „saber llevar las ideas a la práctica’. En este sentido, si bien existieron prácticas que permitieron un desarrollo reconocido y valorado por todos, pareciera que desde estos mismos cambios se configura hoy otras necesidades, cualitativamente distintas y de alta complejidad. Las personas tienden más a organizar su vida por sus propias opciones, lo que evidencia las diferencias con respecto de los demás. Por lo tanto, se hace más difícil organizar un mundo en común ante esta diversidad, en un momento donde cada vez se da menos la regulación y control centralizado de la sociedad. Se reconocen, entonces, como problemas de alta complejidad aquellos que refieren a las relaciones y significados sociales, dentro de los cuáles se encontrarían temas tales como la mejoría de la calidad educacional, el desarrollo de la innovación en la empresa, la generación de acuerdos en la sociedad civil, el manejo de conflictos dentro de la familia, la operacionalización de derechos de atención en salud. Así, para enfrentar este tipo de desafíos y generar cambios, se debe partir modificando la propia perspectiva y mirada de las situaciones y sentidos sociales (PNUD, 2009).

Se propone, entonces, la necesidad de hacer un cambio a nivel de prácticas en la sociedad, entendiendo a estas prácticas como “los modos de actuar y de relacionarse que las personas despliegan en espacios concretos de acción” (PNUD, 2009, p. 15).

En el fluir de estas prácticas juegan un rol central las instituciones –en tanto reglas y normas y roles promovidos y facilitados-; también intervienen las

subjetividades –entendidas como construcciones constantes y definidas como las preferencias, aspiraciones, motivaciones y expectativas que cada sujeto pone y actualiza en la interacción con otros- desde donde los individuos darían la estructuración a sus prácticas específicas; y finalmente estas prácticas parten desde el conocimiento práctico y disponible al que pueden acceder los sujetos -en tanto mapas reflexivos o solamente inscritos en sus mentes y cuerpos, que guían las acciones y un saber de cómo se hacen siempre las cosas (PNUD, 2009).

Desde este planteamiento, se indica que existiría una notable inercia en las prácticas actuales de los chilenos, dado por la estabilidad de los dispositivos culturales, la rigideces de las reglas formales; así también por la falta de flexibilidad de las disposiciones subjetivas y rutinas del hacer práctico; por lo que torcer las trayectorias históricas se hace pesado y se evidencias férreas resistencias ante los cambios que se intentan promover (PNUD, 2009).

En este sentido, existirían una serie de prácticas disfuncionales que estarían desaprovechando las oportunidades que la sociedad brinda, y que además limitan y frustran a los sujetos que participan en ellas. Si bien se aprecian prácticas funcionales, que sí aprovechan las oportunidades, éstas acarrear con el costo de tensionar a los sujetos que intervienen en su proceso; ya que les implica transgredir las reglas que se han definido desde sus propias subjetividades. Sin embargo, aunque en menor medida, se visualizan algunas prácticas que podrían potenciar la expansión de las oportunidades sociales existentes, a la vez que actualizan y fortalecen las capacidades de los individuos involucrados (PNUD, 2009).

El desafío, entonces, es enfrentar la fuerte inercia de estas prácticas, arraigadas desde discursos y reglas institucionalizadas que comprimen a los sujetos; los que tienden a actualizar los modos de ser y hacer más recurrentes y posibilitados, pero que no suelen responder a sus verdaderos deseos y proyectos de expansión personal.

Individuos libres y fragilizados

La globalización como fenómeno social, económico y político impacta en las personas, en el centro de sus vidas, en sus identidades, en el cuerpo, en las familias, en el trabajo con los amigos; a través de subjetividades que portan biografías globalizadas, la globalización entra e instala lógicas, sentidos, contradicciones, prioridades y miradas que van formando parte de los días, de lo cotidiano y, por ende, de los sujetos mismos. En este sentido Olavarría (2008) indica que "...la vida ya no está ligada a un lugar, no es más una vida sentada y sedentaria. Es una vida de viaje (en el sentido directo y figurado); una vida nómada..." (p. 76).

Nos enfrentamos ahora, a la presencia de identidades nomádicas, situacionales y relacionales. Para Oyarzún (2002) "Agonismo e hibridación están a la base de las identidades, siempre en proceso de constitución. Más que una tópica del '¿quién soy?', [hoy podemos pensar en] una geopolítica identitaria del '¿dónde estoy situado?' " (p. 206).

En este contexto, Braidotti (2000) ha indicado que el sujeto nómada está preparado para abandonar y deconstruir cualquier sentido de la identidad fija; en este sentido señala que:

Reconcebir las raíces corporales de la subjetividad, es el punto de partida para iniciar un proyecto epistemológico del nomadismo. El cuerpo, la corporización del sujeto, no debe entenderse ni como una categoría biológica, ni como una categoría sociológica, sino más bien como un punto de superposición entre lo físico, lo simbólico y lo sociológico. (p. 19)

Pero es también desde el propio cuerpo que se ejerce el control y la regulación de la vida social. Así, las matrices sociales, políticas y culturales se instalan ejerciendo el 'biopoder', es decir, esta forma de intervención que se posa desde dentro, desde las subjetividades, interpretando y rearticulando su producción y reproducción (Olavarría, 2008).

En este sentido, las subjetividades irían construyéndose y reconstruyéndose desde los discursos donde están incrustadas, desde elecciones personales, desde sus posibilidades culturales y personales. Así Goolishian y Anderson (2005) indican que:

Del mismo modo que cualquier buen narrador, entretijemos todos las piezas en una trama única. Según esta concepción posmoderna, el sí mismo no es una entidad estable y duradera, sino una autobiografía que escribimos y reescribimos en forma constante, al participar en las prácticas sociales que describimos en nuestras siempre cambiantes narraciones (p. 299).

Y dentro de estas formas o tácticas de construcción de lo subjetivo, el problema de la identidad, es decir, de mantener cierta continuidad o coherencia, dice relación con la congruencia de las historias que relatamos sobre nosotros mismos. En esta línea algunos autores optan por hablar de estilo de vida, reuniendo en esta idea al conjunto de prácticas –que con una cierta integración– son adoptadas por los individuos para satisfacer sus necesidades utilitarias, y para dar materialidad a la ‘crónica concreta de la identidad del yo’. Así, buscaríamos al menos construir narrativas que le den sentido a las incoherencias propias y al desorden y confusión de la vida cotidiana (Giddens, 1997; Goolishian y Anderson, 2005).

Así, entre este ir y venir de un mundo a otro, nos vamos situando en distintas circunstancias que nos exigen ser de una manera y luego de otra, teniendo que remover lo aprendido rápidamente, para adaptarnos a un entorno escurridizo y quisquilloso. La reflexividad, entendida como el estar constante y recursivamente volviendo sobre nosotros mismos a replantearnos cada acto y opción, va generando un movimiento interno en donde fácilmente podemos perder el eje o centro que posibilita mantener una sensación de guía y estabilidad internas (Bauman, 2005b; Giddens, 1997).

Los sujetos dependerán, dentro de los márgenes sociales, de su propia capacidad como agentes, como actores, para poder ir construyendo y sosteniendo

sus subjetividades. Y en este aprendizaje constante se haría necesario un espacio de resguardo, un tiempo de refugio que permita reelaborar estas cargas y discursos que sostenemos; a fin de –desde ese refugio personal- generar elaboraciones propias y no meros anclajes de nuevas informaciones. Se visualiza entonces, la capacidad de los sujetos de lograr que -dentro de este continuo analizar y poner en duda lo que ya sabemos y conocemos- sea posible figurar como actores que eligen y reelaboran los elementos cotidianos y discursivos. Sin embargo, esta reflexividad y autodeterminación se matizan a partir de subjetividades que igualmente portan deseos que se filtran, en contextos que no permiten tanta autoconciencia, y en circunstancia socioeconómicas que delimitan ferozmente las reales posibilidades de elección. Así, podríamos sostener que la potencia de generar transformaciones performativas se instala pero desde el sustrato normativo que constriñe a la vez que posibilita que los sujetos reviertan parte de sus destinos, a la vez que los llaman a cumplir con ellos (Butler, 2002; Giannini, 1995; Goolishian y Anderson, 2005).

Por otra parte, siguiendo el curso de estas subjetividades posmodernas, podemos verificar también la existencia de una mayor centralidad en las individualidades, por sobre el predominio de lo social y lo macro. Podríamos pensar que se está dando lo que Lipovetsky (2000) llama ‘psicologización de lo social’, es decir una disminución de la energía en lo público y trascendental y un aumento del énfasis e interés en lo privado, las relaciones particulares, los pequeños colectivos. Estaríamos entonces, en un escenario social donde los sujetos han tomado mayor relevancia en cuanto a sus particulares y personales proyectos, estilos de vida y necesidades. Incluso, en el ámbito de las ciencias sociales, las miradas han aumentado su lupa por los procesos de construcción de las subjetividades, relevando los espacios cotidianos y las vivencias íntimas como parte de los grandes temas a estudiar (Lash, 1997).

Los vínculos y relaciones afectivas y eróticas se desenvuelven entonces en una cultura narcisista y personalizada; cultura donde, al reducirse el referente de lo público y de los grandes modelos, los individuos se han orientado a la búsqueda de propia realización personal. Sin embargo, este aumento del interés y

libertad hacia el propio yo, se tensiona ante el fatigoso trabajo de construcción de sí, de toma de posesión del propio cuerpo y la propia vida. En este sentido Lipovetsky (2003) indica que “Narciso no está tan enamorado de sí mismo como aterrorizado por la vida cotidiana, por su cuerpo y por un entorno social que se le antoja agresivo” (p. 27).

De esta forma, la cultura narcisista no sólo se desarrolla en torno al goce y al hedonismo, sino que también se encuentra ante las dificultades de enfrentar una sociedad de riesgo. “Narciso no es el individuo triunfante, es el individuo fragilizado y desestabilizado porque tiene que llevarse a cuestras y construirse completamente solo, sin el apoyo que constituían antaño los marcos colectivos y las normas sociales interiorizadas.” (Lipovetsky. 2003, p. 28).

Se abre de este modo una fuerte carencia de intimidad, cercanía y encuentro con el otro, a fin de lograr algún apoyo dentro de la angustiada y solitaria tarea de construirse cada día. Sin embargo, C. Lasch señala que esta nueva búsqueda de intimidad resulta inalcanzable por las mismas razones que llevan a los individuos a buscarla, es decir el repliegue de los sujetos en sus preocupaciones puramente personales; dado que lo que se busca es una intimidad instantánea, entendida como ‘un estremecimiento emocional sin compromiso ni dependencia’.

...la incapacidad de interesarse seriamente por cualquier cosa que no sea apuntalar el yo convierte en empeño inútil la búsqueda de la intimidad. Los individuos piden de las relaciones íntimas con los demás una satisfacción y seguridad emocional mucho mayores que las que nunca exigieron; por otra parte, cultivan un desapego necesario para el mantenimiento de las defensas del ego narcisista (C. Lasch citado en Giddens, 1997, p. 219).

El costo recae entonces en un enorme esfuerzo personal: ahora todo está centrado en mí, en mis decisiones, mis opciones; sin caminos trazados, sin redes de seguridad. A esto se agrega y añade que los espacios sociales han tendido a desaparecer, y en un mundo social amplio los soportes y grupos de pertenencia no se encuentran con facilidad. Ante la angustia, el vértigo y el desamparo propio

de esta modernidad tardía ¿qué hacer? Las miradas y demandas se dirigen hacia la única aparente posibilidad de salvación: la familia.

En esta línea, Lechner (2005) ha subrayado la carencia de un „nosotros’ en la sociedad chilena actual, lo que apunta a marcar la fragilidad de los referentes sociales, en tanto redes desde donde inscribirse como sujetos colectivos. En este sentido señala que “Luchar contra la naturalización es luchar contra la des-subjetivación; contra la objetivación de las relaciones interpersonales en un sistema abstracto y auto-regulado. La sacralización de la “lógica del sistema” expulsa la subjetividad social” (p.16).

ARTICULACIONES DESDE EL IMAGINARIO DE FAMILIA

En la escena posmoderna y latinoamericana podemos ver, entonces, a sujetos que deben buscar sus opciones en un contexto que les ofrece aperturas, pero que a la vez les dificulta el construirse como individuos empoderados que puedan hacer uso de esta libertad. Las marginalidades, las sobrecargas y pesos del agobio cotidiano, los anclajes y fracturas de discursos culturales limitados y contradictorios, obligan a estos individuos a recluirse en los resquicios que la misma sociedad les ofrece. La necesidad de afectos y soportes seguros los llevan a buscar en la familia –como imaginario y en términos concretos- las respuestas y apoyos requeridos. Sin embargo, este espacio de relaciones aparece hoy como un lugar de conflictos, dolores y muchas veces frustraciones; que no logra satisfacer las necesidades de quienes lo componen.

Se denuncia así un problema en el cruce de subjetividades y familia, que estaría afectando a hombres, mujeres, jóvenes, adultos y niños y de todos los niveles sociales. Los modelos de familias que existen y que son posibles se abren como temas complejos y llenos de aristas; más aun cuando queremos revisar a los varones chilenos que construyen sus paternidades.

El modelo de la familia nuclear moderna

En Grecia y en Roma antigua se le llamaba familia al conjunto de sirvientes, esclavos y todos quienes estaban sometidos a la voluntad del padre o jefe de la casa (incluyendo esposa e hijos). Desde entonces la autoridad paterna del varón ha sido erigida como el eje que debe domesticar los instintos e instaurar el orden en el espacio familiar. La familia se legitima como norma universal, donde el padre transmite el apellido como elemento primordial de capital simbólico. Así, la familia se convierte en un privilegio simbólico, que permite estar dentro de la norma. La familia asume entonces un rol muy importante en tanto mantenedora y reproductora de la estructura social, generando las condiciones para la

acumulación y transmisión de privilegios económicos, culturales y simbólicos (Bourdieu, 1997; Grau, 1995; Perrot y Martin-Fugier, 2001; Roudinesco, 2003).

El orden familiar económico burgués se apoyaba entonces en tres fundamentos: la autoridad del marido, la subordinación de las mujeres y la dependencia de los niños. Roudinesco (2003) resume la evolución de la familia separándola en tres momentos: la familia tradicional (donde se buscaba asegurar la transmisión de patrimonio, los casamientos se arreglaban por los padres, y existía una autoridad patriarcal); la familia moderna (fines del siglo XVIII y principios del XIX, donde se instala una lógica afectiva fundada en el amor romántico, y se genera una división de trabajo de cónyuges); y la familia posmoderna (a partir de la década de los '60, donde dos individuos buscan tener relaciones íntimas por un periodo de tiempo, y el tema de la autoridad se complejiza).

El modelo de la familia moderna se instaura a partir de los cambios económicos que van a propiciar una orden y división entre lo público y lo privado, vinculando a hombres y mujeres a cada uno de estos ámbitos respectiva y excluyentemente. Empieza a consolidarse la familia nuclear patriarcal en consonancia con el modelo económico imperante, donde el padre/patriarca tendrá como roles el ser proveedor y jefe de familia y la madre se especializará en lo doméstico y en la crianza de los hijos. Este orden y división de roles consagra y asegura la estabilidad y permanencia del núcleo familiar (Olavarría, 2001c).

En Chile el estado fortalece este tipo de familia al generar una serie de incentivos monetarios y de servicios que propician que los trabajadores se casen y formen familias, pudiendo así lograr una serie de derechos y apoyos de bienestar público. Se logra así que, en el contexto de la modernización, se asiente este modelo de la familia en los sectores populares. Se idealiza y norma así el modelo de familia nuclear instaurándola como lo natural y lo deseable para todos los estratos sociales, con el consecuente reordenamiento de la vida familiar y de los comportamientos familiares (Olavarría, 2001c; Valdés, Caro y Peña, 2001).

Si bien el Estado tiene un importante rol con sus intervenciones económicas y políticas sociales para reformar y consolidar el modelo de familia nuclear; otras

instituciones como las Naciones Unidas y la Iglesia Católica -en especial- muestran también un rol activo como zonas de poder que definen lo que debe ser una familia en tanto “unidad indisoluble entre un hombre y una mujer a través del sacramento del matrimonio y como comunidad de éstos con sus hijos” (Grau, 1995, p. 45). Si bien las Naciones Unidas no definen con tanta precisión lo que se entiende por familia, sus políticas y lineamientos tienen gran repercusión en los medios de comunicación y en la reproducción de discursos sociales y políticos. Se consolida una especie de alianza entre el estado moderno y la familia, que es reforzada por el discurso religioso. Así a través de un conjunto de encíclicas y otros documentos del Vaticano, se promueve una férrea defensa de la familia, reclamando también el lugar más tradicional para la mujer, quien debe orientarse exclusivamente a la dedicación a sus hijos y familia (Grau, 1995).

Familia o familias

A pesar de la solidez y peso que porta esta ancla social, la familia moderna igualmente comienza a transformarse –en Chile y en el mundo- con el curso de los cambios económicos y sociales. Alrededor de la década de los '70 las feministas logran que sus demandas contra las discriminaciones que sufren las mujeres, sean consideradas y se integren a las políticas públicas; así también las mujeres comienzan a integrarse masivamente al mercado laboral, con el consecuente cambio de roles y relaciones tanto a nivel público como privado. A esto se suma la creciente presencia del movimiento homosexual –en especial a partir de la epidemia del SIDA- quienes plantean nuevas demandas por derechos y equidad, visibilizando diversidades posibles en las formas de construcción de subjetividades y de vínculos. Por otra parte, los derechos de la infancia instalan a los niños como sujetos de derecho, situándolos como otras subjetividades a considerar en incorporar en el campo de lo público y sobre todo en la familia (Barker y Verani, 2008; Olavarría, 2001c).

A pesar de estos movimientos, en Chile la Dictadura del General Pinochet mantendrá inquebrantable el discurso de la familia nuclear, el que se verá reforzada por el „marianismo’, que marca a las mujeres como seres abnegados y orientados al sacrificio, con mayor fortaleza espiritual, y cuya identidad se centra en la maternidad; así también, el imaginario de familia se fortalecerá con los valores propios del autoritarismo paterno. Se detendrán e impedirán, entonces, los cambios concretos en torno a la introducción de nuevas leyes y normas que faciliten la institucionalización de las transformaciones que ya venían gestándose en el país. Por lo mismo, no será sino hasta la restauración de la democracia – comienzo de los ’90- que en Chile se irán incorporando poco a poco y lentamente algunas modificaciones dentro de los marcos legales y sociales, así como algunas políticas de integración de la diversidad (Montecino, 1996; Olavarría, 2001c) .

Consecuentemente las formas de familia cambian, evidenciando el quiebre de la estricta división de roles y espacios atribuidos esencialmente a los géneros. Actualmente hay claros índices de aumento de divorcio, disminución de tasas de matrimonios y aumento de convivencias en toda América Latina; lo que trae una diversidad muy amplia de tipos de familias y hogares; asimismo se evidencia una mayor presencia y visibilidad de parejas homosexuales que buscan generar sus propias familias y que reclaman el apoyo del estado a su relación familiar (Barker y Verani, 2008; Olavarría, 2001c; PNUD 2002).

A esto se agrega que la precarización laboral en América Latina propicia la búsqueda de nuevas estrategias económicas desde las familias; lo que lleva a que más mujeres salgan a buscar trabajo, que cambien los roles internos en la familia, y que se refuercen los vínculos de parentesco, por necesidades de contar con redes de apoyo. Por tanto, el esquema de jefe de hogar como proveedor único cede terreno a otras fórmulas de mantención económica de la familia, incorporando el trabajo de las esposas y a veces de los hijos (Barker y Verani, 2008, Jiménez Guzmán, 2008; Olavarría, 2001c).

El modelo de familia moderna se ha complicado, y es desde finales de los ’60 y comienzos de los ’70 que los movimientos de estudiantes y las iniciativas feministas plantean una fuerte condena a la familia como fuente de la violencia y

opresión cotidiana; denunciando la ideología de discriminación y control que enmascaraba. La familia entonces, es impugnada, rechazada y declarada funesta para la expansión del deseo y la libertad sexual. Se la marca como una instancia colonizadora, ya que trasmite los vicios de la opresión patriarcal (Beck-Gernsheim, 2003; Olavarría, 2001c; Roudinesco, 2003).

Diríamos entonces que los modelos de familia han variado, por lo que nos encontramos frente a distintas formas de hacer familia. En esta línea, Klaus Schneewind (1995) precisa que actualmente coexisten una diversidad de modelos o tipos de familia que van desde un matrimonio legal con hijos hasta un modelo de solteros convivientes y planificadamente sin hijos; desde un modelo con dos padres hacia una familia con un solo progenitor; desde una permanencia en el matrimonio hasta un modelo que incluye la separación e incluso la posibilidad cierta de volver a casarse, constituyendo las familias ensambladas; desde un matrimonio donde el hombre es el proveedor hasta un modelo andrógino donde ambos son proveedores; desde el modelo de exclusividad sexual al interior de la pareja hasta un modelo que permite las relaciones extramaritales; desde un modelo con dos adultos en el hogar hasta un modelo que permite varios adultos en el hogar, con varias generaciones en convivencia; incluso coexisten desde un modelo estrictamente heterosexual hasta modelos que permiten la convivencia homosexual.

Aparecen así nuevas definiciones y distinciones para hablar de la ‚familia‘, y se comienza a hablar de las ‚familias‘ en plural, o de las ‚formas de vida familiar‘, o ‚formas de convivencia‘ (Beck-Gernsheim, 2003).

Schneewind (1995), por su parte, nos ofrece una definición amplia e inclusiva de familia describiéndola como “... un sistema íntimo de relaciones de tipo peculiar, que se desarrolla por la vida en común...” (p.129); sistema que se caracterizaría por tener límite, es decir dos o más personas comparten su vida en un espacio físico diferente al de otras personas o grupos de personas, y construyen esta vida en común basados en un cuerpo de reglas implícitas o explícitas. Así también se daría en la familia la privacidad, cuando hay presencia de un espacio físico delimitado, o por lo menos un instrumento de encuentro, el

cual posibilita el intercambio de conductas. Otro de sus rasgos básicos sería la permanencia, existencia de una vida en común planificada a largo plazo que implica responsabilidades compartidas, objetivos en común y lazos afectivos. Y finalmente la cercanía, es decir, la concreción de la intimidad física, emocional y espiritual.

Aperturas y resistencias: los nuevos sentidos de la familia

Se evidencian entonces, cambios en las nuevas formas de relaciones familiares. Se instalan vínculos más democráticos, volviéndose una institución menos jerárquica, con un orden más negociado, incluyendo sujetos que hacen valer sus derechos. Las nuevas familias van a incluir las situaciones que se hacen ya cotidianas, como que un gran número de mujeres ya no se dedica hoy exclusivamente al hogar, sino que tienen jornadas laborales fuera de su casa. Este solo cambio trae nuevas conversaciones al interior de la familia, donde se plantea el tema de la repartición equitativa de los roles domésticos en la pareja.

Si bien se evidencian cambios en la distribución de roles domésticos, lo más frecuente es que las mujeres tengan una doble jornada (dentro y fuera del hogar), con el consecuente cansancio y fricciones que esto conlleva para con la pareja.

Los varones vivencian la exigencia por flexibilizar sus roles, mientras sus contextos laborales los presionan para que sean exitosos, competitivos y masculinos (Olavarría, 2001a). Los jóvenes, por su parte, reclaman más autonomía, a la vez que desconocen la autoridad de sus padres (Bustelo, 2007). Los niños son sujetos que ahora exigen no solo la presencia de sus padres, sino que éstos les brinden el acceso a los bienes de consumo que aparecen como necesidades para integrarse en el medio social (Beck y Beck Gernsheim, 2001; Bustelo, 2007). A lo anterior se suman las nuevas formas de familias ensambladas, de madres que viven solas con sus hijos, y otras formas de convivencia que complejizan el fenómeno familiar (Jiménez Guzmán, 2008).

Entonces, estas subjetividades diversas y fragilizadas que conforman las familias, portan estilos y necesidades que emergen desde sus contextos posmodernos, y generarán inciertas y complejas inserciones dentro de las familias que se posibilitan.

En este sentido, la falta de soportes, las aperturas e incertezas también se extienden y aplican al campo de las relaciones y afectos; donde los vínculos se verán enfrentados a las tensiones posmodernas. Así, se evidencia la emergencia de un nuevo tipo de amor y relación de pareja que sería propia de nuestros tiempos. Este amor sería buscado como la fuente de salvación contra la soledad y como el medio por el que se le puede dar sentido a la propia vida, así como la forma por la que se pueden recuperar la confianza y seguridad perdida. Pero este amor no tendría pautas ni normas preestablecidas, sino que sería una ‚fórmula vacía‘ que se debe llenar. Cada sujeto y cada pareja deberán buscar y negociar de acuerdo a las necesidades que cada uno desea satisfacer en dicho vínculo; dado que lo que funda y sostiene la relación no es un contrato, sino es la satisfacción que ambos logren a través de ella (Bauman, 2005a; Beck y Beck-Gernsheim, 2001).

Así, cuando la necesidad de apoyo afectivo aumenta, las relaciones aparecen como rompecabezas por construir; evidenciando su cualidad efímera, y su requerimiento de altas y constantes dosis de esfuerzo. Debemos, entonces, aprender a construir relaciones, pero también aprender a desconectarnos con flexibilidad de ellas. Por lo mismo, los sujetos vivencian un vacío personal, angustia y desamparo. Así, precisamente cuando las relaciones afectivas se vuelven más variables y difusas, los vínculos se han puesto –contradictoriamente– al centro de la vida actual; movilizando nuestros proyectos y preocupaciones y provocando altas posibilidades de frustración (Bauman, 2005a).

El anhelo de lo pasado, del resguardo, se instala en el cuerpo y en los discursos; mientras el esfuerzo de construcción de la vida diaria y de los vínculos agota, y la capacidad de adaptación es más limitada que lo que el ritmo de la permanencia de los lazos exige. Bauman (2005a) resume así esta contradictoria situación:

...hombres y mujeres, nuestros contemporáneos, desesperados al sentirse fácilmente descartables y abandonados a sus propios recursos, siempre ávidos de la seguridad de la unión y de una mano servicial con la que puedan contar en los malos momentos, es decir, desesperados por „relacionarse’. Sin embargo, desconfían todo el tiempo del „estar relacionados’, y particularmente del estar relacionados „para siempre’, por no hablar de „eternamente’, porque temen que ese estado pueda convertirse en una carga y ocasionar tensiones que no se sienten capaces ni deseosos de soportar, y que puede limitar severamente la libertad que necesitan –sí, usted lo ha adivinado- para relacionarse... (p. 8).

Es importante agregar que, dentro de estos cambios que evidenciamos, podemos ver que la pareja se ha modificado también; así de ser solamente un ente fundante de la familia, legalizado a través del vínculo del matrimonio, ha transitado hacia una instancia constituida para satisfacer necesidades de afecto, sexuales y de autorrealización. La temporalidad de la pareja también ha sufrido un fuerte movimiento, ya que hoy día la concepción de un vínculo para toda la vida se ve cuestionado en forma manifiesta a través de las crecientes cifras de separación y el aumento de la convivencia sin vínculo legal (Beck y Beck-Gernsheim, 2001; Giddens, 1992).

Cambios en las parejas, los sujetos y sus relaciones, donde tanto hombres como mujeres deben asumir roles no tradicionales; los primeros deben integrar habilidades para la crianza, y las segundas competencias para rendir exitosamente en el ámbito laboral; búsquedas que han llevado a una cierta democratización de las relaciones (Giddens, 1992).

Así, en este espacio de cambio y confusión aparece la familia con el espacio que podría dar tranquilidad y resguardo. Sin embargo este espacio tiene el doble sentido de ser una posibilidad –aparentemente la única- de seguridad, pero a la vez conlleva un riesgo, ya que está construida desde un eje de fragilidad –la pareja- que resquebraja las certezas en cuanto contar con la familia nuclear como ancla.

Paradójicamente a comienzos del siglo XXI aparece una cruzada por retornar a los „valores familiares’, se anhela e idealiza los tiempos de la familia tradicional estable como el paraíso perdido que dotaba de estabilidad, lazos afectivos y seguridad a las personas. Se señala que las inestabilidades de la familia actuales serían el peor problema de nuestra sociedad, y se postula que esta „crisis’ tendría que ver en gran parte con la pérdida de los roles tradicionales, donde las madres ya no cumplen con su papel de protectoras de su familia, y los padres han perdido su autoridad ante los hijos (Beck-Gernsheim, 2003; Jiménez Guzmán, 2008; Roudinesco, 2003).

En este contexto, se le asigna a la familia una simbólica religiosa que – desde la “sagrada familia”- inviste a esta institución de un imaginario de unión e integración, otorgándole a la vez un poder y derechos que superarían incluso los derechos de los propios individuos que la componen. Así, se le otorga a la familia un estatus que deviene en una nueva forma de la norma y de deber ser, representando una especie de metáfora de los vacíos del sistema (Grau, 1995).

Ahora desde una nueva moral civilizatoria aparece un „familiarismo recuperado’. Desde esta posición se intenta proteger a la sociedad a través de defender el modelo de familia nuclear ante cualquier amenaza que pueda facilitar su evidente caída, tales como los divorcios, las convivencias, las opciones de no tener hijos y la reivindicación del matrimonio homosexual. Así, la posición neoconservadora buscará fortalecer el anhelo de una vuelta a la familia nuclear tradicional, para así no descuidar a los niños; los que habrían quedado –desde esta perspectiva- desamparados ante los cambios y mutaciones sufridos por las familias (Roudinesco, 2003; Silverstein y Auerbach, 1999).

Sin embargo, Beck-Gernsheim (2003) nos aclara que esto no implica que exista un retorno a las formas familiares del pasado; ya que lo que se observa es más bien una contradictoria mezcla entre la nostalgia por lo tradicional, a la vez que aparecen nuevas expectativas en cuanto a los lazos familiares.

La familia –en sus distintas formas- queda así tensionada por la sumatoria de sujetos asustados que agrupa y que son al fin y al cabo quienes la componen. Los medios, el estado, y las instituciones sociales dibujan la pesada carga que

debe asumir la familia: responder a los sujetos desde una multiplicidad de roles y planos. Así, desde el comienzo, queda imposibilitado el logro de una tarea plena, además, de contradicciones.

Anclajes familiares en Chile

En congruencia con lo indicado, en Chile –como en buena parte de América Latina- encontramos fuertemente arraigado el modelo hegemónico de familia nuclear tradicional; con un discurso que instala la división sexual de roles y el matrimonio para toda la vida, como base natural y necesaria para su adecuado desarrollo. Este modelo de familia nuclear patriarcal se encuentra entonces, fuertemente anclada en las estructuras económicas, políticas y religiosas de la sociedad chilena contemporánea; y es también reforzada por los medios de comunicación, penetrando en el imaginario colectivo, lográndose así que se piense y hable desde este modelo y discurso de familia tradicional (Delsing, 1995; Valdés et al., 2006).

Sin embargo esta versión de una sola familia y constituida rígidamente, contrasta con los tipos de familias que encontramos presentes en Chile en la actualidad. Así, notamos un aumento de la cantidad de familias con presencia solo del padre o solo de la madre, y también un alza de las familias unipersonales; mientras no sucede lo mismo con las familias nucleares. Disminuyen las familias casadas y se incrementan los convivientes, separados y solteros (Olavarría, 2007).

De acuerdo a un estudio realizado en 2005 en Santiago por Valdés, Castelain-Meunier y Palacios, es posible generar algunas distinciones acerca de las familias actuales en Chile, comparando las formas de hacer familia en los distintos niveles sociales y desde ambos géneros.

En las familias de nivel socioeconómico alto y medio alto, es posible ver aperturas discursivas, donde ya se ha instalado la búsqueda de la individualización como una meta valorable; por lo mismo, los hombres y mujeres

manifiestan que tratan de respetar sus autonomías y libertades mutuas. En este contexto, si bien las mujeres profesionales afirman fuertemente su independencia, también son éstas las que vivencian culpa por orientar tiempo y esfuerzo a fines personales, en vez de a sus hijos. Los varones, por su parte, anhelan más espacio y libertad. Sin embargo también logran –gracias al apoyo de servicio doméstico– preservar espacios para la pareja. Por otra parte, es claro que la parentalidad es un eje central de las familias; y que si bien se demanda el apoyo de los hombres, son las mujeres las que aparecen como sobrerresponsabilizadas de las tareas de crianza. Finalmente, es posible indicar que igualmente se evidencia en estos varones y mujeres un choque entre sus deseos de amor y familia, y sus anhelos de libertad personal (Valdés et al., 2006).

Las familias de niveles medios y medios bajos, por su parte, evidencian una mayor amplitud de propuestas y ensayos de tipos y formas de establecer familias; heterogeneidad que da cuenta de una menor institucionalización en comparación con los grupos de mayores y menores ingresos. Las mujeres aparecen muy sobrecargadas con las tareas domésticas, y muchas de ellas viven con mucha culpa y autoexigencia sus maternidades; se sienten sobredemandadas y con jornadas excesivas, evidenciando una situación de tensión constante. Algunas mujeres, eso sí, logran vivir sin angustia el orientarse a sus propios proyectos, y se apoyan en los padres de sus hijos; mostrando mayor satisfacción con su vida. En cuanto a los varones, se encuentran presentes los discursos de nuevas paternidades, con una clara ruptura del estilo de paternidad de la generación anterior. Sin embargo, este discurso en algunos casos llega sólo a ser la expresión de una “retórica del nuevo padre”. En general, eso sí, se sienten satisfechos con su labor en lo doméstico y en la crianza, ya que de todas formas están más presentes que lo que lo hicieron sus padres. Su realidad laboral les quita mucho tiempo, sin embargo hay hombres que están bastante presentes en las tareas del hogar. En la crianza –al igual que los hombres de estratos más altos– tienden a dedicarse más a tareas recreativas, por sobre las pesadas tareas de cuidado y enseñanza. Los varones se mueven en un terreno incierto donde no siempre logran concretar sus anhelos. En estas familias aparecen diversas tensiones entre

hombres y mujeres. Por una parte las mujeres se muestran insatisfechas del rol que los varones ocupan en torno a lo doméstico y los hijos; pero a la vez se les hace difícil dejar de monopolizar el „saber hacer’ del hogar. El varón se resiste, ya que no quiere ser mandado y no quiere asumir las cuestiones domésticas por las que la presiona la mujer. Nuevamente se evidencia que tanto para varones como mujeres los hijos tienen un lugar central, con un gran interés por aprender a ser padres. Sin embargo, las fuertes discrepancias entre las percepciones de varones y mujeres, muestra la existencia de fracturas en los acuerdos conyugales y un grado de insatisfacción por expectativas diferentes, manifestando la fragilidad conyugal existente (Valdés et al., 2006).

En el contexto de estratos bajos, las posibilidades de los desarrollos de las individualidades se ven mucho más constreñidas y casi no aparecen como parte de las posibilidades y aspiraciones. La pareja cobra sentido al tener hijos, apareciendo la familia como „puerto y destino’; así los sujetos rompen con sus pasados y en la búsqueda de la seguridad optan por la familia, la que está impregnada de un valor muy alto, y significada como la salida de la marginalidad. Los espacios para la pareja casi no existen, lo que si bien molesta, se acepta por un bien mayor: los hijos. El compromiso moral y las condiciones materiales orientan a hombres y mujeres a preocuparse principalmente por sus deberes básicos: cuidar a los hijos y trabajar. En las mujeres se observa una sobrerresponsabilización moralizante en torno al imperativo de ser una „buena madre’. Aunque ellas trabajen y valoren este espacio, esto lo hacen principalmente por un tema económico, y estiman que todo el tiempo libre deben dedicárselo a sus hijos. La identidad de la mujer está absolutamente asociada a la maternidad. En los varones se da una amplia variedad de tipos de paternidades, desde la total ausencia, hasta el padre que colabora en la crianza, incluso más que sus pares de los estratos superiores (Valdés et al., 2006).

Así, podemos comprender que existen aperturas y movimientos al interior de las familias actuales, que las diferencian de las familias de las generaciones anteriores. Dentro de lo ya revisado, la entrada de la mujer al trabajo, el deseo de individualización y la renovación de los estilos de los padres varones, aparecen

como elementos gatillantes de procesos de renovación en los esquemas de familia.

Otro factor que puede acreditarse como novedoso y de relevancia para las formas de ser familia, es el nuevo lugar y la concepción de infancia en las familias; desde un imaginario de una sociedad más peligrosa, se instala la preocupación por los hijos como eje de sentido de las familias. Esto puede verse también como una sobrevaloración de la inscripción del niño en la familia y sociedad, lo que genera tensiones para los padres en el cumplimiento de sus roles (Valdés et al., 2006).

Estas manifestaciones no significan necesariamente que estos procesos hayan dado lugar realmente a nuevas fórmulas de vida en común, pero al menos pueden registrarse como síntomas de ruptura o quiebre con un estilo de construir familia (PNUD, 2002; Valdés et al., 2006).

Podría pensarse, entonces, en una suerte de contradicción o dificultad en el tránsito de los cambios propios de los modelos familiares en Chile. Las prácticas vinculares evidencian que el modelo tradicional de familia nuclear pierde cada vez mayor presencia entre las formas en que las personas viven sus vínculos familiares; sin embargo esta constatación no necesariamente está respaldada por una ampliación de imaginarios en torno a formas vinculares deseables o al menos ‚nominables‘ como familias.

En esta línea, si bien las personas no suelen identificar a su familia actual como autoritaria o machista, las imágenes de familia más presentes en la sociedad chilena tienden a lo estático y lo normativo, encontrando que un 43% de los encuestados por el PNUD (2002) se adscribía a una “imagen normativa” y un 26% a una “imagen abnegada”; modelos ambos donde domina la rigidez y rechazo al cambio, el miedo al afuera y donde el espacio familiar es vivido como lugar para refugiarse, por sobre un lugar de encuentro. Sólo un grupo menor se identifica con un modelo relacional postindustrial.

En la perspectiva de revisar los anclajes culturales que derivan de la familia, sin lugar a dudas la mayor amarra viene precisamente del ‚lugar‘ que la familia tiene dentro de la construcción subjetiva de los chilenos. Así, la familia es vivida

como el centro de la vida y el lugar principal de constitución identitaria; lo cual sobrecarga de exigencias y demandas a un espacio constituido por sujetos que llegan con dolores e incertidumbres. Sin embargo, estos mismos sujetos que idealizan y se aferran a la familia, la marcan como una institución en crisis y la principal causa de sus tensiones. Ante un contexto social disminuido o –al menos– desvalorizado, la familia aparece entonces, como el principal lugar legitimado y seguro de sociabilidad. Incluso, para el caso de la clase más baja, la familia extendida aparece también como referente de sobrevivencia (PNUD, 2002; Valdés et al., 2006).

Otra ancla dice relación con la férrea unión de la maternidad en la identidad femenina, lo que estaría frenando la concreción de una construcción más conjunta de la parentalidad. Muchas mujeres no desean compartir este espacio, por lo que no dejan ingresar al padre descalificándolo por sus incompetencias (Valdés et al., 2006).

Esta posición y distancia femenina, es absolutamente funcional para los varones que –en su mayoría– no muestran ninguna disposición a aprender el manejo del mundo doméstico. Situación que es facilitada por el mundo laboral y sus exigencias. Así también, las políticas públicas tienden a fortalecer los derechos de las mujeres a ser ‘más y mejores’ madres; con lo que se fortalece los roles tradicionales, dejando a los hombres sin la exigencia ni (Barker y Verani, 2008; Valdés et al., 2006).

¿Es que la familia cambia por dentro, en sus relaciones internas, y no lo hace frente a la sociedad? ¿O es que las personas necesitan identificarse con nociones que les aseguran afirmar las certezas de lo conocido para vivir en una sociedad cambiante? (Valdés et al., 2006, p. 41).

A pesar que se reconocen aperturas, discursos más igualitarios y democráticos, el temor y resistencia a superar lo conocido y supuestamente seguro, frena las posibilidades de los sujetos a abrirse a cambios. Y al centro de estos temores aparece la familia y su fuerza, precisamente como una amarra que se vincula con una desconfianza hacia la sociedad (PNUD, 2002; Valdés et al., 2006).

En este sentido, es posible señalar algunos rasgos distintivos del contexto cultural chileno, que marcan y dificultan las posibilidades de movimientos y flexibilidades en las formas que pueden asumir los vínculos y las subjetividades en este país. Una de estas características es la falta de coherencia discursiva y actitudinal que se puede observar en temas tales como género, vida privada, estilos de vida alternativos a las convenciones (Palacios, 2006).

En este sentido se ha indicado que la oferta simbólica particular de la cultura chilena se caracterizaría por mostrar la fuerte presencia de un discurso conservador con mucha carga ideológica, fundado en la religión católica; mientras, por otra parte, evidencia un discurso liberal, que si bien aparenta ser importante y estar bien instalado desde las adscripciones de la modernidad propia de la vida cotidiana y del consumo, no se sustenta en una ideología liberal secular que porte narrativas en torno a la afirmación de la individualidad. Esta falta de sustancia en el discurso liberal imposibilitaría que los sujetos se sitúen con propiedad con los sustentos de una ideología pro libertades y desarrollos individuales. Así aparecen descripciones contradictorias donde los sujetos incluyen opciones modernas y liberales, a la vez que defienden valores absolutamente conservadores (Valdés et al., 2006).

A lo anterior se suma el temor a lo incierto, y una baja valoración del cambio, lo provisorio y efímero. Donde las rupturas y cambios –sobre todo familiares- no son leídos como procesos y ciclos que se integran a la vida habitual; sino que aparecen como disruptivos y fragmentadores; evidenciando que los adultos han sido preparados para la permanencia y la estabilidad y no para valorar los desafíos y el disfrute por lo nuevo y lo por construir (Grau, 1995).

En este contexto, la existencia y mantención de la familia –entendida como la permanencia de la unión matrimonial, más que la calidad de sus relaciones- aparece asociada al éxito y triunfo personal; así también como a la posibilidad de educar a los hijos, en sectores bajos. Un poder simbólico y también concreto que pareciera otorgar seguridad, incondicionalidad y contención. De ahí también la constatación que entregan los estudios de Valdés et al. (2006) acerca de la mayor presencia que evidencian los varones de un anhelo y nostalgia por la casa

materna. La familia entonces es visualizada como la que sostiene a los individuos frente a un sistema social feroz, un mercado exigente y despiadado, a la fragilidad del Estado, y los escasos resabios de redes y lazos sociales. (Valdés et al., 2006)

Subjetividades atrapadas en la familia

Se podría afirmar que en las familias se han instalado la vulnerabilidad, la fragilidad e inseguridad. Los estudios del PNUD marcan la presencia en nuestra cultura de una subjetividad social dañada, donde predominan la desconfianza y el repliegue temeroso hacia la familia, buscando cerrar puertas hacia el otro social que aparece como amenazador y desconocido (PNUD, 1998, 2000, 2002 y 2009).

En esta línea, en el Informe del Desarrollo Humano del 2002 “Nosotros los chilenos: un desafío cultural” el PNUD señaló que:

Los estudios muestran nítidamente las dificultades para generar codificaciones compartidas al interior de las familias. La diversidad y hasta contradicción de mundos de sentido que alberga hoy en su interior cada familia deriva en lenguajes a veces difíciles de traducir entre sí. (p.204)

Dificultad y carencia de un lenguaje que construya sentido, capaz de ayudar a identificar las amenazas percibidas en el mundo externo y, por ende, que posibilite visualizarlas de manera más clara, permitiendo así enfrentarlas. Si no se puede identificar, la amenaza se vuelve parte del mismo sistema, queda como constitutivo de la familia: ‘el fantasma habita nuestro hogar’.

En este marco, tenemos -como ya se indicó- un diagnóstico y queja que recae sobre la familia signándola como un sistema en crisis; en medio de un consenso social más o menos explícito que carga a las familias con pesadas tareas. Hemos visto, sin embargo, que la complejidad de los mundos de vida actuales y de las búsquedas individuales imposibilitan el que un solo espacio, sistema o relación pueda responder a la multiplicidad de necesidades y equilibrios cambiantes, que deben repartirse en esta misma complejidad de sujetos que circulan y buscan.

Los sujetos si bien plantean sus necesidades personales –los varones con su necesidad de mayor espacio y libertad, y las mujeres con la afirmación de sus desarrollos profesionales- muy pocos se abren a la posibilidad de alternativas en las formas de hacer familia, donde se permita un mayor respeto a las individualidades. Incluso, en el caso de las personas separadas, se evidencian los discursos más doctrinales sobre la centralidad de un modelo de familia y del respeto de este pacto colectivo (Hernández y Oyarzún, 2009; Valdés et al., 2006).

Si el trabajo de des-pertenencia se manifiesta en sociedades con grados significativos de individualización inscritas en el capitalismo tardío, en sociedades como la nuestra debiera darse más bien una reiteración de lo conocido en la medida que el individuo (digamos una mayoría) no cuenta con las condiciones de instalación en la sociedad (por los agudos grados de exclusión, por los límites de la secularización) que le permitan reflexividad ni elección (Valdés et al., 2006, p. 41).

Entonces, el sujeto se desdibuja frente al lugar central de la familia. La negación del individuo, por la lealtad familiar – y el hacerse cargo de la familia tempranamente en los estratos pobres- impide que se generen cambios desde ni hacia los sujetos que la componen. Este modelo de familia, entonces, niega la posibilidad de ser sujeto; ya que, para la mayoría de los varones y mujeres, la opción por la familia es opuesta al individuo, es decir, para mantener y sostener una vida familiar se hace necesario abandonar de alguna forma los proyectos individuales (Valdés et al., 2006).

Tenemos, entonces, sujetos que difícilmente logran aprehender sentidos que los arraiguen a sí mismos y a sus mundos colectivos. Finalmente, podemos señalar que no se puede posibilitar una reparación de las familias sin intentar también apostar por una reconstrucción de la subjetividad social vulnerada propia de la cultura chilena.

MASCULINIDADES Y CULTURA

Estudios de las masculinidades

La modernidad se ha caracterizado como la época donde emerge la noción de ‚hombre‘ como centro del mundo, dejando atrás las creencias ancladas en las divinidades como camino para responder a las grandes preguntas. La razón aparece como el valor principal, la ciencia el camino al conocimiento. Y se sitúa al varón como quien detenta y porta la razón, de manera natural y esencial. La mujer, por lo mismo y para seguir por la senda del progreso, debe aliarse y asilarse con él (Marqués, 1997; Sadler, 2004).

La modernidad define un orden social que subraya ciertas dicotomías en la vida social, diferenciando por ejemplo los roles propios de hombres y mujeres; asignando a la mujer la esfera de lo privado y al varón lo público; construyendo prácticas cotidianas enmarcadas en valores que naturalizan esta dicotomía por sexos (Abarca, 2000; Montecino, 1996).

En este escenario se plantea el concepto de género como una respuesta a esta esencialización de las diferencias entre hombres y mujeres, la que - basándose en determinismos biológicos- definía desde y por los cuerpos los estilos, rasgos, roles, prácticas, sentimientos, relaciones y hasta las opciones de vida que les correspondía a cada uno de ellos. En este marco se conceptualiza al ‚género‘ como una construcción simbólica, establecida sobre los datos biológicos de la diferencia sexual, que opera sobre los sujetos produciendo normas culturales acerca del comportamiento de ambos. Estas prácticas sociales de género estarían ligadas a sistemas de poder que establecen desigualdades y privilegios sociales (De Barbieri, 1992; Lamas, 1996; Parrini, 2000; Rubin, 1986).

El acumulado y desarrollo propio de la teoría de género se conforma a partir de los años ‚60 y ‚70, cuando surgen movimientos feministas que van a trabajar por la formación de un cuerpo teórico –teoría de género- que permitirá visibilizar las desigualdades entre mujeres y hombres en el ámbito de los derechos políticos

y ciudadanos. Se estudian las relaciones de poder enmarcadas por el género, poniendo un fuerte énfasis en la construcción social de éste. Así, son las mujeres quienes ponen el tema de la diferencia sexual como dimensión constitutiva y transversal en los ordenamientos y prácticas sociales, y en las formas culturales en general (De Barbieri, 1992; Lamas, 2002; Parrini, 2000).

Con ello se forma –en el ámbito de las ciencias sociales- un saber orientado a estudiar a un sujeto desconocido por muchos años: la mujer, a quien se la había relegado al espacio privado. Se desarrollan así investigaciones asociadas al conjunto de prácticas, representaciones, normas y valores sociales que se encuentran enmarcados en la diferenciación sexual y que la cultura –a través de instituciones económicas, sociales, políticas y religiosas- construye y reconstruyen cotidianamente. Estas luchas teóricas e ideológicas buscan romper el acceso discriminado al orden simbólico, reclamando para las mujeres el reconocimiento de su derecho de ocupar un lugar igualitario (Badinter, 1993; Di Marco, Faur y Méndez , 2005; Pérez, 1997).

Parrini (2000) sitúa esta apertura a los estudios de género como un movimiento que dice relación con el malestar que vivían las mujeres, por su misma adscripción sexual, dado lo sometidas y constreñidas que se sentían. Así, esa fractura entre lo personal y lo social, entre los mandatos sociales y sus propios deseos, generaron la base que dio impulso a esta corriente política, ética, estética e intelectual que busca re-pensar lo humano; rebatiendo el que los varones se tomaran el derecho de erigirse como „sujeto universal masculino’ y portavoz de toda la especie. Se logra entonces que se generalice este malestar con respecto al sexo; y que se visualice como problema personal, relacional, social y político la diferencia que se había instalado en función de los sexos; iniciándose así un proceso irreversible donde los hombres comienzan a ser señalados en tanto posición de género.

Este movimiento, iniciado por feministas norteamericanas -y luego en el resto del mundo- va a propiciar por sí mismo la apertura a los estudios de las masculinidades; dado que al poner en tapete la noción de género y el rechazo a

los esencialismos tanto femeninos como masculinos, se impone una mirada relacional, la que conduce la mirada a cuestionar y develar a los hombres y la masculinidad (Parrini, 2000).

La pregunta por la mujer deviene en una pregunta por los hombres, la interrogante que se abre acerca de lo femenino permite inaugurar una pregunta por lo masculino. Los estudios de masculinidad se pueden metaforizar como réplicas del terremoto cultural que significó y significa el feminismo en los ordenamientos genéricos de nuestras sociedades (Parrini, 2000, s/n).

Entonces surgen a fines de los '70 y mayormente en los '80 una serie de grupos que se orientan hacia los estudios sobre los hombres y la masculinidad. Estas investigaciones se realizan principalmente en Estados Unidos e Inglaterra, cuyas primeras indagaciones se abocan al tema de género como característica central de la vida social, centrándose muchas de ellas en el papel que el hombre juega al interior de la familia. Algunos investigadores que han aportado a los estudios de masculinidad son: R. W. Connel (Australia), David D. Gilmore (USA), Michael Kimmel (USA), Michael Kaufman (Canadá), Joseph- Vicent Marqués (España). Se plantea entonces entender a la masculinidad como una construcción cultural, que se reproduce socialmente; por tanto se hace necesario definirla dentro de los contextos socioeconómico, cultural e histórico en que están insertos los varones (Badinter 1993; Connell 1997; Di Marco et al, 2005; Fuller 1997 y 1998; Gilmore, 1994; Kaufmann 1997; Kimmel 1997; Parrini, 2000; Seidler 2006; Valdés y Olavarría 1997; Viveros, 1998).

En América Latina -definida como cuna del machismo- aunque un poco más tardíamente, también se desarrollan los estudios de masculinidades; los que se han orientado a indagar acerca de las múltiples identidades masculinas, las prácticas de varones en las relaciones de género (salud reproductiva, violencia doméstica o sexual) y cambios en prácticas tradicionales; también comienzan a publicarse libros, se realizan talleres con varones, se integra el tema de la masculinidad dentro de las prácticas terapéuticas, y se generan grupos discusión

orientados a abrir el tema. Asimismo se fueron incorporando los estudios de masculinidades, la docencia, redes de investigación, intervenciones sociales tanto a organismos no gubernamentales, como en universidades latinoamericanas (Gomáriz, 1997; Valdés y Olavarría, 1997). Se puede mencionar como investigadores destacados del continente a: José Olavarría (Chile), Teresa Valdés (Chile), Norma Fuller (Perú), Mara Viveros (Colombia) entre otros, quienes con sus publicaciones e investigaciones han mostrado las características de las diversas masculinidades latinoamericanas (Gomáriz, 1997).

Kimmel y Messner (1992) resumen el intento central de la emergencia de los estudios de la masculinidad señalando que, lo nuevo es que se busca conocer a los hombres en cuanto hombres, sacándolos de su invisibilidad de ser humano universal generalizable (citados en Valdés y Olavarría, 1997).

A partir de los estudios de las masculinidades, entonces, se van a desarrollar distintas miradas y acercamientos al tema de los varones, por lo que - desde diferentes autores- es posible distinguir algunas perspectivas que se han desarrollado.

Kimmel y Messner (1992) señalan que los primeros esfuerzos en los estudios siguieron tres modelos generales. Modelos biológicos: las diferencias biológicas determinarían comportamientos diferentes entre hombre y mujer; modelos antropológicos: revisan diferencias entre culturas; y los modelos sociológicos: se orientan a cómo se socializan niños y niñas, cómo aprenden los roles sexuales (citados en Valdés y Olavarría, 1997).

Por su parte, Clatterbaugh (1990, citado en Valdés y Olavarría, 1997), desde una mirada menos disciplinar y que se orienta a las distinciones según la orientación ideológica y política, indica que pueden mencionarse: una perspectiva conservadora natural que sostiene que la masculinidad es un atributo natural y/o divino esencial a los hombres, por tanto también lo es el que sean proveedores, dominantes y protectores de mujeres; una perspectiva profeminista que plantea que la masculinidad ha sido creada a través del privilegio de los hombres y la correspondiente opresión de las mujeres; una perspectiva de los derechos

masculinos que asume la defensa de los hombres frente a los costos psíquicos y sociales de la masculinidad; una perspectiva espiritual, donde la masculinidad se ve como derivada de patrones inconscientes profundos, basándose en elementos de la psicología junguiana, humanista y transpersonal y de diferentes leyendas, mitos y tradiciones religiosas y espirituales; una perspectiva socialista, que acentúa la relación entre masculinidad y las clases sociales, subrayando su determinación económica desde el capitalismo patriarcal; y finalmente una perspectiva de grupos específicos, enfatizando la existencia de diversidad de experiencias –y no una masculinidad universal- que abarca no sólo a hombres blancos, sino a minorías (negros, grupos étnicos, hetero y homosexuales) (Parrini, 2000).

Por su parte, Connell (2003) destacó tres proyectos principales que se habían realizado hasta 1995 para la conformación de una ciencia de la masculinidad: uno basado en el conocimiento clínico de terapeutas, principales ideas viene de Freud; otro basado en psicología social que se centra en roles sexuales; y los desarrollos más recientes de la antropología, historia y sociología.

Connell (2003) señala que para desarrollar una ciencia de la masculinidad es necesario partir por las relaciones de género, y de allí construir el marco de conocimiento de la masculinidad. Se propone entender el género como una práctica social, que estaría organizada en torno a un escenario reproductivo; aquí el acento estaría en el proceso histórico que involucra el cuerpo; ya que el género existiría precisamente en la medida que la biología no determina lo social. Esta práctica social surge a partir de las relaciones sociales y no consiste en actos aislados sino que surge en el ser personas, y grupos con sus situaciones histórica; donde la interacción entre hombres y mujeres y lo masculino y femenino es central. Así, las diferentes simbolizaciones creadas por la sociedad se traducirían en la asignación de roles sociales diferenciados para cada uno (De Barbieri, 1996).

Por otra parte, Connell (2003) evidencia que se han dado diferentes definiciones que caracterizan a lo masculino, y que algunas de éstas han tenido

énfasis en lo esencialista (donde se define a lo masculino como cualidad inherente); otras definiciones positivistas (que buscan los hechos que muestren como son los hombre en realidad); otras normativas (que indican como los varones –y mujeres- deben ser); y otras definiciones semióticas (indican lo que es masculinidad a través de un sistema de diferencias simbólicas en el cual se contrasta lo masculino y lo femenino).

Entenderemos entonces, para esta investigación, que la masculinidad se refiere a un conjunto de significados culturales siempre cambiantes, los que se construyen por la relación con nosotros mismos con los otros y con el mundo; en particular por la posición del hombre en las relaciones de género, y que se expresa en la práctica por medio de la experiencia corporal, la personalidad y la cultura (Connell, 1997; Kimmel, 1997).

Así, en tanto construcción cultural, el concepto de masculinidad implica siempre movimiento y transformación; perdiendo rasgos de propiedad atemporal o esencial. En diferentes épocas y para diferentes personas, podrá asumir diferentes significados, los que pueden variar incluso durante el curso de la vida de un hombre (Connell, 1997; Kimmel, 1997).

Los estudios de género han posibilitado, entonces, el trabajar con categorías que tienen gran peso en la conformación de las subjetividades personales. En este sentido Salvador Cruz (2006) señala que: “En conjunto, los diversos procesos sociales y las diversas prácticas se reflejan en los cuerpos, se incrustan en la historia personal y colectiva de los sujetos” (p.2). La constitución de los sujetos anclados y marcados por el género tendría relación –de acuerdo a lo planteado por Butler (2002)- con la identificación con una determinada identidad sexual y de género, en el supuesto o ilusión que esto responde a algo que forma parte de ellos desde antes. Sin embargo, Butler devela que no hay una esencia detrás de las formas en que actuamos el género, sino que nuestras propias actuaciones –“performances”- y su continua repetición, son las que producen este efecto de naturalización de las prácticas. La palabra tendría un poder instituyente a medida que se repite y se sedimenta; a través de la repetición y el ritual, la

performatividad permite la naturalización de una posición de sujeto en la interioridad de un cuerpo. Butler indica que no hay, entonces, una esencia detrás de las performances o actuaciones; sino que al contrario, son las propias actuaciones en su repetición compulsiva las que producen el efecto-ilusión de una esencia natural. Por lo mismo, es posible plantear el “deconstruir” lo normativo del género, a través de esta misma dialéctica entre lo que nosotros recibimos como significados culturales y lo que innovamos en nuestra interacción.

En esta línea, es posible añadir que el proceso cultural de construcción de la identidad de género tiene dos caras; así mientras por una parte se intenta reducir las diferencias personales potenciales entre los individuos varones, por otra, se trata de aumentar las diferencias que todos los varones podrían tener con las mujeres (**Osborne y Marqués 1992**).

Estas identidades, marcadas culturalmente, imprimen y asignan los significados de la femineidad con la naturaleza, el cuerpo, la afectividad y la pasividad; mientras han relacionado a la masculinidad con la cultura, la racionalidad, la objetividad y la actividad (Connell, 2003).

El peso y la fuerza de la Masculinidad hegemónica

La masculinidad, según Gilmore (1994), es la forma de ser varón adulto que es aceptada por una sociedad. Y dentro de estas posibilidades de ser hombre, existe la noción de ‘masculinidad hegemónica’, que refiere a la norma de lo que debe ser un varón, con claro asentamiento desde la cultura patriarcal, y que subraya la posición dominante de los hombres y la consecuente subordinación de las mujeres (Connell, 1997, 2003; Kimmel, 1997, 1998; Kaufman, 1997; Seidler, 1994).

En esta línea, diversas investigaciones indican que tanto en Chile como en América Latina se evidencia la fuerte presencia del modelo hegemónico de masculinidad, desde donde se estructurarían y definirían identidades colectivas e

individuales (Fuller, 1997, 1998; Olavarría, Mellado y Benavente, 1998; Parrini, 2000; Valdés y Olavarría, 1998; Viveros, 1998).

Como se ha señalado, desde la perspectiva asumida, la masculinidad se reconoce como una construcción social que opera desde y por el lenguaje; así, a través de los discursos culturales que recogen una tradición semiótica de masculinidad hegemónica, emerge una carga simbólica que deviene desde una tradición histórica y cultural; la que se actualiza y reconfigura con su uso a través de los años. En este caso, América Latina porta una fuerte marca que viene desde la conquista, que al decir de Octavio Paz (1994) habría marcado el carácter del mexicano y latinoamericano en general, por la violenta humillación que recibe la madre –pueblos originarios- por el padre –España-; afirmando la identificación de la masculinidad con violencia y distancia. En esta misma línea, Sonia Montecino (1996) indica que como prolongación de este mito aparece la religiosidad católica, donde la Virgen María sería quien acoge a este mestizo, que ha surgido del encuentro de ambas culturas; así se sitúa en América latina a lo femenino desde lo sagrado y protector, mientras lo masculino queda como un territorio ambiguo y ausente.

Salazar y Pinto (2002) proponen para Chile un recorrido de lo masculino a través de su historia; connotando con particular centralidad a las instituciones del Estado, la Iglesia Católica y el Ejército, en tanto agentes sociales que han generado discursos tradicionales y que han resguardado los intereses de las masculinidades por sobre los de otras subjetividades más débiles, los „otros’ sin poder.

Desde el siglo XIX se visualizan actores hegemónicos que posibilitarían la condición de masculinidad que tenemos en el siglo XXI. Estos actores –mercaderes, el Ejército y los „santos varones’ de la Iglesia- conformarían la „hombría oligárquica’. Mientras los campesinos, artesanos, mineros y vagabundos integrarían la „hombría popular’. Así, esta hombría oligárquica encontraría su fuerza en el Estado portaliano (comienzos de siglo XIX) y en el Ejército de Chile; quienes se caracterizaron por ser autoritarios y por defender los derechos de los

poderosos y proteger a los grandes negocios mercantiles. El Ejército se constituye –siguiendo a Salazar y Pinto (2002)- en el molde maestro de la masculinidad.

En el siglo XX, sin embargo, el Ejército centra su acción en el ‚enemigo interno‘, con lo que abre los horizontes de una masculinidad distinta. La hombría popular -en tanto enemigo interno- se levanta a luchar por sus derechos y sus sueños, tomando el camino de asociación corporativa y la lucha de clases. El Estado, por su parte, a partir de 1931 evoluciona y deja atrás el perfil del autoritarismo, por una figura más abierta, desarrollista, electoralmente más democrática y más populista. Con esto, la monolítica masculinidad autoritaria de los ‚viejos patriarcas‘ sufre un giro hacia una masculinidad más flexible (Salazar y Pinto, 2002).

Así se posibilita –a través de la crisis moral del patriarcado mercantil- esta transformación hacia una masculinidad política que desarrolla un capital social con mayor energía histórica, y que facilitó la emergencia del movimiento de los jóvenes y el de las mujeres; lo que ocurrió cuando el Estado se perfila como el gran proveedor y benefactor. Sin embargo, este movimiento se habría truncado al ocurrir lo que estos autores llaman un ‚virtual parricidio‘: el golpe militar de 1973; evento que inicia un proceso que frena las flexibilizaciones, que vuelve a imponer la antigua hombría oligárquica, y que deja devastadas a las otras masculinidades que se habían posibilitado. Así, se instaura un período que se caracteriza por afectar las bases del orden salarial, subrayar la estabilidad del ‚orden familiar‘, suspender las libertades ciudadanas y desarticular las organizaciones sociales de participación y el debate intelectual (Salazar y Pinto, 2002; Olavarría, 2001a).

En esta línea, se inserta la lectura propuesta donde la masculinidad se posibilita desde las condiciones, sociales, históricas y culturales que la inscriben. Así, para que una forma de masculinidad pueda ser celebrada como la hegemónica, ésta debe corresponder con un determinado ideal cultural y un poder institucional que lo sostenga; por lo mismo se puede afirmar que este modelo hegemónico corresponde a un universo simbólico que es aprobado o determinado desde un momento cultura e histórico como la estrategia aceptada para ser

hombre; donde los varones deberán demostrar que logran alcanzar dicha meta, para ser dignos de ser nombrados como tales (Gilmore, 1994; Parrini, 2000).

Este modelo hegemónico puede entenderse como un paradigma dominante, que tiene el doble sentido de ser una representación simbólica y a la vez una norma. Este modelo genera normas que regulan las relaciones entre los géneros, con pautas que establecen lo que es ser varón (y mujer). Así, se imponen mandatos para los varones, indicando lo que se espera de ellos, estableciendo un referente contra el cual serán comparados. Ahora, en términos reales, no muchos hombres cumplen a cabalidad con estos modelos normativos; sin embargo a todos les llega la ganancia de la diferenciación patriarcal que establece que los varones son los dominantes y las mujeres las subordinadas (Abarca, 2000; Connell, 1997).

Este proceso de construcción social operaría desde la infancia sobre las diferencias personales potenciales entre los individuos varones, en el intento de generar una uniformización en torno a la norma del modelo de masculinidad (modelo hegemónico). Marqués (1997) indica que a pesar que muchos varones no asimilan todas las conductas y patrones prescritos en este modelo, “el sistema patriarcal se encargará de tratar a las personas como que fueran idénticas a las de su mismo sexo y muy diferentes a las del opuesto” (p. 18). En síntesis, el sistema les atribuirá cualidades que no han alcanzado; y también forzará a que las conductas desplegadas por mujeres sean interpretadas como femeninas y las de varones como masculinas, aunque éstas disten de tener dichas características (Corsi, 1995; Marqués, 1997).

La sociedad patriarcal construye a varones y mujeres a partir de la identificación de su sexo. No logra la reducción de personas a dos únicos modelos: varón y mujer, pero las trata como si lo hubiese conseguido y evita que unos y otros sean conscientes de sus similitudes (Marqués 1997, p.19).

Otra importante característica de este modelo tradicional es que naturaliza la diferencia sexual, otorgando con esta distinción derechos e importancia a los varones por el mero hecho de ser hombres (Olavarría, 2000a).

Este modelo de masculinidad también puede verse como una huída de lo femenino, ya que ser hombre significa primero que nada „no ser mujer”. Así, en el proceso de socialización los varones aprenderán a reprimir todo lo que pueda leerse como práctica o atributos femeninos. La identidad masculina nace así como una renuncia a lo femenino, lo que desde el comienzo fragiliza dicha construcción (Fuller, 1997; Kimmel, 1997).

Es posible señalar, que este modelo hegemónico se funda en el atributo central de la heterosexualidad, prescribiéndose para los varones determinados deseos y determinadas prácticas sexuales. Por lo mismo, esta masculinidad se asienta desde la homofobia, la que se utiliza para suprimir el deseo homoerótico (Badinter, 1993; Connell, 1997; Fuller, 1997, 1998; Gilmore, 1994; Kimmel, 1997; Olavarría et al., 1998; Valdés y Olavarría, 1997).

Considerando lo anterior, los varones deberán constantemente preocuparse por demostrar su virilidad, lo que tendrá que ser corroborado mediante la aprobación desde la opinión pública y, sobre todo, de los otros varones. Así, este modelo generará también incomodidad y tensiones, dadas las altas exigencias que impone, principalmente a través de mandatos que operan a nivel subjetivo, adjudicando pautas identitarias, afectivas, comportamentales y vinculares; otorgando los materiales simbólicos e imaginarios que permiten la construcción de esta identidad masculina (Parrini, 2000).

La masculinidad hegemónica, entonces, define las pautas que regulan lo que es ser varón; imponiendo mandatos que deberán ser cumplidos. En este sentido, Gilmore (1994) indica que existiría un sistema moral especial –de hombría- que busca asegurar que los varones se comporten acorde a estos valores erigidos como propios a su rol de género.

En esta línea, muchos estudiosos de las masculinidades coinciden en sistematizar cuáles serían los roles, rasgos, valores, actitudes y conductas que deberán llevar a cabo los hombres que quieran ser confirmados como tales

(Abarca, 2000; Badinter, 1993; Connell, 2003; Donoso, 2002; Gilmore, 1994; Kaufman, 1997; Marquéz, 1997; Olavarría, 2000a y 2001b; Olavarría y Valdés, 1997; Parrini, 2000; Sadler, 2004; Valdés, 2001).

Un mandato –que viene desde las antigüedad- inscribe al varón como centro, jefe y autoridad máxima de su hogar; lugar donde si bien el goza de los mayores derechos, es quien toma las decisiones importantes, y quien debe ser respetado por los hijos y esposa; pero también debe cumplir con una serie de deberes. Entre éstos está el ser un buen proveedor de los medios de sustentación económico que su grupo familiar requiere. Así también, al asumir como responsable de la familia, les debe a todos sus miembros –obviamente más débiles- protección frente a las amenazas del medio. Dentro de estos roles, entonces, el ser padre aparece como un elemento que marca a los varones (Abarca, 2000; Badinter, 1993; Connell, 2003; Donoso, 2002; Gilmore, 1994; Kaufman, 1997; Marquéz, 1997; Olavarría, 2000a y 2001; Olavarría y Valdés, 1997; Parrini, 2000; Sadler, 2004; Valdés, 2001).

Así como en el ámbito de lo privado el hombre es demandado para cumplir con ciertos mandatos, éstos también se extienden para el mundo de lo público; espacio privilegiado y propio del varón. Es allí donde deberá demostrar que es exitoso, lo cual tiene hoy como claro indicador la posición o estatus económico que se alcance. De esta forma, el trabajo se constituye en un medio y fin para el varón, donde debe desarrollarse y validarse ante sus pares (Abarca, 2000; Badinter, 1993; Connell, 2003; Donoso, 2002; Gilmore, 1994; Kaufman, 1997; Marquéz, 1997; Olavarría, 2000a y 2001; Olavarría y Valdés, 1997; Parrini, 2000; Sadler, 2004; Valdés, 2001).

Como ya se señaló, además de desempeñar ciertos roles y prácticas, los mandatos hegemónicos imponen a los varones algunos rasgos y valores que deberían evidenciar. Es así que todo hombre debería mostrarse siempre seguro, autónomo y fuerte; siendo siempre capaz de sustentarse a sí mismo. Desde su autosuficiencia el varón mostrará su fortaleza ante las situaciones de crisis; además deberá confirmar su valentía, y si es necesario, su rudeza y agresividad; siendo capaz de asumir riesgos; todo lo cual debe manejar desde la racionalidad y

el control de sus emociones (Abarca, 2000; Badinter, 1993; Connell, 2003; Donoso, 2002; Gilmore, 1994; Kaufman, 1997; Marquéz, 1997; Olavarría, 2000a y 2001; Olavarría y Valdés, 1997; Parrini, 2000; Sadler, 2004; Valdés, 2001).

Otras exigencias se añaden como elementos propios de esta hombría hegemónica, así ellos deberán acreditar que son responsables, rectos y de convicciones y valores firmes e incalificables; por lo mismo se espera de ellos lealtad y que sean hombres de palabra (Abarca, 2000; Badinter, 1993; Connell, 2003; Donoso, 2002; Gilmore, 1994; Kaufman, 1997; Marquéz, 1997; Olavarría, 2000a y 2001; Olavarría y Valdés, 1997; Parrini, 2000; Sadler, 2004; Valdés, 2001).

Un tema que ya se mencionó, y que es un eje que transversaliza este modelo propuesto de masculinidad desde nuestra cultura, dice relación con el campo de las prácticas sexuales de los varones. Un varón en propiedad deberá ser y probar su heterosexualidad con una conducta activa y de iniciativa en este plano. Por lo mismo, en este ámbito se legitima el descontrol y el dejar fluir de los impulsos de posesión sexual. En consecuencia con esta prescripción, todos aquellos hombres que no cumplan con este mandato serán excluidos del campo de la masculinidad; marginalización que afectará a los hombres de orientación homosexual, los que serán expulsados simbólicamente del ámbito de privilegio y dominio que implica ser un varón hegemónico. Así las mujeres y los hombres gay constituirán „el otro’, „el afuera’ que posibilita delimitar su propio campo de pertenencia, y permite distinguirse desde la diferencia con ellos. Así, por la misma negación y aniquilamiento de estos otros –como iguales- se instala y legitima la propia virilidad hegemónica (Abarca, 2000; Badinter, 1993; Connell, 2003; Donoso, 2002; Gilmore, 1994; Kaufman, 1997; Kimmel, 1997; Marquéz, 1997; Olavarría, 2000a y 2001; Olavarría y Valdés, 1997; Parrini, 2000; Sadler, 2004; Valdés, 2001).

Dentro de este mismo necesario alejamiento y clausura de lo femenino, los varones deberán alcanzar un logro importante para sus subjetividades masculinas: el control de la expresión de sus emociones. Así, ellos aprenderán no sólo a no mostrar sus emociones y afectos, sino también a no contactarse con éstos; salvo

emociones que estén legitimados con varoniles (agresividad, orgullo, por ejemplo). La racionalidad y el control emocional constituyen, entonces, uno de los soportes de la identidad masculina. Desde este manejo personal se instala su poder y superioridad por sobre sus subordinadas, las mujeres (Abarca, 2000; Badinter, 1993; Connell, 2003; Donoso, 2002; Gilmore, 1994; Kaufman, 1997; Marquéz, 1997; Olavarría, 2000a y 2001; Olavarría y Valdés, 1997; Parrini, 2000; Sadler, 2004; Valdés, 2001).

Estos mandatos, que son aprendidos por los varones desde niños, no han mutado en más de cincuenta años; sin embargo las mujeres han movilizado sus recursos y cambiado su lugar en la sociedad. Este giro ha desestabilizado los claros y definidos moldes hegemónicos, lo que ha llevado a que los hombres queden con una vivencia de confusión y vacío ante estos cambios, dificultándoseles ahora el construir sentidos. Pero no son cada uno de ellos – individualmente- quienes mantienen este rígido modelo, sino que son las construcciones culturales de masculinidad las que siguen resistiéndose ante las demandas de cambios (Di Marco et al, 2005).

Malestares y crisis de la masculinidad

Olavarría – junto a otros autores - ha señalado que los varones hoy están en crisis, que la masculinidad está tensionada y se volvió frágil. La vivencia actual de los hombres estaría impregnada por un malestar más o menos consciente, que les estaría dificultando instalarse en sus identidades masculinas con comodidad, y que complejiza su diario vivir tanto en el espacio público como en el privado (Araujo y Roger, 2000; Kaufman, 1997; Olavarría, 2000a y 2001b; Sinay, 2006).

Como se señaló anteriormente, en la segunda mitad –y sobre todo en las últimas décadas- del siglo pasado se generaron una serie de cambios sociales y macroeconómicos que vinieron a complicar las posibilidades de los varones de responder a los mandatos hegemónicos. En esta línea, los movimientos feministas que irrumpen en el escenario político y social, traerán como resultado a

sus demandas el logro de una serie de leyes que buscarán proteger a las mujeres frente a la discriminación social y laboral, con lo que entorpecerán la situación y rol de los varones; instalando discursos que instaurarán, poco a poco, a la equidad de género como un valor social general (aunque sus prácticas concretas tengan un camino más lento). En este escenario, los privilegios masculinos comenzaron a dificultarse, y la autoafirmación y seguridad que tenían por el mero hecho de ser hombres, también se resquebrajan (Montecino, 1996; Olavarría, 2001a; Salazar y Pinto, 2002).

En esta línea, el aumento de las mujeres en el mundo público trae consecuencias para los varones, quienes tienen que aprender a convivir y competir con ellas en los espacios laborales. Por otra parte, la masiva salida femenina del hogar, genera cambios al interior del espacio privado; donde los roles de género comienzan a cuestionarse desde las prácticas, y ahora además avaladas por un discurso que legitima a las mujeres y su desarrollo personal. Así, Olavarría (2001c) indica, con respecto a estos cambios:

Implica entender el doble movimiento que se ha comenzado a producir, por un lado las mujeres se están encontrando a sí mismas en el espacio público, del trabajo y los hombres comienzan a integrarse en el espacio privado, de la familia (p. 43-44).

Pérez (1997) añade que este sujeto femenino que reclama un acceso igualitario al orden simbólico, estaría demandando un lugar que era antes privilegio exclusivo de lo masculino. Así, esto implica una interpelación que cuestiona el carácter supuestamente natural del género; lo que traerá como consecuencia una convulsión de los supuestos básicos del imaginario individual y social que está cruzado con las cargas religiosas y patriarcales.

Pero este disruptivo cuestionamiento de los géneros, alcanza un estatuto mayor con la irrupción de los movimientos homosexuales, quienes –desde una fuerte organización social y política- logran levantar sus requerimientos por la igualdad y por la legitimidad de sus opciones genéricas y sexuales; lo cual funda un ‘nuevo masculino’ que aparece absolutamente contradictorio con los mandatos

homofóbicos hegemónicos. Esta ampliación del ser varón confunde a los hombres heterosexuales, y los lleva a cuestionarse o autoafirmarse rígidamente (Montecino, 1996; Olavarría, 2001a; Salazar y Pinto, 2002).

Por otra parte, los cambios económicos –propios del capitalismo- precarizan el trabajo y generan un temblor en las identidades masculinas; las que ahora se verán dificultadas para sujetarse desde la figura de poder que les otorgaba el ser los proveedores. Con esto, la pérdida de poder de los varones genera una fractura identitaria en el modelo de masculinidad hegemónica, ya que por una parte se hace muy difícil que los varones puedan cumplir con sus mandatos; y además el mismo modelo se pone en tela de juicio con la devaluación de su lugar de poder y control (Araujo y Roger, 2000; Güida et al., 2007; Montecino, 1996; Olavarría, 2001a, b; Salazar y Pinto, 2002).

Una nueva forma de relación se instaura con las mujeres, quienes además de situarse ahora también como proveedoras y e instalarse en el mundo de lo público, se han liberalizado en sus prácticas sexuales, con la consecuente insegurización que esto trae a muchos varones. Temores que se sitúan en la posibilidad de visualizarse ya no como los varones penetradores que irrumpen agresivamente en los espacios sociales y en los cuerpos a colonizar; sino que aparece el miedo a ser comparado y descartado, y se instala con mayor fuerza el fantasma de ser tildado de afeminado, cuando se asienta el imaginario de su fragilidad y vulnerabilidad (Araujo y Roger, 2000; Gilmore, 1994; Sloan y Reyes, 1995).

Marqués (1997) y Badinter (1993) han señalado que el construirse como varón hegemónico conlleva una ardua y muchas veces dolorosa tarea. Así, Marqués nos dice que las mismas formas de asumir la condición de masculinidad por cada varón, le traerán algunas dificultades; así, quienes asumen una posición subjetiva que él denomina „varón en propiedad’, no dudan que son importantes por el mero hecho de ser hombres, no sienten que tienen que demostrar nada y desarrollarán el modelo de masculinidad hegemónica sin mayor tensión; ellos viven su masculinidad desde la llamada función de „refugio’, en la medida que la pertenencia a lo masculino los llena de orgullo. Mientras que quienes se sitúan

personalmente como „varón en precario’ tenderán a estar permanentemente preocupados por demostrar y demostrarse que son importantes, se sentirán muy tensionados por todas las exigencias que impone el modelo hegemónico, y tratarán constantemente de marcar su superioridad ante las mujeres, ya que no se siente seguros de ésta; estos varones vivencian otra función propia de este modelo: la angustia de verse disminuido ante el modelo y ante otros hombres más exitosos.

Así, este modelo aprisiona a los varones ya que si no cumplen todas sus exigencias podrán ser descalificados como hombres, y si tratan de diferenciar se estas normas, vivirán pérdidas en torno al poder que les da la ubicación de varón hegemónico, y tendrán que asilarse en un lugar marginal. Así, la demarcación tajante de estas identidades masculinas y de sus deseos constituiría „lo abyecto’, es decir „lo que no debe ser’, donde el sujeto puede perder su condición de tal, lo que los obliga a reconfirmar su posición de género continuamente. (Fuller, 1997; Olavarría, 2000a; Parrini, 2000)

Por otra parte, al hablar de las tensiones de esta „masculinidad aprobemada’ aparece con relevancia el tema de los dolores y malestares en el ámbito de las emociones y afectos, que estarían viviendo los varones. Como ya se ha indicado, a los hombres se los ha enseñado a la inhibición de su vida afectiva, a permitirse expresar sentimientos y emociones asociados con fortalezas y firmeza –como la rabia- pero a ocultar toda emoción que pueda ser interpretada como debilidad o fragilidad. El varón debe aparecer como invulnerable ante los otros hombres, las mujeres y ante él mismo. A esto se agrega que no se ha reforzado en los varones una práctica de autoconocimiento e introspección en torno a sí mismos, su vida afectiva, ni su cuerpo. En este sentido, la relación con el cuerpo, con sus afectos y emociones representa experiencias amenazantes para los varones, ya que estarían vinculadas a la feminidad y por ende al hecho de ser mujer (Corsi, 1995; Cruz, 2006; Kaufman, 1997; Sinay, 2006).

Reiteradamente los jóvenes [varones] se refieren a la vida sentimental como algo reprimido, lejano, son conscientes y saben de la importancia de las mismas y de su relación con el cuerpo, sin embargo, no les resulta tan

fácil permitirse sentir ciertos sentimientos (Cruz, 2006, p. 7).

Todo esto dificulta la expresión saludable de sus emociones y, por ende, complica el establecimiento de relaciones íntimas y la construcción de espacios de apoyo. Así, los vínculos que se construyen suelen estar limitados por esta posición subjetiva de varón fuerte, lejano e invulnerable (Cruz, 2006; Sinay, 2006). En este plano Kaufman (1997) indica que la falta de recursos en este plano, implicaría un alto precio que pagan los varones, dado que:

La adquisición de la masculinidad hegemónica (y la mayor parte de las subordinadas) es un proceso a través del cual los hombres llegan a suprimir toda gama de emociones, necesidades y posibilidades tales como el placer de cuidar de otros, la receptividad, la empatía y la compasión experimentadas como inconsistentes con el poder masculino (p.70).

Incluso –dentro del marco de los estudios de las masculinidades- se ha llegado a acuñar el término de ‘masculinidad tóxica’, para referirse al efecto nocivo que tiene para los varones las exigencias de la masculinidad hegemónica. Así, se considera que la salud mental y física se ven afectadas por el estilo de vida, actitudes, prácticas sociales y manejo del mundo externo que impone este modelo. Se fuerza al hombre a ser competitivo, no temer, y a asumir riesgos; a la vez que se les pide que controle su expresividad emocional. También se espera que ellos sepan proteger a su familia mostrando siempre entereza, y que solucionen solos sus problemas con el medio, de tal manera de brindar el sustento que sus hijos y pareja requieren. Su grupo de pares los empuja a prácticas y conductas que ellos muchas veces no desean realizar, con el costo emocional y el riesgo implicado en esto. Y en medio de todas las tensiones que estas demandas les significan, no cuentan con un soporte social, red de amigos, y no están autorizados a pedir ayuda para sobrellevar esta pesada carga. Así, ante estas pesadas vivencias, no cuentan con un lenguaje validado socialmente, que les permita darles un estatus simbólico a sus malestares personales. (Bourdieu, 1997; Corsi, 1995; Kimmel, 1997; Mora, 2005; Olavarría, 2001b; Sadler, 2004; Sinay, 2006; Solano, 2008)

En esta línea Michael Kaufman (1997) ha señalado que si bien los varones han detentado el poder, esto ha traído una serie de costos; ya que:

Existe en la vida de los hombres una extraña combinación de poder y privilegios, dolor y carencia de poder. Por el hecho de ser hombres, gozan de poder social y de muchos privilegios, pero la manera como hemos armado ese mundo de poder causa dolor, aislamiento y alienación tanto a las mujeres como a los hombres (p. 63).

Retomando lo que se señaló con anterioridad, en Chile se radicalizó el modelo hegemónico durante la Dictadura, en desmedro de la facilitación de otras masculinidades alternativas; dejando en evidencia el fracaso del logro de los mandatos hegemónicos en muchos varones, sobre todos en ámbitos populares. Se tensiona así aun más la posibilidad de construir sus subjetividades masculinas, en un escenario que mantiene rígidos modelos patriarcales –a nivel de individuos, familia y sociedad-, pero que a la vez le ha restado la posibilidad de constituirse en varones hegemónicos

Sin embargo, el cuestionamiento y flexibilización de los géneros, ponen en tela de juicio las prescripciones rígidas asignadas a los varones. Desde las nuevas discusiones y acuerdos internacionales, las anteriores formas de dominación masculina son descalificadas valóricamente, sin que por esto desaparezcan realmente de las prácticas cotidianas. Se transita en un contexto discursivo, donde intersectan elementos conservadores que apuntan a anclar los roles y los formatos tradicionales de familia; los que –como revisamos para el caso chileno- cuentan con fuertes asideros y agentes institucionalizados que cuidan y protegen que no se den grandes cambios. A la vez que aparecen conductas evidentes de apertura, que no logran encontrar un respaldo en las narrativas dominantes. Así, desde el imaginario social, aparece la ilusión de una mirada progresista que a la vez portaría los valores tradicionales. Esta amalgama cultural resulta entonces, un tanto difícil de ser digerida por los individuos que cruzan y buscan, desde la intersubjetividad, definirse y tomar opciones vitales (Bauman, 2001; PNUD, 2002, 2009; Valdés et al., 2006).

Las subjetividades masculinas se despliegan entonces en un contexto posmoderno, que como ya se describió, se caracteriza por vivir la paradoja que señala Bauman (2001), donde por un lado se busca la autonomía y libertad, pero a la vez se teme a lo incierto y se anhela la estabilidad de los afectos seguros.

Por otra parte, los varones, que ya estaban presionados por los mandatos hegemónicos, a ser autónomos e independientes y a no expresar sus sentimientos ni temores; recibirán también las exigencias propias del mundo público, donde el modelo neoliberal favorece y propicia sujetos racionales, controlados, competitivos, agresivos y con bajo desarrollo de la empatía. Desde esta conjunción, es posible pensar que los varones deberían sobremasculinizarse para triunfar laboral y socialmente. Sin embargo, desde el mundo privado se les van a añadir otras contradictorias demandas. Las mujeres esperarán que ellos sean sensibles, empáticos y contenedores; y sus hijos les pedirán calidez, cercanía y presencia. Tanto las parejas como los hijos, buscan hoy vincularse horizontalmente con los varones; lo que pondrá en cuestión su autoridad de jefe de familia tradicional (Solano, 2008).

Se ha señalado que incluso quienes podrían considerarse como varones chilenos “exitosos”, de clase alta y con cargos gerenciales, evidencian malestares y fracturas. En este sentido Aguayo (2008) indica que:

... parece que el tema de salud mental de estos hombres es fronterizo, sujeto a las precariedades del trabajo –precariedades de clase profesional- y al exceso del mismo. Reportan que sus relaciones de pareja y con sus hijos se ven afectadas en tiempo y calidad por la sobrecarga laboral. La intimidad, la comunicación y la sexualidad con sus parejas sufren con la sobrecarga de trabajo. Los discursos que vimos revelan estrategias de endurecimiento y de soledad. Pareciera que no se preguntan mayormente por su salud mental. Hacerlo sería poner en cuestión al hombre exitoso, productivo y competitivo. Sería una muestra de flaqueza, de debilidad (p.11).

Se suman y entrecruzan, entonces, las tensiones propias de la posmodernidad -con las dobles y contradictorias exigencias que les llegan en tanto

varones-, con las presiones del modelo hegemónico -que si bien está hoy cuestionado, sigue inscrito en la trama cultural- por lo que las exigencias se tornan muchas, disímiles, discordantes y a veces imposibles de conciliar.

En esta línea el PNUD (2002) subraya, que estas fuertes transformaciones sociales y culturales estarían provocando remezones principalmente en la vida íntima y familiar de los varones chilenos. Ante estos desafíos y duelos:

... la situación de la masculinidad parece resumirse en un desconcierto mudo. Su identidad se ve cuestionada en la práctica, pero no hay lenguaje socialmente válido para hacer conciencia de ello, como tampoco existe un debate amplio o movimientos sociales de liberación masculina (...) los hombres sienten que adoptan una posición más bien pasiva frente a los cambios promovidos por las mujeres (p.222).

Nuevos escenarios ¿nuevas masculinidades?

Las diversas transformaciones que se han generado en las instituciones y en la cotidianeidad de los habitantes movilizadas por las luchas reivindicativas feministas y por cambios sociales, han activado cambios en los discursos con respecto al género. Gracias a movimientos sociales dedicados a reformar y fortalecer la masculinidad, como por ejemplo los “Promise Keepers” en Estados Unidos, y el movimiento “White Ribbon” de Canadá y a las investigaciones e intervenciones en el área; se ha ido fortaleciendo un discurso de equidad de género que conlleva cambio en las relaciones de género y en las construcciones de masculinidad (Connell, 1997; Valdés y Olavarría, 1997).

Así también, diversas investigaciones de autores como Viveros, Olavarría, Fuller, evidencian que es posible reconocer importantes cambios en los discursos de los varones en América Latina; quienes ahora criticarían el machismo, y tendrían a mostrarse de acuerdo con opciones igualitarias en las relaciones de género. En este sentido, se visualizan fracturas en los discursos de la masculinidad que portan los varones, donde es posible advertir tensiones y

disparidades en relación al discurso hegemónico y tradicional de la masculinidad; el cual no puede ya ser sostenido, abriendo la pregunta por otros referentes y construcciones subjetivas (Fuller, 1997; Olavarría, 2000a).

Al buscar la correspondencia de estos discursos con las prácticas concretas, las investigaciones revelan discordancias; ya que en términos generales, estos nuevos discursos respecto de las identidades y relaciones de género no se ven reflejados en las prácticas de la mayoría de los varones (Fuller 1997, 2000; Olavarría, 2000b, 2005; Valdés y Olavarría, 1997; Viveros, 2000; Viveros, 2005).

Lo anterior no niega el que se observen algunos cambios en los comportamientos masculinos, así como varones que sí realizan prácticas más equitativas, tales como una mayor participación en crianza y mayor horizontalidad en relación con pareja e hijos. También han aumentado los porcentajes de varones que crían solos a sus hijos. Sin embargo, Olavarría (2005) indica que los varones se tienden a involucrar más en lo doméstico principalmente cuando sus parejas muestran una alta autonomía; así subraya que muchas veces es la actitud de la mujer la que define la participación de los varones en prácticas domésticas. En el caso de varones jóvenes, la intensidad del vínculo al inicio de las relaciones facilita el que estos hombres accedan a las demandas de sus parejas y se integren más en las labores de la casa.

La crítica generalizada, entonces, apunta a acusar a los varones en cuanto a la poca congruencia entre los discursos que sustentan, y los cambios que llevan a cabo en cuanto a la incorporación de tareas y rasgos femeninos dentro de su repertorio de prácticas cotidianas. Se ha señalado que esta resistencia a integrar nuevos comportamientos coherentes con el discurso más progresista, puede fundarse precisamente en una oposición ante la posibilidad concreta de ir perdiendo los derechos y privilegios que han detentado los varones durante siglos (Olavarría, 2005).

Boscán (2008) agrega a esta crítica y discusión una perspectiva un poco distinta al subrayar que los varones sí se han vuelto más considerados y amables en estos últimos 20 años, pero que estos cambios no les han traído mayor

felicidad, sino que siguen sintiéndose criticados y culpables por no lograr todo las modificaciones que los discursos feministas y que las mismas mujeres mismas les demandan; posicionando así una crítica a los mismos investigadores que estudian las masculinidades, pero que no rescatan los aspectos positivos de éstas.

En este escenario de cambios, contradicciones, confusiones e insatisfacciones, Badinter (1993) indica que los varones hoy están “Atrapados entre un discurso modernizador y una práctica que no lo es, se sienten desfasados con respecto a las mujeres y ofrecen a sus hijos una imagen contradictoria de la masculinidad” (p. 222). Así, ante los cambios y críticas a los modelos tradicionales, los hombres no sabrían –según esta autora- qué masculinidad transmitir a sus hijos; y se sentirían complicados ante mujeres que si han usado sin problemas su propia virilidad.

Hoy en día, los hombres jóvenes no se sienten bien ni adoptando el modelo de virilidad del pasado, ahora caricaturizado, ni rechazando totalmente la masculinidad. Son los herederos de una primera generación de mutantes. Hijos de mujeres más viriles y de hombres más femeninos, les es difícil, a veces, identificarse con sus padres (Badinter, 1993, p. 222).

Ante la pregunta de por qué no se ha logrado generalizar los cambios en las construcciones de subjetividades masculinas, ni desinstalar las prácticas de inequidad de género, aparecen respuestas que apuntan a evidenciar que no es tan clara la ganancia que estas modificaciones traerían para los varones. Así, mientras existen muchas razones que han empujado a las mujeres a salir de su rol tradicional todos estos elementos no se dan en el caso de los hombres. La paternidad y el empleo, así como la independencia económica y la vida familiar no son contradictorias para los varones, como si lo han sido para las mujeres. Más bien son compatibles desde las mismas definiciones del rol tradicional de los varones (Beck y Beck-Gernsheim, 2001).

No solo no se visualizan claramente los aportes que este cambio en la masculinidad les traería a los varones, sino que además son claras las pérdidas – de poder- y las amenazas –ser calificado de homosexual y débil- que para los

hombres traen los intentos de alejarse del modelo hegemónico (Olavarría, 2000a; Sloan y Reyes, 1995).

Incluso, como ya se revisó anteriormente, algunos rasgos de la posmodernidad estarían en buena parte reforzando más que anulando el modelo tradicional de masculinidad: “Pero esto significa que la individualización (en el sentido de llevar una vida dirigida por el mercado) no hace más que reforzar las actitudes basadas en el rol masculino” (Beck y Beck-Gernsheim, 2001, p. 55).

Por lo mismo, se ha señalado que para que ocurran cambios que se evidencien en la vida cotidiana en forma generalizada, se debería deconstruir la masculinidad tradicional; lo que implicaría la desarticulación de los discursos y dispositivos que se encuentran en la religión, el racionalismo, el arte, la ciencia, la tecnología, así como en todas las instituciones que promueven y sostienen el poder masculino (Sloan y Reyes, 1995).

En caso contrario, se seguirán viviendo las resistencias y reacciones negativas que se observan no solo individualmente, sino también desde diversos grupos de hombres organizados. En sentido Viveros (2005) denuncia la existencia de grupalidades de varones que han realizado acciones que buscan descalificar estudios que evidencian un mejor desempeño intelectual en mujeres; así también como maniobras destinadas a detener las iniciativas en América Latina para despenalizar el aborto; situaciones todas que se han sustentado con la conservadora argumentación de estar, así, defendiendo a la familia.

En este contexto, ¿es posible pensar, reconocer o postular una nueva masculinidad?

Lo primero que es posible mencionar -y en lo concuerdan ampliamente diversos investigadores- es que hoy ya no es pertinente ni deseable hablar de ‘una masculinidad’ en singular. Dependiendo de los momentos históricos y de los distintos contextos culturales, se propiciarán distintos tipos de identidades masculinas; pero también, coexisten -dentro de una misma sociedad y tiempo- múltiples significados del ser hombre, desde los que los varones construyen sus variantes de masculinidad; algunas de las cuales, incluso, se plantean como opuestas al modelo de masculinidad establecido en forma hegemónica. Se hace

imposible entonces, hablar de un universal de lo masculino, reconociendo que existen modos distintivos en que los diferentes sujetos realizarán sus elecciones identificatorias, dentro de los imaginarios y narrativas culturales, y con la particular forma de construirlas para sus versiones personales (Araujo y Roger, 2000; Badinter, 1993; Boscán, 2008; Connell, 1997, 2003; Olavarría, 2001a; Olavarría et al., 1998).

En este contexto de cambios, aperturas, y diversificación de las masculinidades posibles ¿qué implicaría una nueva o nuevas masculinidades?

Badinter (1993) señala que existen diversas formas de ser varones -no solo el duro y el blando- y muchos hombres han desafiado los comportamientos impuestos y dejan fluir su lado femenino; “pero hace falta coraje para desafiar los modelos dominantes” (p. 222).

En esta línea, sin buscar una delimitación específica y cerrada, se ha planteado que las nuevas masculinidades promueven varones que desarrollen más destrezas interpersonales e intelectuales que habilidades ligadas a la fuerza física; que se permiten más libremente las expresiones afectivos tanto con sus parejas como con sus hijos; que generan intimidad en sus vínculos cercanos; y que aspiren a un mayor autoconocimiento de sí mismos (Pleck, 1981; Romero, 2007).

Sin embargo, algunos autores subrayan el hecho que existen muchas características masculinas que son de por sí positivas, y que debieran destacarse, para no caer en una descalificación generalizadora de todo lo que refiera a lo masculino. Por lo mismo, se necesita que los nuevos modelos de masculinidades que surjan sean abiertos, diversos y plurales (Badinter, 1993; Boscán, 2008).

En este contexto se inserta una compleja discusión que dibuja los escenarios futuros posibles y deseables para la apertura y desarrollo de las subjetividades de varones y mujeres. Algunos proponen –como Beatriz Preciado (2004)- desontologizar las identidades, asumiendo una posición crítica respecto a los efectos normalizadores y disciplinarios de toda formación identitaria, denunciando al biopoder que determina actualmente las formas de subjetivación. Esta provocativa propuesta propone superar las diferenciaciones sexuales, y para

esto instala la noción de “multitudes”. Otros, en cambio, defienden la necesidad de la permanencia de estas distinciones masculino/femenino, pero apostando a versiones flexibles, donde los varones –y mujeres- puedan alternar las posiciones y despliegues más femeninos o masculinos, dependiendo de las situaciones y funciones a desempeñar (Badinter, 1993; Boscán, 2008).

“La identidad andrógina permite un ir y venir de las cualidades masculinas y femeninas (...) Una vez interiorizada la identidad sexual, cada uno juega con su dualidad a su manera” (Badinter, 1993, p. 202).

Entonces, es posible pensar que las nuevas identidades masculinas se han ido diversificando en un diálogo entre los mandatos que anclan e inmovilizan, y los nuevos escenarios que compelen al cambio; proceso de transformaciones que recién se comienza a evidenciar.

PATERNIDADES DESDE LOS NUEVOS ESCENARIOS

Considerando el escenario de cambios y resistencias en cuanto a las construcciones de masculinidades, el tema de la paternidad aparece como un ámbito particularmente relevante por su movilidad y densidad. En este sentido, es posible apreciar diversos cambios en las prácticas de los padres varones, como también se pueden distinguir las presiones y tensiones asociadas a dichos movimientos; asimismo se añaden los aspectos gratificantes y de bienestar que han comenzando a consolidarse para los varones, a partir de estas nuevas formas de ejercer sus paternidades.

El ser padre adquiere nuevos significados, cargas, dudas y posibilidades para los hombres hoy. En un escenario donde las formas de subjetivación para los varones latinoamericanos y chilenos han variado y se han tensionado, el rol de ser padres se redefine así como también la inscripción de esta tarea en su vida diaria, en su forma de construir familia, en su relación con los hijos y dentro de sus prioridades personales. Sin embargo, la discusión sobre estas posibles 'nuevas paternidades' reconoce que toda propuesta de subjetividad en los varones, igualmente se enraíza y se instala sobre y atravesando la fuerte estructura de sentidos tradicionales asociadas a la masculinidad hegemónica y a los modelos de familia nuclear imperantes.

En este sentido, es posible acercarse al tema de las paternidades desde una mirada compleja e incluyente. Así, podemos situarnos desde las experiencias personales y cómo los hombres van construyendo los sentidos de paternidad, partiendo del piso de los mandatos culturales imperantes. Y también podemos sumar diversos actores que intervienen y que muestran diferentes cambios y posiciones de demandas: las mujeres –en tanto madres y parejas- que plantean exigencias; los hijos –que llegan con nuevas expectativas y necesidades para con sus padres-; y los mismos varones –en tanto hijos que fueron y ahora en tanto padres- con sus visiones, temores y deseos. Todas estas posiciones mezclan las posibilidades que tienen los varones para ir resolviendo en sus propias prácticas el

ejercicio de la paternidad. Especial atención nos merece los discursos culturales que se movilizan en los entornos sociales, y que ellos portan, así como la amalgama discursiva que ellos van construyendo y que van constituyendo las posibilidades desde donde afirmar sus cotidianidades paternas; y donde aparecen las nuevas propuestas y aperturas en las formas de vivir las paternidades.

Para tensionar aún más esta ya complejo acercamiento a las paternidades, parece pertinente revisar algunos intentos de fracturar la noción misma de paternidad masculina, a fin de visibilizar las limitantes que conceptualmente nos imponemos, así como para posibilitar abrir la categoría a otras posibilidades de resignificación. Finalmente, aparece en este contexto, las discusiones en torno a las paternidades de varones que no residen con sus hijos –tema que nos convoca particularmente en esta investigación- lo que suma en este ámbito otros cruces, posiciones, miradas y fracturas señaladas.

Fracturando las nociones e inscripciones de paternidad

Al hablar de paternidad partimos del supuesto que todos estamos compartiendo un concepto relativamente semejante en torno a lo que significa esta noción; la que puede entenderse como una relación o vínculo, un rol a cumplir, una función a desarrollar, un área de la construcción de la propia subjetividad del varón, un lugar en la sociedad, etc. Sin embargo, a las múltiples lecturas que ya existen y deambulan cotidianamente con respecto a ser padre, se añade el planteamiento de autores como De Keijzer (2000) y Viveros (2000) quienes señalan la existencia de una multiplicidad de paternidades. Pluralidad que puede referir a una diversidad de prácticas en el desempeño de la paternidad, así como también a una maraña de discursos que se entrecruzan en torno a la paternidad masculina; todo lo cual podrían verse como congruente con un contexto posmoderno, donde las subjetividades se vuelven cambiantes y nómades, y la reflexividad promueve el movimiento constante. Es importante señalar que se

visualiza que esta amalgama de prácticas, discursos y contexto incierto no suele ser resuelta de la manera más fácil ni cómoda para los varones ni para quienes le rodean. Si bien los escenarios son mutables y efímeros, las personas siguen – como lo indica Bauman (2005a)- en búsqueda de certezas y mayores seguridades.

Sin perjuicio de lo recién anotado, aparece la pregunta por las categorías – en tanto distinciones del lenguaje- con las que estamos trabajando y reflexionando cuando nos enfrentamos a las paternidades de los varones. En el entendido que las palabras operan como categorías que nos abren o cierran posibilidades de comprensión y de construcción de mundo, es de relevancia revisar y cuestionar las nociones con las que hablamos, pensamos y generamos posibilidades de inscripción para que las paternidades sean vividas y habitadas en nuestro medio sociocultural.

¿Cómo hablamos de paternidad?

En español las palabras padre y paternidad refieren tanto a los padres varones como al genérico de padre y madre. Esta falta de una palabra exclusiva para la paternidad masculina –a diferencia de „maternidad’- también dice relación con una falta de definiciones particulares o claras de cómo se debe ser como padre (varón). Sin embargo, esta misma neutralidad –que también encontramos en el idioma inglés con el uso de „parenting’- podría ser leída como una apertura a desanclar ciertas funciones, tareas y prácticas como únicas o privativas de los padres de un género o de otro.

Otros conceptos que se han venido usando son la maternización o maternaje, la que es señalada como orientada más que a la relación específica que la persona tiene con el niño, a los cuidados diarios que deben darse a un bebé, poniendo énfasis en que quien lo cuida (varón o mujer) tiene clara conciencia de ser directamente responsable del niño. Algunos autores proponen que para que los varones puedan desarrollar el maternaje, deberían contactarse y dejar fluir su femineidad, en un retorno a lo materno; a la vez que tendrían que adormecer su masculinidad –hegemónica- ya que la dureza que estos mandatos

prescriben sería incompatible con la ternura requerida en la crianza de los niños. Así, la paternidad pareciera ser una maternaje –dentro del estereotipo femenino- pero practicada por un varón (Badinter, 1993).

Se ha indicado que este concepto –maternización- no porta un sexo definido, por lo que invita al varón a apropiarse de él; sin embargo otros investigadores proponen que se hable directamente de paternizar y de paternaje (Romero, 2007). Se añaden a estas las nociones de “maternitud” y “paternitud” como vocablos específicos para referirse a calidad percibida en torno a la sensibilidad y la sensación afectiva sentida por un individuo cuando expresa ser completa y profundamente padre y madre (Ochoa-Torres y Lelong, 2002 citados en Romero, 2007).

Ante esta situación de apertura y discusión de los vocablos que se deben o pueden utilizar al hablar de la relación de un varón con su hijo, surgen una serie de aristas y tensiones a discutir. Por una parte, se puede pensar que el aplicar “maternaje” también a los varones, no permite una inscripción tan obvia para éstos dentro de esa categoría, y que un término más neutro –¿o masculino?- como “paternaje” puede permitir a los hombres una mayor apropiación –sin aparecer como tomando algo prestado- para instalarse dentro y desde un concepto que permita acoger sus prácticas de padre.

Por otra parte, aparece la pregunta o demanda por la necesaria formulación de categorías que abran nuevos momentos e instancias de reflexividad, que apunten a provocar desterritorializaciones de cualidades asignadas como naturalmente de las mujeres, en un intento de desnormalizar esencializaciones que sólo han provocado cierres y atasques antes las nuevas posibilidades de subjetivación masculina. Categorías que propicien, tal vez, una producción performativa de paternidades y subjetividades en varones (y mujeres) (Butler, 2002; Preciado, 2004).

¿De qué hablamos cuando hablamos de paternaje?

Silverstein y Auerbach (1999) presentan un provocativo artículo titulado

“Deconstruyendo el padre esencial”⁵, donde plantean su abierta opción política por criticar diversas nociones acerca de la paternidad, las que califican de esencialistas. Para esto se basan en una amplia revisión de investigaciones empíricas, a partir de las cuales sustentan sus propuestas.

En esta línea, Silverstein y Auerbach (1999) cuestionan el supuesto lugar particular y ‘esencial’ que se les está otorgando a los padres varones en la formación y crianza de los niños, con el fundamento de asegurar una vida saludable y feliz para los hijos. Los autores indican que con la aparente finalidad de valorar y propiciar que los varones asuman sus compromisos como padres, ha instalado en la discusión académica la visión casi dogmática en cuanto a que los padres varones tendrían un papel único y esencial a jugar en el desarrollo del niño; más aún en el caso de los hijos hombres, ya que éstos necesitarían un modelo masculino para establecer una adecuada identidad masculina. En este sentido agregan, estos científicos sociales –a los que nominan como “neoconservadores”- habrían sustituido la esencialización anterior acerca del rol insustituible de las madres, por una naturalización ahora del lugar de los padres. Así, desde este neoconservadurismo se afirma que los orígenes de muchos problemas sociales y psicológicos provienen de la ausencia de los padres varones en la vida de los niños.

Asimismo, esta mirada es criticada como visión esencialista, ya que se asume que dadas ciertas características biológicas y reproductivas de los hombres y mujeres, los padres y madres naturalmente desempeñarían tareas diferenciales en la crianza de los niños (Silverstein y Auerbach, 1999).

Sin embargo, esta apuesta por roles disímiles está ampliamente criticada, ya que muchos estudios muestran que tanto madres como padres pueden generar el vínculo y apego que los bebés necesitan en su desarrollo. Así, ni los datos de investigaciones con especies de primates, ni los estudios interculturales apoyan el que las madres sean naturalmente más hábiles para el cuidado de los bebés (Badinter, 1993; Silverstein y Auerbach, 1999).

En suma, hoy se pone en la discusión el que ni los padres ni las madres

⁵ Traducción libre del título en inglés: “Deconstructing the essential father”

son esenciales en desarrollo infantil. Más bien lo que se ha comprobado es que tener uno u ojalá dos cuidadores estables y una buena calidad de interacción con los niños, es lo relevante para sustentar un futuro saludable para los niños (Barker y Verani, 2008; Silverstein y Auerbach, 1999).

Así como no existen datos que sustenten la conclusión que las madres y los padres tienen roles esencialmente diferenciales, ni que la presencia de padres y/o madres biológicas son imprescindibles para el desarrollo sano de un niño; tampoco existirían fundamentos suficientes para afirmar que es mejor la presencia de cuidadores varones o mujeres, de parejas de padres heterosexuales, o parejas de padres homosexuales, si se busca lograr que un niño crezca feliz y con recursos personales (Barker y Verani, 2008; Silverstein y Auerbach, 1999).

En este contexto, es posible indicar entonces que se ha verificado que una amplia y heterogénea variedad de estructuras familiares pueden ser igualmente positivas para la crianza. Siendo sólo la estabilidad emocional de la relación del cuidador la que aparece como variable significativa para predecir el ajuste positivo del niño (Barker y Verani, 2008; Silverstein y Auerbach, 1999).

Estudio de las Paternidades en América Latina

Volviendo nuevamente la mirada a la historia, podemos visualizar en la tradición latinoamericana un imaginario donde el padre ha estado presente principalmente como figura de poder y autoridad, por sobre los roles de formador, protector y proveedor que supone el modelo hegemónico de masculinidad. La imagen es de un conquistador español que impone su semilla en la matriz de la indígena, y que se hace presente para someter y subyugar. Así, no sólo marca las relaciones hombre/mujer como de dominio y sometimiento, sino que este „trauma de la conquista’ configura una traza que también se instala sobre el imaginario del padre; en tanto fantasma que establece relaciones distantes con sus hijos y sólo a través de la madre, ya que el hogar no se constituye como un espacio donde él se asiente (Paz, 1994).

En Chile la figura del „huacho”⁶ aparece en todas las historias familiares, y se inscribe en la misma biografía del país desde la imagen de Bernardo O’Higgins; aquel padre de la Patria que es hijo ilegítimo de padre extranjero, que nace de la deshonra de una mujer de clase alta que se embaraza de este alto dignatario; de quien recibe un apellido y alguna ayuda económica, pero jamás una presencia real y tangible como padre. Este relato cruza a un país donde –en todos sus niveles sociales- la figura del padre se instala como un ser distante, difícil de alcanzar y las más de las veces temido (Montecino, 1996).

Sobre este imaginario del huacho, se asienta –desde Sonia Montecino- la imagen de la Virgen María que, como ya se mencionó, instaura un lugar sagrado y desde el cual lo femenino se despliega con el claro sello de la protección y la vocación del sacrificio; reforzándose así la representación social de un padre ausente y de una madre abnegada que vela por sus hijos sin la ayuda del varón (Montecino, 1996).

Demarcados por esta impronta, los estudios de paternidad en América Latina se han desarrollado –sobre todo en un comienzo- desde el prisma del machismo imperante, orientándose a destacar las consecuencias negativas que este rasgo cultural ha traído para la relación padre-hijo (Fuller, 2000).

Los estudios de paternidad parten desde los movimientos e iniciativas que surgen en el mundo desarrollado, donde fue la creciente atención acerca del rol de los hombres en la salud sexual y reproductiva lo que impulsó un mayor interés en la participación de los varones como padres. Esta preocupación se puntualizó en las conferencias internacionales del Sistema de Naciones Unidas: Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo del Cairo en 1994 y la IV Conferencia sobre la Mujer desarrollada en Beijing en 1995; las que se convirtieron en llamadas de atención y en plataformas internacionales para involucrar a los hombres en la promoción de la equidad de género; en esta línea se incluyó el tema de la necesidad de una mayor participación de los hombres en sus roles como padres (Güida et al., 2007; Barker y Verani, 2008).

⁶ En Chile y Argentina „huacho” refiere a: hijo ilegítimo, de madre soltera o sin padre.

Si bien en América Latina y el Caribe los estudios e iniciativas de políticas y programas sociales en tema de equidad han sido menores, ya se han comenzado a acumular un cierto acervo de investigaciones que abordan el tema de las paternidades como un área de profundización y relevancia. Así, diversas conferencias, programas y encuentros realizados en nuestro continente, han subrayado la necesidad de promover un papel activo de los varones en la construcción de la equidad de género. Los programas de OPS/OMS en América Central (Panamá, 2005) y los eventos académicos con apoyo de las agencias de cooperación (Santiago de Chile, 1998; Oaxaca, 1998 y Brasilia, 2003), han impulsado la pregunta y cuestionamiento acerca de los modelos hegemónicos de masculinidad. A pesar de estas iniciativas, los programas de asistencia al desarrollo aún no han logrado consolidar una participación protagónica de los varones, tanto en el ámbito familiar como en las relaciones laborales (Güida et al., 2007; Barker y Verani, 2008).

Por otra parte, en el ámbito de las políticas públicas, han surgido críticas hacia algunos programas que se han impulsado, ya que se indica que estos naturalizan el rol tradicional de las mujeres a través de reforzar el „maternaje social’. Es decir, estos programas, han buscado fortalecer y empoderar a las mujeres como clave para superar la pobreza; pero en esta vía han subrayado el rol de las mujeres como cuidadoras de sus familias y de sus comunidades, con la consecuente relativización del papel de los varones en sus familias, en cuanto a la equidad de género y a su labor como padres (Güida et al., 2007).

Estas iniciativas, discusiones y críticas, han generado una interesante producción investigativa en el campo de las paternidades, ámbito que -en un nuestro continente- se cruza con los diversos cambios sociales, económicos y culturales que ya venían movilizand o tensiones en las masculinidades.

En particular, la fuerte baja de la actividad económica de los hombres en América Latina ha llevado a cambios en las prácticas del cuidado de los hijos; de tal forma que han cuestionado el estatus quo de la limitada participación de los hombres en las tareas domésticas y la crianza (Barker y Verani, 2008).

Algunas investigaciones en Perú han destacado que “la paternidad es un campo donde actúan y reproducen las jerarquías de género, clase y raza prevaletentes en la sociedad peruana” (Fuller, 2000, p.19). Así, también es posible subrayar la influencia que ejerce la valoración social en las opciones de cómo se vivan las paternidades, según ésta sea legitimada socialmente o no. También desde el peso social, está la importante carga que tiene el ser padre, con superioridad a la maternidad; ya que es el padre el encargado de roles relevantes como la transmisión de saberes y valores y a la continuidad del linaje (relevancia de tener hijo varón) (Fuller, 2000).

En esta línea, estos estudios subrayan que la paternidad se asocia fuertemente para los peruanos con un sentido de responsabilidad en tanto renuncia a parte de la autonomía individual por comprometerse con el apoyo y mantención del hijo (Fuller, 2000). En concordancia con lo señalado, un estudio realizado con una muestra de niños de áreas rurales de Perú, indica que el 50% señaló que el papel principal de su padre era el trabajo y el 20% dijo que era comprarles cosas (García-Hjarles, 2001 citado en Barker y Verani, 2008).

Por su parte, algunos investigadores discuten y relativizan mitos o creencias simplistas acerca de la paternidad de los mexicanos, abriendo otras posibilidades de leer estas situaciones. En esta línea, Gutman (1995) discute y cuestiona el mito del hombre macho que sólo se interesa por la violencia y la potencia sexual; esto a partir de los resultados de sus estudios los que indican que para los varones cumplir un rol de padres con compromiso es un tema tan central como la satisfacción sexual (citado en Fuller, 2000).

Otro tema que aparece relevante en México, es la gran cantidad de varones que actualmente no están en sus hogares por el fenómeno de migración. Algunos estudios en esta línea -en áreas rurales del norte central de México- han mostrado que el impacto de la ausencia del padre genera mayor angustia en los hijos varones que en las hijas. (Aguilera-Guzmán, 2004 citado en Barker y Verani, 2008). Por otra parte, De Keijzer -a partir de estudios realizados con padres migrantes mexicanos- ha afirmado que mientras los padres pueden estar físicamente distantes de sus familias e hijos, están ‘semipresentes’ como padres;

ya que conservan lazos con la madre y participan de manera indirecta en la crianza de los hijos. Por tanto, se sugiere que no se debe tomar solamente el apoyo económico o el tiempo que los padres pasan físicamente con sus hijos, como variables que permitan entender la participación de los padres no residentes en las vidas de sus hijos (De Keijzer, 1998 citado en Barker y Verani, 2008).

Por otra parte, si bien diversas investigaciones muestran que tanto los mayores niveles de estudios, como los mayores ingresos en varones, se asocian con mayor participación en las tareas de la casa y con un estilo más cariñoso y menos autoritario con sus hijos; también se ha encontrado que los hombres de bajos ingresos estarían adoptando nuevas tareas en el hogar, incluyendo entre éstas el cuidado de los hijos (Salles y Tuirán, 1996; Fox & Solís-Cámara, 1997; Hernández, 1986; Guttman, 1996; citados en Barker y Verani, 2008).

Finalmente, si bien varios estudios muestran lo significativo que es para muchos hombres es el ser padres, generando cambios en sus vidas, transformaciones personales, y dando sentido a sus vidas; otros estudios también entregan cifras importantes de varones que evalúan que la paternidad no les ha traído mayores cambios y aportes en su vida (Nava, 1995; Cunningham, 2001; citados en Barker y Verani, 2008).

Dentro de América Latina, la investigación sobre el tema de paternidad se ha centrado más en los padres que viven con sus hijos; y mucho menos en los padres no residentes, con la excepción del Caribe (Barker y Verani, 2008).

Es importante señalar que en el Caribe, y en Jamaica como ejemplo, existe una gran cantidad de hijos que no viven con sus padres varones. Esto dice relación con que muchas mujeres y hombres se comprometen en uniones libres por lo que a raíz de estas uniones múltiples, los hijos pueden o no vivir con ellos. Si bien, como en otros países, estudios realizados en Jamaica confirman que los padres tienen mayores probabilidades de proporcionar apoyo económico e interactuar con los hijos cuando viven con éstos; existen otras indagaciones en la región que muestran nuevas posibilidades de visualizar y evaluar las relaciones de los padres no residentes con sus hijos (Brown & Chevannes, 1998 citado en Barker y Verani, 2008).

Así, diversos estudios en el Caribe muestran que muchas familias con padres no residentes hacen arreglos para que éstos tengan visitas o encuentros informales con sus hijos; pudiendo ver a sus hijos varias veces a la semana o más. Por ejemplo, un estudio en Jamaica mostró que los padres no residentes visitaban a sus hijos 3.5 veces por semana, y a menudo hablaban de las necesidades de sus hijos con las madres. En esta misma línea se encuentra otro estudio que muestra el interesante resultado acerca que las mujeres de Jamaica preferían las uniones de visitas ya que éstas les daban mayor libertad y no tenían el control de un marido; y además permiten que los padres pasen más tiempo con sus hijos (Barrow, 2001 y Chevannes, 2001 citados en Barker y Verani, 2008).

Finalmente, se puede añadir que otro estudio en Jamaica encontró que la mayoría de los niños –con padres no residentes– decían tener generalmente buenas relaciones con sus padres; y que para ellos sus padres estaban psicológicamente presentes en sus vidas, aunque no siempre vivieron con ellos (Ramkissoon, 2000 citado en Barker y Verani, 2008).

Por otra parte, uno de los temas que aparece con presencia en los estudios centroamericanos dice relación con el bajo aporte y muchas veces ausencia del padre en la labores de crianza de los hijos.

En esta línea, estudios en Guatemala (Palma, 1990) muestran que dado el eje madre/presente y padre/ausente, los hijos carecen de imagen paterna real y concreta (a diferencia de la madre); lo que muchas veces cierra la posibilidad que luego logren superar esta carencia y generar relaciones cercanas con su descendencia (citado en Fuller, 2000).

En estos estudios se indica que aproximadamente la cuarta parte de los hogares en Centroamérica estaban encabezados por mujeres (28.24 % en Nicaragua, 18.4 % en Guatemala, 26 % en Honduras, y 33.56 % en El Salvador); situación que en parte se relaciona con el fuerte efecto que la tenido la región por la migración económica (Sociometro, ND; Organización Mundial de Trabajo, 2005; citados en Barker y Verani, 2008).

En esta línea, diversos estudios en la zona denuncia el bajo y discontinuo aporte económico que dan los varones para la mantención de sus hijos; situación

que se agrava luego de la separación de la madre de los niños (Alatorre, 2002 citado en Barker y Verani, 2008).

Por otra parte, los varones en Centroamérica señalan en un importante porcentaje -39%- que valoran su paternidad y que están en desacuerdo con que el cuidado del hijo es más la responsabilidad de la madre que del padre y que cuidar y jugar con los niños debilitaba su autoridad; sin embargo, estos resultados se minimizan y ponen en cuestión a la hora de revisar las prácticas que efectivamente despeñan y están dispuestos a desarrollar con sus hijos (Hegg, Venerio y Orozco, 2005 citado en Barker y Verani, 2008).

En Guatemala, por ejemplo, algunas investigaciones han mostrado que los hombres invierten una tercera parte del tiempo que las mujeres en la crianza de los hijos, y que en Nicaragua los hombres desarrollan esas prácticas principalmente en casos excepcionales, como cuando la madre está enferma. Asimismo, el 94.4% de los hombres centroamericanos que participaron en un estudio dijeron que los hombres deben „ayudar’ a su pareja con las tareas domésticas; pero cuando se les preguntó a estos mismos hombres acerca de lavar la loza y cambiar pañales, el 65.6% estuvo de acuerdo con que esto era el deber de la mujer y no del hombre (Alatorre, 2002; Hegg, et al., 2005; citados en Barker y Verani, 2008)

Así, si bien aparecen en los varones de esta zona discursos que apuntan a la emergencia de nuevas nociones de paternidad, valorando, la cercanía, el cuidado y expresión de afecto con los hijos; a la vez siguen fuertemente arraigados mandatos hegemónicos como el ser quien trae los ingresos al hogar y diferenciar las tareas propias de mujeres y hombres (Hegg, et al., 2005; citados en Barker y Verani, 2008).

Brasil -país que aparece con la mayor proporción de hogares encabezados por mujeres en América Latina con un 33.81%- también muestra un descontento de hijos, madres y de los mismos padres en cuanto a la participación que los padres varones tienen en el cuidado de los hijos (Barker y Verani, 2008).

Así, hombres jóvenes en Brasil han señalado impresiones negativas para con sus padres de acuerdo a diversos estudios cualitativos (Barker & Loewenstein, 1997; Barker, 2001; citados en Barker y Verani, 2008).

Por otra parte algunos estudios muestran la baja involucración en los cuidados del hijo por parte de padres adolescentes que no conviven con la madre. En este mismo sentido, otro estudio arroja que el 42% mujeres señalan que sus parejas son no participativas en la crianza (Días y Aquino, 2006; Crepaldi, Andreani, Hammes, Ristof y Abreu 2006; citados en Barker y Verani, 2008).

Sin embargo, son los mismos varones quienes si bien asumen que no pasan tantas horas con sus hijos, indican que quisieran estar muchas más horas disponibles para cuidar a sus hijos (Prado, Piovanotti y Viera, 2007 citados en Barker y Verani, 2008).

Las dificultades que enfrentan los hombres para participar más del cuidado de sus hijos, se inician desde el momento del nacimiento de éstos. Así un estudio cualitativo de hombres de bajos ingresos en Brasil encontró que sus mujeres enfrentaban enormes obstáculos para lograr que en los hospitales se les dejara tener a sus parejas con ellas durante el parto, debido a prejuicios del personal del lugar; todo esto a pesar que el Ministerio de Salud brasileño y la Organización Mundial de la Salud han afirmado el derecho de la mujer de tener a la persona de su elección acompañándola durante el parto (Carvalho, 2003).

Fachel (2000) -desde estudios sobre el aborto en sectores populares urbanos de Porto Alegre- destaca la importancia de mirar la paternidad enmarcada en lo específico de la situación económica, la relación existente entre ambos padres y la existencia de redes vecinales. En este sentido, es posible señalar que las paternidades de sectores populares se ven cruzadas por una serie de factores que no pueden excluirse al momento de analizarlas, y no puede revisarse la participación paterna como una mera decisión personal; ya que el ejercicio real de su paternidad está mediatizado por una serie de otros factores intervinientes.

Por otra parte, en cuanto al tiempo que dedica hombres a la crianza, los estudios del Servicio Nacional de la Mujer de Chile indican que las mujeres dedican muchas más horas al cuidado de los hijos que los hombres -2,7 hrs.

versus 0,5 hrs.-; siendo en los sectores de menores ingresos donde esta diferencia se da en mayor medida. (SERNAM, 1998).

Se ha señalado que comienzan a darse cambios importantes en las paternidades en los chilenos, en particular entre hombres jóvenes. Estos cambios vienen motivados por demandas que dicen relación con nuevas realidades económicas, una mayor participación laboral de las mujeres y nuevas expectativas en las mujeres para con sus parejas (Olavarría, 2005).

Estudios muestran como algunos padres manifiestan gran compromiso en la tarea de crianza de sus hijos, siendo ésta una de las principales sentidos vitales para los varones, dejando un poco atrás la realizaciones de pareja (Olavarría, 2005; Pizarro y Vásquez, 2007)

Sin embargo, estos cambios que podrían evidenciar la emergencia de nuevas paternidades, conviven con la mantención de estilos masculinos propios de los mandatos hegemónicos; situación que se evidencia tanto en varones adultos, como en jóvenes universitarios y jóvenes populares (Olavarría, 2005; Navarro, 2007; Donoso y Moreno, 2009).

Diversos estudios confirman que los hombres obtienen poca o ninguna identidad o reconocimiento social por realizar quehaceres domésticos. Es así que algunos varones realizan trabajo doméstico de manera clandestina para no „arruinar su reputación”; mientras otros a pesar de realizar una crianza cercana de sus hijos, no comparten estas actividades y emociones con sus amigos varones (Olavarría, 2000a; Pizarro y Vásquez, 2007).

Por lo mismo, muchos varones chilenos ofrecen mensajes ambivalentes respecto del trabajo doméstico y de su lugar en la crianza de los hijos. Lo que se relaciona también con que si bien existen demandas por una paternidad más cercana, esto entra en clara contradicción con las demandas del mundo público (Olavarría, 2000c; Aguayo, 2008).

Luego de esta revisión de estudios en América Latina, aparece pertinente puntualizar algunos elementos centrales que se pueden señalar en torno a las tensiones y características de las paternidades en nuestra región: la centralidad

de la paternidad en la definición del varón, la responsabilidad como un deber asociado al ser varón y padre, el peso del rol de proveedor, padre como autoridad familiar, la mediación de la madre. Todos estos elementos se afianzan desde una mirada que se liga más a la mirada hegemónica de la paternidad, incluso con la creencia muchas veces de una esencialización del rol. Por otra parte, aparecen elementos que hablan de cambios, tanto por las reflexiones que provocan, como nuevas experiencias gratificantes: cuestionamiento de la imagen de un padre distante, una paternidad desde los afectos. Finalmente se pueden evidenciar contradicciones y tensiones entre nuevas prácticas y discursos de paternidad

La paternidad como centro

Como vimos en la descripción de las masculinidades, ya desde los mandatos hegemónicos y tradicionales la paternidad aparece como un dato central para la vida de los varones. En esta línea, Norma Fuller (2000) plantea que a pesar de la multiplicidad de significados que acarrea la paternidad, se puede afirmar que ésta constituye un eje central de la identidad masculina. Jiménez Guzmán (2008) llega a la misma conclusión, luego de realizar una amplia revisión de diversos estudios de paternidad en América latina, sumando la idea que esta multiplicidad de sentidos encontrados sobre la paternidad, pueden resultar incluso contradictorios y transversalizados por el nivel social y las vivencias particulares; sin por esto dejar de constituir una experiencia de centralidad para los varones.

Es importante agregar que de todas formas esta centralidad se distancia de la experiencia de la maternidad para las mujeres; no sólo por lo aparentemente ‚esencial‘ que se presenta la maternidad para las mujeres –en tanto destino natural-, sino también difiere en que para los varones este aspecto central de su identidad masculina va entrelazada con el grupo familiar y la pareja; mientras que para las mujeres tener hijos muchas veces va más allá de la idea de constituir una pareja y un proyecto familiar (Jiménez Guzmán, 2008).

Este lugar preponderante de la paternidad llega, de acuerdo a algunos estudios, a hacerse casi sinónimo de la misma masculinidad. Es el caso de varones de sectores populares de Uruguay, para quienes la identidad masculina adulta descansa sobre esa condición de padre. Un primer aspecto a señalar es la constatación que, según los entrevistados, ubicados en sectores de pobreza extrema, los significados atribuidos a ser hombre y ser padre se encuentran absolutamente imbricados. Así estos varones se ubican y refieren a sí mismos de igual forma cuando son interpelados por sus preferencias y valores en tanto esposos, en tanto padres y en tanto hombres; sin generar una distinción entre estas distintas posiciones subjetivas (Güida et al., 2007).

Se instituye entonces la paternidad como un rito de pasaje, donde los hombres dejan de ser niños; y son reconocidos socialmente como adultos portadores de un nuevo lugar en la comunidad. Así entonces, la paternidad los inviste de un nuevo poder al abrirles un campo donde inscribirse en tanto „sujetos adultos plenos’. En esta misma línea, para algunos varones el ser padres es descrito como una experiencia de transformación, el paso a un período vital nuevo, lo que los lleva a reinterpretar muchos aspectos de su propia vida (Fuller, 2000; Güida et al., 2007; Jiménez Guzmán, 2008).

Otro aspecto que dota de centralidad a la paternidad para los varones, es la „dimensión de trascendencia’ que porta, dado que así se logra que continúe su propia persona a través de su descendencia; consagrándose de esta manera la identificación de lo masculino con lo universal (Fuller, 1998; Gilmore, 1994). En esta línea, Fuller (2000) indica que “la paternidad realiza el destino humano de un varón” (p.39) ya que se perpetúa y a la vez garantiza la continuidad de la especie.

Finalmente es posible indicar que el engendrar constituye la última prueba de virilidad y la necesaria demostración pública de la hombría del varón, subrayando de paso su heterosexualidad. Cumpliendo así con varias de las prescripciones impuestas por el patriarcado para ellos (Fuller, 2000).

Si concordamos entonces con Badinter (1993) que ser hombre constituye para los varones algo a demostrar y por probar, el tener hijos se asentaría para ellos como una evidencia plena de la masculinidad del varón, demostrando así

que ya es adulto, que es sexualmente viril y capaz de trascender en su comunidad.

Ser padres implicará también un cambio vital en tanto conlleva el adquirir ciertos compromisos „propios del varón’, fundándose así el escenario –la familia- donde la masculinidad hegemónica puede desplegarse. En este sentido, si bien el ser padre impone deberes, también da derechos e insta un rol que posiciona al varón en un lugar de poder frente a su grupo familiar (Alatorre y Luna, 2000; Fuller, 2000; Viveros, 2000).

Es posible añadir que la paternidad implicaría una alta carga de significado personal para los varones, ya que cumpliría en muchos casos con la misión de dotar de sentido vital a sus existencias. Esta función se concreta precisamente con el logro de un espacio que organiza y ordena sus vidas, en lo cotidiano y en cuanto a sus proyectos vitales. Así, los varones logran –desde su identidad de padre adulto- visualizar con claridad su vida diaria enmarcada y delimitada por actividades, responsabilidades, dolores y momentos de felicidad vinculados todos con el cumplimiento de las funciones de padre. Su identidad, entonces, se configura, asienta y estructura otorgándoles una definición subjetiva de quiénes son, qué deben hacer y hacia dónde van (Donoso y Moreno, 2009; Güida et al., 2007; Olavarría, 2000c).

En esta línea, en un estudio realizado con jóvenes populares de Santiago de Chile, encontramos que el lograr cumplir correctamente estos mandatos y ritos –es decir, ser un padre que cumple con sus compromisos de proveedor y protector- garantizaría para estos jóvenes el llegar a “armar su vida como debe ser”; aquí se instala un fuerte imaginario que les indica que esta es la única vía a través de la cual podrán escapar del único otro destino visibilizado como posible: quedar como un marginado y excluido de la sociedad (Donoso y Moreno, 2009).

Por último, es posible preguntarse por el lugar de centralidad que mantiene la paternidad en varones que ya no viven con sus hijos. Como se señaló anteriormente, los estudios muestran situaciones disímiles, mientras muchos varones se restan de la vida de sus hijas al romper el vínculo que lo unían con sus

madres, otros se esfuerzan por lograr generar un espacio y tiempo para compartir –en un nuevo contexto- con sus hijos.

La responsabilidad, mandato siempre presente

Anteriormente se mencionó la relevancia que conllevaba para los varones el ser padres, lo que también dice relación con el paso de la juventud a la adultez. Y este tránsito constituye un eje desde donde se construirá y significará la paternidad por los jóvenes que se inauguran a la vez como adultos y padres. Así, para muchos jóvenes la paternidad instauro y asienta su autonomización de la familia de origen, habilitándolos como sujetos independientes que ingresan al mundo adulto. El imaginario de convertirse en padre constituye para muchos jóvenes tanto una estrategia práctica, como una idealización mágica que les permitirá liberarse de las ataduras de la familia de origen -como „fuga hacia delante-, lo que les posibilitará el fundar un nuevo hogar y orden (Donoso y Moreno, 2009; Güida et al., 2007).

Esto contrasta con el sentir que indica que la adultez trae consigo la necesaria renuncia -entre otras cosas- a importantes porciones de la autonomía individual. Y esta responsabilidad adulta se asocia directamente con la paternidad -y el lugar que les toca dentro de la familia-, con las nuevas tareas y compromisos que implica el apoyo y mantención del hijo. Así, al pasar a ser padres, los jóvenes deberán dejar las diversiones y el ocio, relegando así la condición de adolescente. Estos cambios y nuevas restricciones también conllevan el abandono de prácticas consideradas como nocivas y negativas tales como el consumo de drogas, hábitos delictivos, vagar con amigos, etc. En este sentido, Güida señala que el hijo aparece „al rescate del padre’, ya que le daría la fuerza necesaria para poder apartarse del mal camino; todo lo cual es recompensado por las gratificaciones que trae el ser padres (Fuller, 2000; Güida et al., 2007).

También en Chile encontramos estudios donde los jóvenes anhelan llegar a una etapa adulta donde tendrán una familia formada, dado que este imaginario

trae consigo la seguridad y felicidad. Sin embargo, estos confortables anhelos chocan con el peso de las responsabilidades que esto conlleva, en particular por el rol de proveedor económico (Donoso y Moreno, 2009). En este sentido esta responsabilidad rebalsa la mera situación de paternidad y refiere también a la actual vivencia de una adultez cargada con demasiadas elecciones y responsabilidades, que implican un tremendo costo por el riesgo y lo incierto; donde por el precio de tener mayor libertad se paga con el costo de perder la seguridad, situación que se agrava más aun en un escenario donde los jóvenes de escasos recursos no cuentan con una real posibilidad de elegir, y deben someterse a las escasas e inestables alternativas que el mercado les deja (Bauman, 2001; Giddens, 1997; Lipovetsky, 2000; PNUD, 2002).

En este contexto la responsabilidad es un aspecto que cruza y transversaliza las construcciones y prácticas de las paternidades, la cual adquiere diversos sentidos y pesos (Güida et al., 2007; Fuller, 2000; Jiménez Guzmán, 2008; Hernández, 2008; Olavarría, 2000c; Olavarría y Parrini, 1999; Viveros, 1998, 2000). Es así como –por ejemplo- en el estudio realizado por Mara Viveros (1998) con los jóvenes de sectores medios de Quibdó, se concluye que la primera asociación que ellos tienen para la paternidad es precisamente con la responsabilidad.

La responsabilidad aparece como una noción polisémica, que varía de acuerdo a las clases sociales, configuraciones familiares y a las prácticas sociales de género; que es situada de diversas formas según las valoraciones y sentidos que le dan los propios sujetos padres entrevistados en distintas investigaciones; y que es connotada con distintos énfasis por los autores, quienes coinciden eso sí en inscribirla como un tema central para los varones y la masculinidad. Así, aunque porte una variedad de distinciones, esta noción ancla y nuclea comprensiones relevantes para entender las paternidades masculinas (Fuller, 2000; Güida et al., 2007; Hernández, 2008; Jiménez Guzmán, 2008; Viveros, 1998, 2000).

Esta responsabilidad se liga con construcciones que exceden al varón y que dicen relación con el compromiso con la pareja además de con el hijo o la hija. Así

también una dimensión importante es la planificación dentro del proyecto vital del mejor momento en que esta paternidad imaginada deba vivirse (Jiménez Guzmán, 2008).

Por otra parte, algunos autores discuten y cuestionan diversas implicancias que trae el uso de esta idea de la responsabilidad paterna, tanto dentro de ámbitos académicos como de políticas y programas sociales. En este sentido, Hernández (2008) indica que el uso de las nociones de ser padre y ser hombre responsable han sido apropiadas en México por el Estado en su intento de regular la paternidad hacia ciertos moldes y roles predefinidos, que no consideran necesariamente los reales intereses y necesidades de todos los implicados. Sin embargo, los hombres y mujeres resignifican estas distinciones, considerando – por ejemplo- que el proveer económicamente a la familia es tan sólo una de las responsabilidades masculinas, la que debe complementarse con otras.

Así también el fuerte acento sobre la supuesta responsabilidad adulta marca a los varones como portadores de manera casi esencialista de una cierta irresponsabilidad juvenil; naturalizando en ellos un descuido y desinterés por opciones que puedan implicar compromiso y responsabilidad. Se propone entonces, plantearse la carga adultocéntrica que puede suponer un discurso sobre la responsabilidad; y se propone abrir la noción de responsabilidad selectiva de los varones, para así poder analizar de manera más fina y diferenciadora las actitudes y comportamientos de los varones, incluyendo diferentes variables que cruzan sus opciones y construcciones (Güida et al., 2007; Olavarría, 2000c; Olavarría y Parrini, 1999; Viveros, 1998).

Como ya se señaló, la responsabilidad es referida como la meta principal a cumplir por los varones, en tantos padres. Es así que cuando un hombre tiene un hijo, se le señala que debe “asumir su responsabilidad”; indicando con este imperativo que el varón debe partir por el reconocimiento básico del niño como un hijo propio, es decir debe partir por posicionarse en el lugar de padre. Y esta posibilidad implica también la otra posibilidad: no tomar ese lugar, no asumir su paternidad; mostrando así la relativa libertad y opcionalidad que tiene el varón para elegir ser o no padre de sus hijos.

El tema de ser o no ser padre no pasaría entonces solo por haber engendrado un hijo, sino más bien por el ‚asumir o no asumir la paternidad’. Esta distancia puede ejemplificarse con la queja que aparece en una investigación en México, donde varones reclaman por lo que ellos denominan ‚paternidad impuesta’; mostrando su malestar con respecto a la ingrata situación de verse forzados a ser padres sin haberlo elegido. Sin embargo, al escarbar un poco más, muchos de estos mismos hombres reconocen el no haberse hecho cargo de un control ni prevención de la reproducción; señalando que esperaban que las mujeres debían encargarse de esto y no traicionar su confianza (Jiménez Guzmán, 2008).

Pareciera entonces que para inaugurar e instaurara una paternidad como tal, además del haber engendrado al hijo muchos varones requieren que se den otras condiciones; dentro de éstas el que estos hijos se hayan generado dentro de relaciones con un lazo importante con la madre aparece como el elemento más relevante y decidor; de allí se pasaría al reconocimiento social de la paternidad, situación que finalmente fundaría el inicio de la paternidad (Fuller, 1998; Jiménez Guzmán, 2008).

Esta situación de responsabilidad se tensaría ante el contexto de una paternidad no residente, ya que no existe un lazo con la madre, ni está el contexto familiar que prescribe las tareas y deberes con claridad.

La carga y orgullo de proveer

Esta responsabilidad que atraviesa la función paterna tiene para los varones una clara concreción en la tarea de proveer económicamente a los hijos; aquí se instala un deber que todos los varones reconocen y que la sociedad les asigna por su rol de padres, en directamente asociación con los mandatos masculinos. Así, dentro de este modelo dominante, el ser un ‚hombre proveedor que logra sustentar a su familia’ aparece como una condición básica de la masculinidad hegemónica. El ser el sustento de la familia ha sido una tarea

asignada tradicionalmente a los varones al menos desde el desarrollo del modelo de trabajo propio de la revolución industrial, donde se genera una división de funciones que ancla a la mujer en el hogar –en los roles de reproducción- y al hombre en el trabajo y lo público –en las tareas de producción. En este sentido, dar bienestar económico a sus hijos pareciera ser la tarea más transversalmente reconocida –desde diversas investigaciones- tanto desde los mismos hombres, como por las madres de sus hijos, así como también es el lugar donde los mismos hijos los suelen visualizar con mayor claridad. Incluso, se indica que para muchos hombres en América Latina y el Caribe, tener un empleo estable aparece como un requisito para poder formalizar un matrimonio y formar una familia (Alatorre y Luna, 2000; Barker y Verani, 2008; Fuller, 2000; Güida et al., 2007; Jiménez Guzmán, 2008; Viveros, 2000).

Sin embargo, como se señaló anteriormente, los cambios económicos y sociales traen consigo la fragilización de este rol y de la posibilidad que los varones satisfagan las expectativas –suyas y de los otros- en cuanto a esta responsabilidad de proveer. Así, la piedra angular de este mandato se resquebraja, cuestionando sus posibilidades de verificarse en tanto varones que cumplen con su paternidad. Si bien podría pensarse que la actual ampliación del rol de proveedor a las mujeres podría –en este contexto económico- aliviar esta pesada carga para los varones; este paliativo no se materializa ni logra el desahogo de sus fracturadas autoestimas. El hecho que ellos por sí mismos no puedan cumplir cabalmente con esta tarea, les trae un debilitamiento y dolor en cuanto a su orgullo como varón; sus subjetividades entonces quedarían atrapadas en esta obligación y deber sin salida válida ni legitimada socialmente (Abarca, 2000; Barker y Verani, 2008).

En este sentido, estudios realizados con jóvenes y adultos de Santiago de Chile subrayan la centralidad que tiene para estos varones el cumplir con proveer a sus hijos y familia. Estos varones adultos refieren que si bien están de acuerdo con que la mujer trabaje y aporte en lo económico, esta contribución debe ser siempre menor a la del hombre, porque en caso contrario ellos se viven débiles, incómodos e insatisfechos. Así, es posible visualizar que tanto en las nuevas

generaciones como en los adultos, el mandato hegemónico de proveer permanece operando en las construcciones subjetivas de los varones como tarea y como eje de la identidad masculina y su valía personal (Donoso y Moreno, 2009; Delmás y Gómez, 2009). Algunos estudios han mostrado como no solo los varones, sino también los hijos y parejas también despliegan estrategias para ocultar o minimizar la pérdida del rol de proveedor del padre (Tena y Jiménez, 2005; Valdés et al., 2006).

Proveer desde fuera del hogar conlleva una dimensión distinta de este deber, ya que implicará negociar de otra forma con la madre de sus hijos, así ante problemas para cumplir con este acuerdo la situación del varón se verá complicada, ya que muchas veces el derecho a acceder a los hijos cruza por el cumplimiento del proveer.

Legitimados desde la madre

Además de ser la paternidad una elección a ser o no asumida por los varones, es de relevancia mencionar que estudios en Brasil, México y Uruguay muestran como esta construcción de paternidad debe ser también legitimada por la madre para que se constituya como tal.

Esto se afirma desde varios sentidos. Por una parte, para muchos varones la paternidad implica un proyecto de pareja, ya sea un embarazo buscado o no, pareciera necesitarse un cierto pacto con la pareja para que este embarazo se consolide como una situación de paternidad para los hombres. Y este pacto pasa porque se genere una construcción conjunta de familia, y también está atravesado por la calidad del vínculo que el varón tenga con su pareja; así el cómo los hombres perciban y valoren su relación de pareja constituirá un factor central para poder comprender y emprender sus propias construcciones de paternidad (Alatorre y Luna, 2000; De Oliveria, 1999 y Hernández, 1996 citados en Jiménez Guzmán, 2008; Güida et al., 2007).

En este sentido, la vivencia que tengan los varones del embarazo, del parto y del crecimiento del hijo será una condición determinante para su subjetividad paterna. Una mayor presencia y cercanía afianzará el lazo y la certeza de ser padre, por lo que es posible pensar que la dimensión de ‚lo tangible‘ cobra preponderancia en el dominio de la paternidad: „...tocarlo, tener contacto físico con ese hijo, casi en el orden de poner ‚cuerpo‘ a esa representación y dar sostén a esa relación (un padre ‚es‘ en función de un hijo/a que ‚es‘)” (Güida et al., 2007, p. 46).

Por otra parte, la posición de la mujer-madre no sólo posibilita y facilita esta consolidación de la paternidad, sino que también tiene el poder de impedir, negar y anular dicha paternidad. Es la madre quien va a afirmar o no si su hijo es de ese hombre, es ella quien detenta el poder de conferir o no la paternidad al varón, lo cual a la vez que empodera a la mujer, sitúa al hombre en una posición de no-poder que marca y fragiliza desde el comienzo su situación de padre (que puede ser cuestionado). En esta línea, varones populares de Uruguay mostraron que –a pesar de existir y conocer las pruebas de ADN- era la palabra de la mujer la que se requiere, y sobre la cual ellos no se atreverían a pasar para ser ratificados como padres; subrayando así una posición pasiva y sometida en relación a su solo posible paternidad (Güida et al., 2007).

La condición de padre pende de la palabra de la madre y aun cuando los hijos crezcan, aquel seguirá esperando la palabra de la madre de sus hijos, que habilite el vínculo paterno-filial. Es esta palabra la que le permite o deniega el acceso al ejercicio y el proceso de adquisición de la identidad paterna (Güida et al., 2007, p. 45).

Esta paternidad, que ya debe pasar las pruebas de ser asumida por el varón y legitimada por la madre, en definitiva se consolidará cuando se realice el acto simbólico y jurídico de dar el apellido; formalidad que confirma el lazo sanguíneo, asegura el reconocimiento tanto en lo público, como en la dimensión privada, posibilitando así el despliegue de las prácticas de paternidad del varón (Güida et al., 2007).

Lógicamente la mediación de la mujer cambia drásticamente cuando los varones ejercen su paternidad fuera del hogar, así, una vez que los padres están con sus hijos en sus propios espacios el apoyo y delimitaciones que las madres inscribían dentro del hogar desaparecen.

Poder y autoridad del padre en la familia

Pareciera existir un acuerdo social general en ligar a la figura del padre como una „figura de autoridad’. Autoridad en tanto quien pone los límites de derechos y deberes de los distintos miembros del grupo familiar. Autoridad también en tanto a quien se teme por ser el que aplica los castigos cuando los límites demarcados se traspasan. Y autoridad en tanto quien merece respeto, de tal forma que sus mandatos y directrices no pueden ser cuestionados.

Esta situación de autoridad se sustenta a partir de varios supuestos que culturalmente lo habrían validado: la fuerza física, el poder económico, y su misma masculinidad. Así, esta jerarquización al interior de la familia se presenta como natural, tanto desde una biología que haría más fuerte al varón, así como por preceptos religiosos que han ubicado a la figura del „Padre’ como la más elevada. Consecuentemente, a través de la historia esta superioridad genérica se habría instalado no sólo en las prácticas cotidianas del mundo privado, sino que también se fortaleció e instaló como ley a través de las normativas jurídicas que así lo reforzaron (Jiménez Guzmán, 2008).

La familia nuclear, ha sido entonces, el espacio privilegiado donde se configura esta autoridad masculina naturalizada, que se enlaza con la condición de género y sus mandatos. Así, la defensa de la familia –nuclear- como eje y sustento de la sociedad y del desarrollo sano de los individuos, ha dificultado el logro de mayores y más rápidos tránsitos y cambios en las jerarquías familiares y en sus prácticas de poder (Jiménez Guzmán, 2008).

Es así que este lugar del padre basa su autoridad en un reconocimiento desde el sistema de género, donde se instala la figura del varón hegemónico, que

es llamado a proteger, cuidar, guiar y dirigir a su grupo familiar; todo esto en el entendido que él cumple con los requisitos culturales exigidos para cumplir dichas funciones, rasgos que porta desde y por su masculinidad. Posición de padre dentro del contexto de una familia „bien constituida’, posición entonces que se debilita cuando se rompe esta estructura nuclear, y el varón ya no reside en el hogar, debiendo redefinir su lugar, vínculos y posibilidades de ser autoridad desde fuera de la norma de la familia nuclear. El estatuto del padre separado aparece, entonces, indeterminado ante una sociedad que omite intencionalmente la definición de nuevos lugares y roles, los que busca olvidar como posibilidades, en el marco de una ley que no favorece a los varones en cuanto a sus poderes y derechos para con sus hijos (Olavarría, 2001c; Fuller, 2000).

Sin embargo este lugar de autoridad -tal vez el más fuertemente asociado a la paternidad dentro de la cultura machista- hoy se ve claramente cuestionado desde el marco posmoderno. Como se indicó anteriormente, el contexto posmoderno se instala desde la ruptura con las certezas y una de éstas era el respeto incuestionable a ciertas posiciones de poder en la estructura social. El lugar del estado, de la iglesia y del padre eran referentes incuestionables, en tanto fortificaciones desde las cuales se ejercía la autoridad en propiedad. Hoy en cambio, el derecho de ser autoridad es un tema que se debate; y viene a ser cuestionado tal y como se pone en entredicho varios de los rasgos y valores propios de las sociedades patriarcales. Las transformaciones sociales, políticas y culturales anteriormente reseñadas vienen a relativizar la estructura jerárquica y autoritaria de la familia; buscando proponer relaciones más igualitarias y democráticas, donde la articulación de los vínculos familiares circulen en torno al compromiso y cercanía afectiva; y los medios de relación se orienten más a la negociación y los acuerdos, por sobre la obediencia y el sometimiento (Fuller, 2000; Gysling y Benavente, 1996; Olavarría, 2000a).

A esta flexibilización de las jerarquías, se suma también -desde la misma mirada de la masculinidad hegemónica- una fractura de esta posición de poder paterno; que dice relación con la dificultad que enfrentan hoy los varones para cumplir con los requerimientos propios de su rol. En particular, y como eje

probablemente, se ve complicada la función de proveedor, la que como hemos revisado aparece como uno de los mandatos que mantiene mayor anclaje en los varones en cuanto su centralidad y relevancia para su subjetividad. Así, la inestabilidad económica y flexibilización de los empleos vienen a cuestionar la masculinidad –en términos de mandatos tradicionales-, su lugar como autoridad en la familia, y su capacidad de cumplir con sus deberes paternos (Beck y Beck-Gersheim, 2001; Fuller, 1998; Gysling y Benavente, 1996; Jiménez Guzmán, 2008; León, 1995; Olavarría, 2000a, 2001c).

Esta autoridad ha sido sustentada en parte por la supuesta superioridad ‚natural‘ de los varones, pero también por la concreta división de labores donde el hombre tenía el concreto poder económico. La jefatura de la familia, afincada y fundada desde la capacidad de traer recursos y el consecuente poder económico, se resquebraja y relativiza ahora que las mujeres deben apoyar o sostener económicamente a la familia. Y son los mismos varones quienes resienten esta situación, y visualizan este problema como una falencia que vulnera su lugar, debilitando el peso de su autoridad familiar. Subjetividad masculina habitada entonces por un hondo malestar y confusión, desde este cuestionamiento de un rol que se vive aun como prescrito, lo que los lleva a enfrentarse a su pareja e hijos desde el dolor y hostilidad de una inseguridad muda (Beck y Beck-Gersheim, 2001; Fuller, 1998; Gysling y Benavente, 1996; Jiménez Guzmán, 2008; León, 1995; Olavarría, 2000a, 2001c).

Los padres deben afirmar su lugar antes los hijos, ya que aunque el modelo de familia tradicional sigue imperando como la norma a seguir, la fuerte individualización -fortalecida por el imperio del modelo neoliberal y por los rasgos posmodernos- empuja a los sujetos a no confiar en lo cierto o establecido, y a fundar sus opciones no necesariamente confiando y respetando las autoridades preestablecidas. En este entorno, la autoridad paterna se torna más difícil de sustentar, y aparecen una serie de críticas en cuanto a la validez de este lugar. Los hijos demandan mayor libertad, critican el desempeño de sus padres y piden que éstos demuestren que merecen su respeto. Así, el padre ha perdido el poder

indiscutido de una autoridad arbitraria; y además de ser cuestionado por sus hijos, ahora debe compartir el poder con la madre (Romero, 2007; PNUD, 2002).

Cuestionando la imagen del padre distante

Un eje de análisis que aparece con frecuencia desde distintos investigadores, es la centralidad que tiene para los varones la configuración de su paternidad a partir de su propia experiencia biográfica como hijos (Alatorre y Luna, 2000; Burin y Meler, 2001; Olavarría, 2001c; Romero, 2007; Sadler, 2004; Viveros, 2000). En esta línea Olavarría (2001c) destaca que el padre –como figura y experiencia- siempre aparece presente en la subjetividad masculina, tanto aquellos con lazos cercanos, como también en quienes ni si quiera lo conocieron. Este padre –entre imaginado y vivido- constituye un referente que se constituye en un modelo internalizado de la paternidad.

Dentro de esta discusión aparecen diferentes perspectivas y énfasis, algunos autores indican que la entrega y vivencia de experiencias positivas de paternidad como hijos, posibilitaría en los varones el despliegue de sus propios recursos. Así, se plantea que la „herencia de paternidad’ que le hayan entregado sus padres definirá -en los varones- la calidad de relación que ellos puedan desarrollar con sus propios hijos. En este sentido, al carecer de un modelo adecuado de paternidad, los varones tendrían conflictos con su identidad, y carecerían de certezas acerca de cómo se debe ser en tanto padre presente para sus hijos (Espina, 1995 y Osherson, 1993 citados en Romero, 2007). Dentro de este contexto Irene Meler inscribe parte de la historia familiar de Argentina, señalando que cuando aparece el fenómeno masivo del divorcio, los padres varones de esa primera generación en su mayoría desertan de su rol por diversas razones, desvinculándose de sus hijos; este abandono habría redundado en lo que ella llama una „severa mutilación emocional’ en los hijos, quienes al momento de ser papás se ven limitados desde esta falencia afectiva. Estos planteamientos que ligan la herencia y el modelo paterno biográfico, se dibujan desde un cierto

determinismo de la socialización: “seré como mi padre”; por lo mismo, aparece difícil de sostener que esas causalidades no tengan otras aristas que permitan las mutaciones de paternidades que empíricamente es posible observar. (Burin y Meler, 2001)

Otros investigadores flexibilizan estos supuestos señalando que si bien se parte de la propia experiencia, los hombres buscarán imitar los buenos modelos o mejorar los malos; sin que necesariamente exista una condena a la reiteración de estilo paterno. Así, la experiencia como hijos les otorgará una matriz básica, pero desde la cual podrán elegir perpetuar el modelo o generar cambios en pro de mejorar su desempeño como padres (Alatorre y Luna, 2000; Olavarría, 2001a).

En este contexto destaca la propuesta y constatación empírica de investigadores que indican que habría un cuestionamiento reflexivo desde los varones hacia sus padres, sustentados desde los malos y fríos recuerdos, desde la memoria de la carencia de caricias, y del anhelo de un padre cercano. Desde allí surgiría una fuerza y convicción por buscar distanciarte de sus progenitores, y construir una paternidad distinta con sus hijos (Romero, 2007; Viveros, 2000). En esta línea, Mara Viveros (2000) muestra que -desde sus investigaciones en Colombia- jóvenes de sectores medios estaban cuestionando la imagen de un padre distante, la que decía relación con el uso de la dominación y al castigo como estrategias paternas para obtener la obediencia. A partir de esta crítica hacia los propios padres, aparece en ellos el propósito de generar nuevas prácticas más cercanas y afectivas, evidenciando así -para esta autora- la emergencia de nuevos modelos de paternidad. Esto también es leído por Romero (2007) como estrategias compensatorias y reparatorias de las malas experiencias biográficas de los varones, quienes buscan reparar sus propios dolores en el empeño que sus hijos no vivan lo que ellos experimentaron.

Si bien esta capacidad de aprendizaje y autoanálisis parece muy interesante y muestra un camino de cambio y apertura en los varones; también permite pensar en un cierto anclaje en la propia infancia, en la enmienda de sus propias carencias, lo que podría llevarlos a miradas un tanto estrábicas, que les

dificulten salir de su dolor personal, y visualizar a sus hijos, desde sus particulares historias, deseos y subjetividades por construir.

Paternidades desde los afectos

Como ya se ha señalado, los cambios que se han venido dando a nivel económico, social y cultural han generado movimientos en las mujeres, en las formas de vínculos y familias, en las estrategias de inserción laboral, y en la sociabilidad. Todo esto ha redundado en aperturas y demandas desde y hacia los varones, que también se actualizan en sus roles de padres.

En esta línea Ehrensaft (1987) y Hochschild (1989) dan cuenta de un cierto perfil del „nuevo padre’, que desarrollaron a través de investigaciones entrevistando a familias igualitarias (citados en Romero, 2007). Así describen a estos representantes de las nuevas paternidades:

- ⇒ son generalmente hombres que pertenecen a clases medio-altas;
- ⇒ suelen tener una profesión que les permite –y a su mujer también- disponer con mayor libertad de su tiempo;
- ⇒ su satisfacción paterna está muy ligada a tener libertad de elección;
- ⇒ si bien tienen una alta disposición a compartir roles con la madre, no están dispuestos a invertir los papeles con ella;
- ⇒ rechazan la cultura masculina tradicional y machista;
- ⇒ tienen una alta motivación por no ser como sus padres, y romper ese estilo de padre distante, en un cierto interés de reparar su propia infancia;
- ⇒ sus parejas son mujeres que no están interesadas en ser madres de tiempo completo.

Como se puede apreciar, este perfil no es aplicable a todos los varones, y les calza solo algunos. Ahora el escenario actual, los investigadores describen diversas posibilidades de paternidades: con distintas prácticas –más incipientes, asentadas o estables- de nueva paternidad; con discursos más homogéneos, pero

con distintas cargas, coherencias e incoherencias entre discurso y comportamientos; con situaciones de cambios a partir de demandas externas (pareja) y en otros casos por necesidades y opciones de los propios varones; y todo esto en un marco cultural y social que permea o ancla estilos, roles, y subjetividades disímiles e híbridos (Fuller, 2000; Olavarría, 2001c).

El tema de la paternidad, para hombres y mujeres, ha cambiado mucho en las últimas décadas. El sentido de ser madre o padre y el lugar de los hijos es significado hoy de manera muy distinta de lo que se hacía hace un siglo atrás. Las subjetividades de adultos y niños son construidas, valoradas y elaboradas de otras formas, con otros objetivos y con otros recursos (Valdés et al., 2006).

De acuerdo a lo señalado por Ulrich Beck y Elisabeth Beck-Gernsheim (2001), las personas estarían actualmente en una constante tarea y empeño por ser los mejores padres. En este sentido, se perseguiría lo que estos autores han llamado 'la promoción óptima', que se refiere a una búsqueda de las condiciones ideales para lograr un desarrollo adecuado del hijo. Este intento implica una permanente exigencia de muy alto nivel para los padres.

En el contexto de las nociones modernas de reflexividad y de sistemas de expertos, nos sitúan en un escenario social donde la vida se construye y reconstruye a través de una práctica permanente de reflexión sobre nosotros mismos, nuestros vínculos, decisiones y prácticas. Es así que hoy en día aparece el imperativo de poder justificar racionalmente las más domésticas decisiones, y entre éstas la crianza de los niños. Entonces, la paternidad se convierte en un saber a desarrollar y del que nunca se tiene total certeza sobre los mejores procedimientos; ya que la información es efímera y las certezas, por ende, esquivas. Los padres y madres están condenados al constante cuestionamiento acerca de su desempeño como tales, y también a nunca tener la seguridad de cuáles son los referentes, estándares y prácticas mejores u óptimas para poder desarrollar sus tareas de crianza (Beck y Beck-Gernsheim, 2001; Valdés et al., 2006).

En esta línea, Beck y Beck-Gernsheim (2001) añaden que todos los cuidados que tengan los padres con sus hijos –bañarlos, darles de comer, jugar,

acariciarlos- deberán orientarse a partir de finalidades y principios mayores y racionales, que dicen relación con la promoción óptima de los niños. Para esto, deberán estar constantemente informados de los últimos saberes que se difundan en torno a la crianza, ya sea desde la psicología o la pedagogía, todo en el marco de su amor por los hijos.

Es posible leer este empeño por ser los mejores padres, como una práctica que implica gran esfuerzo para los varones y mujeres; llevando a dejar en segundo plano o a renunciar a otros intereses y necesidades personales. Sin embargo, este sacrificio tendría su base y sentido en la gratificación que las madres y padres logran a través del vínculo con sus hijos.

Así, es posible postular otra dimensión de este nuevo lugar de los hijos y es que “El deseo de tener hijos es un deseo que se refiere a uno mismo (...) el deseo de autorrealización a través de sus propios niños” (Münz, 1983 citado en Beck y Beck-Gernsheim, 2001, p. 149).

Cambia el lugar de los hijos, cambia el sentido que tenían en siglos anteriores para los padres, desde el valor económico –como mano de obra o como heredero dependiendo de la posición social- a quienes vienen a satisfacer esperanzas personales. Ya no son factores públicos sino privados los que priman. (Beck y Beck-Gernsheim, 2001; Bauman, 2005a).

“Las madres y los padres no dan desinteresadamente: quieren que los hijos les devuelvan mucho. (...) Los hijos y las hijas deben ayudar a los padres a alcanzar su propio ideal del Yo” (Bopp, 1984 citado en Beck y Beck-Gernsheim, 2001, p. 151).

Así, en el contexto posmoderno aparecen los hijos con un valor opuesto al dominante de la racionalidad instrumental, trayendo la naturalidad, espontaneidad y afectividad que los adultos carecen y añoran. Beck y Beck-Gernsheim (2001) puntualizan que las recompensas que obtienen tanto padres como madres al tener hijos serían: un valor emocional; el sentirse competentes, vivirse emocionalmente necesarios, verse realizado y representado en la próxima generación; el placer y felicidad de la relación misma y el logro de un sentimiento de sentido y arraigo.

El hijo se viviría fuertemente como una experiencia que dota sentido vital y que viene a responder al vacío y desamparo que da la libertad actual; así, ante la falta de redes y de guías, la carencia de referentes y la falta de límites, el hijo pone frontera, estructura, arraiga, se constituye en un cable a tierra (Beck y Beck-Gernsheim, 2001).

“Los nuevos padres tienen hijos porque „necesitan parientes’, para tener la sensación de „pertenecer a algún lugar” (Beck y Beck-Gernsheim, 2001, p. 152).

Ya sea por el cuestionamiento a sus propios padres, por las demandas de sus parejas, por los modelos cercanos de otros varones padres o por sus propias necesidades y opciones, se constata cada vez con mayor frecuencia el asentamiento de prácticas de crianza cercana y afectiva en padres para con sus hijos e hijas. Así, los varones ya no quieren vincularse solamente desde su rol de proveedores o de autoridad, sino que buscan generar una intimidad y confianza con sus hijos. Incluso para algunos hombres la paternidad solo tiene sentido si existe una búsqueda permanente de relaciones cercanas con los hijos (Burin y Meler, 2001; Fuller, 2000; Jiménez Guzmán, 2008; Olavarría, 2005; Pizarro y Vásquez, 2007).

Estos varones generan esfuerzos por procurar tiempo y espacios de convivencia con sus hijos. Así, si bien las condiciones laborales muchas veces atentan contra esta posibilidad, ellos se esfuerzan por generar esa presencia física y emocional. Otra forma de participación es poder asistir al colegio e incluirse también en la educación de los hijos. Y en la casa, estos padres cercanos acostumbran a hacer las tareas con sus hijos, así como también bañarlos, darles de comer, vestirlos y –sobre todo- jugar con ellos. En suma, se observa una mayor presencia de estos padres en los espacios domésticos que antaño eran casi privativos de madres e hijos; hoy día son los mismos varones quienes sostienen que si no se comparte tareas cotidianas con los hijos, se hace muy difícil el llegar a construir una fuerte y cercana relación afectiva con ellos (Alatorre y Luna, 2000; Burin y Meler, 2001; Olavarría, 2005; Pizarro y Vásquez, 2007; Romero, 2007).

Se puede ver entonces que la imagen más tradicional de padre está cambiando, sumándose ahora la participación en tareas de crianza, el establecimiento de un diálogo más horizontal con los hijos, mayor cercanía y expresión de afectos, y una preocupación por generar espacios y tiempos de encuentros. Otro escenario donde se visibiliza un importante cambio es el ámbito de la reproducción y la participación en los partos. Muchos varones muestran entonces, desde antes que nazcan sus hijos, un interés por ser parte de este proyecto. Investigaciones han evidenciado como los varones buscan activamente el participar en el momento de nacimiento de sus hijos, situación que reviste de una fuerte carga emocional para ellos (Fuller, 2000; Sadler, 2004; Viveros, 2000).

Si bien en América Latina y el Caribe esto se observa en menor medida que los países industrializados, en nuestra región se observa una situación heterogénea, con una minoría de padres que muestran estas nuevas prácticas, y que comienzan a cuestionar los modelos de masculinidad que los alejan de su familia y, en particular, de sus hijos. En esta línea, es posible afirmar que los mismos varones están construyendo un imaginario de padre –como meta- que implica mayores exigencias y un mayor nivel de requerimientos para evaluar a un padre con ‚buen padre’ (Barker y Verani, 2008; Fuller, 2000; Viveros, 2000).

En Chile, este mayor involucramiento es observado por Olavarría (2005) con mayor manifestación en padres jóvenes, ya sea de niveles altos, medios o bajos; dando cuenta también de la presencia de este nuevo estilo en varones de edad intermedia de clase media alta. Por su parte, Romero (2007) indica que en padres populares de edad intermedia también se observa un esfuerzo por generar esta cercanía y presencia. Pizarro y Vásquez (2007), por su parte, encontraron hombres adultos-jóvenes de niveles medios y medio alto que mostraban estilos de crianza propios de un nuevo modelo, donde el centro de sus actividades en la casa gira en torno al cuidado y recreación de los hijos.

Romero (2007) subraya otro ámbito de análisis que aparece provocativo, ya que abre el terreno del crecimiento subjetivo y psicológico de los varones. Esta investigadora, al trabajar con padres de sectores populares, indagó sobre su capacidad de desarrollar la función reflexiva, entendiéndola como la comprensión

del mundo interno de sus hijos, para así responder y apoyarlos desde las propias intencionalidades de los niños. Este recurso, además de facilitar la conformación de un vínculo cercano con los hijos, podría implicar la ampliación de su empatía, y de la propia comprensión y regulación emocional del varón. Así, al mismo tiempo que estos hombres logran construir una relación cercana y afectiva como padres escuchadores que conocen los deseos y conflictos de sus hijos; también podrían avanzar en sus propios procesos afectivos, y autoreflexivos. Esto contrastaría con el modelo hegemónico, y con las carencias que los investigadores han denunciado en el campo de la afectividad masculina; incompetencias -en el ámbito de sus emociones, afectos y mundo interno- que han sido vinculadas a la crisis de las masculinidades, a elementos de vulnerabilidad y fractura en las subjetividades masculinas.

En suma, Romero (2007) señala que los niños son una fuerza poderosa para modelar la paternidad de los hombres, desde su piel los niños entregarían un territorio fértil para la expansión de la vida afectiva de los varones. En esta misma línea Badinter (1993) subraya que no sólo es el padre quien entrega a sus hijos, si no que éstos estarían retribuyéndole a estos varones con la satisfacción que surge por esta relación. Podría leerse este escenario como que el hijo vendría a ser un maestro que da la posibilidad a su padre para despliegue recursos que tenía dormidos y atrofiados.

Contradicciones en discursos y prácticas

A pesar de los cambios que se pueden detectar en las prácticas de algunos varones y en los discursos actuales acerca de la paternidad masculina, muchos investigadores afirman que existe una gran brecha entre lo que los hombres latinoamericanos afirman acerca de la equidad de género –tanto para el ámbito de lo doméstico como de lo público- y lo que realmente hacen (Almeras, 1997; Badinter, 1993; Barker y Verani, 2008; Fuller, 1998, 2000; Güida et al., 2007; De

Keijzer, 2000; Olavarría, 2000c, 2001c; Romero, 2007; Sadler, 2004; Viveros, 1998).

En esta línea, Leñero (1994) plantea que este cambio y apertura en el tema de género, puede leerse en México como una forma de ‚neomachismo‘ o ‚machismo light‘; donde los varones aparecen más abiertos a negociar con sus parejas algún grado de igualdad, a la vez que mantienen referentes tradicionales del machismo (citado en Barker y Verani, 2008).

Badinter (1993) indica que los padres varones que tienen una real igualdad de tareas domésticas y de crianza con sus parejas son pocos y, por tanto, no son representativos de lo que se constata hoy en las familias. La cantidad de hombres que se resisten a asumir tareas de crianza siguen siendo mayores, que los que las aceptan o buscan.

En suma, se constata que los varones siguen teniendo un papel secundario en la crianza de sus hijos; que sus tareas en este plano se siguen considerando y nominando como ‚un apoyo a su pareja‘; y que pareciera que ellos siguen pudiendo elegir el tipo de participación que tendrán en el cuidado de los hijos. Se puede leer entonces, que si bien los discursos hablan de tareas compartida y de la importancia que tiene para todos que los padres asuman estas prácticas, esto aparece más como una oportunidad que se abre a los varones que así lo eligen, que como la instalación de un cambio en los roles de crianza (Badinter, 1993; Barker y Verani, 2008; Olavarría, 2005; Romero, 2007; Valdés et al., 2006).

Esta contradicción entre discursos y prácticas de los varones, pareciera tener que ver con otras incongruencias presentes en nuestras sociedades. Así, mientras el mundo de lo público le pide al varón que se comporte de acuerdo a sus requerimientos, en el ámbito privado éste recibe exigencias muchas veces contrapuestas. Debe cumplir horarios, mostrar seguridad y fuerza en su trabajo; mientras en el hogar se le pide ternura y sensibilidad. Pero estas contradicciones también se dan al interior de la misma casa; donde debe cumplir con su rol de proteger y ser un buen proveedor –mandatos hegemónicos-, pero a la vez debe desarrollar cualidades propias de las nuevas masculinidades como la expresión

afectiva y la sensibilidad (Alm eras, 2000 citada en Barker y Verani, 2008; Fuller, 1998, 2000; G ıda et al., 2007; Olavarría, 2000b; Viveros, 1998).

En este sentido, si bien pueden aparecer intenciones y prácticas concretas de nuevas paternidades en los varones, estos cambios se hacen más complejos cuando la presión social les impide compartir sus cercanas vivencias con sus hijos dentro de sus círculos sociales, ya que ellos deben mostrarse siempre como ‚verdaderamente hombres’. A esta dificultad también se suma que a veces existe de parte algunas mujeres una cierta resistencia a ceder espacios de lo doméstico con los hijos, a fin de conservar ese espacio de poder en las relaciones familiares (Romero, 2007; Sadler, 2004; Valdés et al., 2006).

El mundo laboral con sus extensas jornadas laborales hace difícil que los padres puedan conciliar sus espacios, con los espacios para compartir con sus hijos. Los estilos exigidos a los varones son diversos y contrapuestos, lo cual hace difícil que los varones logren contradecir y desafiar los mandatos masculinos hegemónicos. En este nuevo escenario de exigencias, el hombre se vive fragmentado y confuso en este mar de contradicciones, donde debe incorporar nuevas expectativas en sus roles, las que debe resolver para construir su subjetividad y sus vínculos cotidianos. Por esto, sus discursos suelen denunciarse como ‚desarmados e inconsistentes’ al decir que quieren estar más cercanos de sus hijos, pero a la vez mostrando comportamientos que no son consecuente con dichas declaraciones (Almeras, 1997 citada en Barker y Verani, 2008; Olavarría 2001a y c).

Con respecto a esto, Olavarría puntualiza:

La fusión entre la paternidad patriarcal, como proveedor, figura de autoridad y protector, y una versión moderna de la paternidad –democrática, íntima, afectiva y cercana– est  trayendo nuevas demandas para los hombres/padres en un modelo emergente de paternidad del cual es imposible estar a la altura. Ser un buen padre que puede satisfacer este rango de demandas o mandatos es imposible. Hay demasiadas demandas

contradictorias aquí para un simple mortal que, después de todo, es lo que son los hombres (Olavarría, 2000c, p.).

Ante esta confusa situación, los varones ensayan e improvisan a partir de los recursos personales y discursivos que disponen, sus intentos por ser padres como ellos sienten que deben ser con sus hijos. A veces sintiéndose más conformes por las cercanías que logran con sus hijos, y a otros complicados por la dificultad de inscribir estas formas de paternidad en el escenario de lo público (Salguero y Pérez, 2008).

En este sentido, se evidencia la falta de un discurso que indique que implica ser un „buen padre’, ya que lo que se suele encontrar son narrativas que se invisten de las condiciones de maternidad, sin otorgar un campo simbólico para los varones que pueden hacer sentido en sus particulares deseos, necesidades y limitaciones. (Güida et al., 2007)

En este contexto de carencia de discursos sobre la paternidad masculina, De Keijzer (2000) y Viveros (2000) plantean que más que hablar de una paternidad hay que hablar de „paternidades’, dada la diversidad de formas que existe para ejercer este rol, más aun en el contexto actual de cambios, confusiones, contradicciones y movimientos

Ser padre fuera de los espacios “naturales”

Desde varios planos vuelve a instalarse la apuesta por la familia nuclear tradicional como la estructura que posibilitaría mejores paternidades. Dentro de esta argumentación se sostiene que la mejor manera de asegurarse que los varones asuman una paternidad responsable es a través de mantenerlos dentro de la estructura de la familia nuclear. Sin embargo, no existe respaldo suficiente que pueda validar esta suposición (Silverstein y Auerbach, 1999).

Congruentemente, si bien se ha indicado que el divorcio trae problemas a los niños, se ha constatado que muchos de estos problemas no tienen que ver con

el divorcio en sí, sino más bien con los conflictos previos a la separación. Por lo que es posible afirmar que el divorcio no predice problemas en los niños ni peores paternidades. Los padres separados pueden estar presentes aunque no sean residentes, así como los padres que viven con sus hijos pueden muchas veces estar muy ausentes (Barker y Verani, 2008; Silverstein y Auerbach, 1999).

En este contexto, aparece la situación de las paternidades de varones que no conviven con sus hijos, donde encontramos experiencias muy diversas y contrapuestas. Por una parte hay muchos datos y estudios que –como se indicó ya anteriormente- muestran que los hombres voluntaria o en contra de sus deseos suelen estar muy mediatizados por las madres de sus hijos en cuanto a logro de sus relaciones con los hijos. En este sentido, la consolidación de una relación cercana padre-hijo dependería en parte de los espacios que abra la madre al varón separado (Alatorre y Luna, 2000; Güida et al., 2007; De Oliveria, 1999 y Hernández, 1996 citados en Jiménez Guzmán, 2008).

Por otra parte, la capacidad que tenga el padre no residente de mantenerse desde afuera en su rol de proveedor de los hijos, pareciera influir mucho en la habilitación de una relación constante y estable con ellos. Así, una masculinidad que se ve herida por la imposibilidad de cumplir con esta tarea, puede traer con consecuencia una fuga del padre. Es relevante señalar que algunos autores indican que cuando un varón se separa tiende a abandonar sus responsabilidades, y además pierde sus derechos como padre, ya que quedaría desinvertido de su función como tal (Güida et al., 2007).

La lectura desde la clave conservadora tendería a presentar a este padre como alguien que sale y rompe la estructura familiar; por lo que es desde este exilio social desde donde debe redefinir una relación con estos hijos, o romper este vínculo. Muchos elementos de la institucionalidad normativa y discursiva no facilitan el que estos varones reconstruyan y menos aun resignifiquen su vínculo con los hijos; por lo que la opción de mantener una relación estable con ellos aparece como un desafío complejo de lograr.

Existen grupos de padres no residentes que han trabajado agrupadamente por defender sus derechos para con sus hijos, generalmente en busca de mayores

derechos de visita o convivencia. Estos grupos han visibilizado socialmente el problema que viven desde su posición estos varones, situación que no suele ser integrada dentro de la mirada cultural dominante. Sin embargo, también aparece la crítica acerca de algunas de estas iniciativas de padres separados, quienes muchas veces no mostrarían una real preocupación de equidad de género, es decir, no aparecen intereses en torno a compartir el cuidado y la manutención de los hijos y las tareas domésticas; y muchas veces aparece como motivación predominante las rabias y disputas personales con las madres de sus hijos (Barker y Verani, 2008).

Por otra parte, si bien estos padres se instalan en nuevos lugares –ya no los supuestamente naturales- para la paternidad, muchas veces se aprecia en ellos la presencia de la misma matriz propia de la familia nuclear tradicional, lo que les impide visualizar su nuevo escenario como una alternativa válida y valorable, y más ésta aparece como una situación no deseada, transitoria que devela más bien una fractura del pasado que una construcción de nuevas posibilidades.

Sin embargo, también aparece –a veces de manera superpuesta con las posiciones antes mencionadas- una fuerte reivindicación por el lazo entre padre e hijo, con la presencia de prácticas de cuidado y crianza típicamente asignadas a la madre; en la búsqueda de ejercer su paternidad de manera autónoma, y con gran disfrute de esta posibilidad (Jiménez Guzmán, 2008; Burin y Meler, 2000; Romero, 2007).

Entonces, como ya se señaló, el ser padre no residente no implica que estos varones estén determinados a estar ausentes de la vida de sus hijos, ya que es muy posible que se conserven los lazos, participando directa o indirectamente en la crianza de sus hijos; generándose así muchas veces nuevas formas de participar y estar cercanos con los niños (Barker y Verani, 2008; De Keijzer, 2000).

Siguiendo el camino de abrir discusiones, miradas y desontologizar nociones, parece interesa comentar otras formas de paternidad que se han ido generando espontáneamente en el devenir social. En esa línea, Barker y Verani (2008) denuncia que históricamente, gran parte de la investigación sobre paternidad existente en América Latina y el Caribe, así como en otras partes del

mundo, se ha concentrado en “familias intactas” con padres biológicos presentes, invisibilizando aquellos hombres y familias que no corresponde a este patrón. Pero hoy en día aparecen estudios que evidencian la presencia de otros varones que han venido desempeñando labores paternas, aquellos padrastros, tíos, o amigos cercanos de la familia que sin tener el reconocimiento social ni legal, ni la nominación de padres, han sido quienes han apoyado, cuidado y ayudado a las madres en la crianza de muchos niños. Así se plantea el término padre social para referirse precisamente al hombre que no es el padre biológico del niño pero asume roles de cuidados y de paternidad. Con esta nueva distinción se rompe la ligazón aparentemente lógica y defendida como esencial entre “padre social” y “padre biológico”; permitiendo nuevos juegos combinatorios que posibilitan pensar otros padres, otros vínculos y otras familias. Abriéndose también el tema –antiguo por lo demás- de la paternidad como una elección y opción, discusión que puede traer posiciones apasionadas y con fuertes cargas valóricas.

Güida et al. (2007) muestran las rotaciones que se producen cuando varones que se separan, si bien se distancian parcial o totalmente de sus hijos, comienzan a realizar la tarea de padres con los hijos de sus nuevas parejas. Situación que sería facilitada –en parte- por las mujeres, quienes buscarían reconstituir un núcleo de familia tradicional, en las nuevas fórmulas de familia que forman al volver a casarse. Muchas veces entonces, estos varones realizan tareas de proveer, de cuidar y generan un real y fuerte vínculo afectivo con niños que no son sus hijos biológicos, mientras algunos de estos niños pueden llegar a investir a estos hombres varón como padres. Sin embargo, este lugar aparece como inestable y precario, ya que generalmente depende del nivel de poder que las madres otorguen a estos padrastros, así como de la responsabilidad que éstos decidan asumir, más aún en el caso de un posterior quiebre con esta pareja.

Sin embargo, este campo emergente acerca de las nuevas formas de posiciones de paternaje es un terreno donde todavía hay pocos estudios y las reflexiones recién comienzan a construirse.

CULTURA Y SUBJETIVIDADES: ARTICULACIONES DESDE LA PATERNIDAD

A continuación se presenta los resultados obtenidos a través del análisis de discurso⁷ realizado a las 10 entrevistas de adultos varones padres no residentes chilenos.

En este análisis podemos diferenciar un primer núcleo de comprensión que se organiza en torno a dos fuerzas de anclajes culturales. Estos elementos estructurales aparecen como sujeciones que por un lado detienen y a la vez contienen a los individuos en sus procesos de construcción personal.

Dentro de estos distinguimos el primer eje de análisis *familia como colectivo de cohesión* (dentro de la cual se despliegan una serie de sentidos, vivencias y discursos en tensión).

Un segundo eje de anclaje se denomina *naturalización del género*, donde se dimensiona la fuerte presencia de una visión esencialista y reificadora de las características asignadas a cada género.

Por otra parte, aparece pertinente distinguir un tercer eje que muestra como, las subjetivaciones del ser varón se construyen necesariamente en diálogo con el „otro“ que lo interpela y define, así *interpelados por el „otro“ femenino* en tanto posiciones sociales de contraste, y también como vivencias cotidianas que los interrogan sobre sí mismos y sus elecciones.

Ahora, desde un núcleo que profundiza en las subjetividades de los varones, se distingue un cuarto eje que se sitúa en las *posiciones subjetivas fragilizadas* que se pueden precisar en estos varones, y que muestran como su construcción como individuos puede entenderse como subjetivaciones que muchas veces se arraigan en el estatus propio de masculinidades tradicionales, pero que igualmente muestran elementos de tensión, fragilidad y vulnerabilidad.

⁷ Una descripción detallada del proceso de análisis y la presentación de los sujetos de la muestra se encuentran en el Anexo: Diseño Metodológico

Otras elecciones subjetivas, pero que apuntan a divergencias y aperturas, que fracturan los moldes clásicos de masculinidad y paternidad, se organizan en el quinto y último eje: *subjetividades emergentes*, donde la potencia de la afectividad, y la relación con los hijos, así como el resguardo de sus propios proyectos, aparecen marcando mayores niveles de transformación e individualización.

Primer eje: Familia como colectivo de cohesión

Se presentan distintas dimensiones que muestran tanto el lugar de imaginario de cohesión, seguridad y deber que la familia nuclear porta, así como también la compleja y desdibujada situación en que quedan los varones al salirse de este marco normativo. Se cruzan discursos más abiertos junto con los conservadores, y se intersecan sentimientos fuertes como la culpa y el desconcierto, así como también aparecen los hijos en el eje de sus conflictivas.

Al momento de inscribirse en la condición de padre hay que aceptar todo lo que incluye, y esto es el marco y modelo de familia tradicional

Es que es parte de ser hombre, y la paternidad, tu ser padre, ya igual es prácticamente como un hombre de familia. (Gonzalo)

El varón queda investido no solo como progenitor y cuidador responsable de un niño, sino que también como defensor de un modelo: la „familia bien constituida”.

porque un hombre de familia puede administrar un bien familiar, tener una familia constituida, papá y mamá e hijos pero, yo los vi en algunos años, pero ahora soy un hombre papá (Gonzalo)

Sin embargo, dentro de esta cita aparece un atisbo de flexibilidad y apertura, cuando Gonzalo se nombra como „hombre-papá” abre la posibilidad de gatillar un cambio, hacia la constitución de un imaginario de otras familias posibles, otros vínculos centrales afectivos que basten, pero solo aparece como inicio que no logra consolidarse.

La familia como ley

Por otra parte, si la paternidad se da fuera de los marcos de la familia, se recibirán las sanciones correspondientes. Este castigo puede llevar incluso a ser expulsado de ciertos espacios sociales, por romper los valores. En este sentido, la paternidad se convierte en un quiebre vital, porque no se da en el contexto de una familia nuclear; lo que puede redundar en una ampliación reflexiva de sus marcos valóricos, o simplemente una autoafirmación transitoria en vías a poder reintegrarse dentro del modelo imperante

Además se me junto con que obviamente me tuvieron que echar de las cuestiones de la pastoral de todo ese cuento. Se produjo un quiebre como super transversal en eso. Me echaron porque yo era uno de los dirigentes máximos del cuento y habían como 400, 500 cabros chicos a mi cargo. Entonces, uno de los dirigentes máximos, de segundo orden, salga con un pastelito así, no es un cuento agradable pa' los curas. Más aun, estábamos hablando de valores. Ahí los curas lo tomaron por otro lado, me hicieron al harakiri ahí mismo. (Alfredo)

Por otra parte, romper con una situación familiar también es sancionado socialmente. Además, se suele aludir a que si el hombre toma esa decisión es porque tiene otra mujer, se añade así nueva sanción por supuesta infidelidad; suposición que indica que los varones no podrían dejar el espacio de la familia, sino es por otra alternativa de construcción –al menos- de pareja. La sociedad no logra verlos como hombres autónomos, los infantiliza ligándolos siempre a la dependencia de una mujer. Artificio que va en la vía de la mantención del modelo de familia, donde la mujer es la salvadora, la que debe llevar al hombre por la senda del bien.

hasta el día de hoy hay muchos amigos en común que todavía no saben porque me fui en ese momento y después me separé. Entonces ha habido una gran sanción en ese aspecto hacia mí, un gran daño hacia mi hijo entonces cuesta como poder asumir. Por mi que ella estuviera lo mejor posible, he tratado de disminuir eso durante todo este tiempo que hemos estado separados. Pero la locura sigue, hace un par de meses el papá de ella trató de pegarme, cachai. (Alfredo)

Así, se le indicará que debe mantenerse ‚dentro‘ de la familia, y no buscar dejarla, porque ese es un mandato, que no dice relación con lo que vivan quienes la componen. Modelo que va en contra de la opción posmoderna de pareja, donde se privilegia la búsqueda de satisfacción de las personas, no conservar una estructura.

Incluso después fui a hablar con él porque me molestó lo que me dijo, me dijo que tenía que aperrar igual, tenía un hijo y tenía que aperrar igual aunque la mina estuviera loca. Ahí yo, me dio rabia, y fui hablar incluso hasta discutimos, hue'a nunca en mi había hecho en mi vida discutir con él.

Aparece importante recordar que todos los entrevistados han roto con el modelo cultural imperante, así al separarse han quedado fuera del deber de formar y preservar la estructura familiar.

Por otra parte, respetar a los padres también conllevaría resguardar sus valores y enseñanzas; y dentro de esto el modelo que se le ha dado como familia.

porque yo tuve un padre como podría decir, de familia tradicional, papá y mamá juntos, nunca problemas, que se yo, si hubo problemas nunca me enteré ni me di cuenta. (Amaro)

Se reconoce que el casarse era ‚la‘ alternativa posible y exigida socialmente, para inscribir la nueva situación de paternidad. Sin embargo, hoy se hace la distinción entre tener que estar dentro del modelo de familia, y asumir su rol como padre. Indicio de apertura.

Pero nos casamos por el sentido de que en ese tiempo era el que dirán. O sea, una cuestión super absurda en este tiempo, yo creo que con la mentalidad que tengo ahora no lo hubiese hecho y hubiese asumido mi responsabilidad. En ese momento existía mucha presión por parte de la familia de ella. (Cristóbal)

O sea uno, al final de cuentas era un tipo chico, inmaduro, o sea, necesitaba tener pareja e hijos, porque el mundo lo demandaba así. (Andrés)

Es que se fueron dando las cosas [...] yo tenía los medios como ...bueno yo tenía una casa...que sé yo en donde vivía con mi mamá y que esté viviendo solo y yo dije, bueno tengo que asumir ya que estoy asumiendo como papá, mejor tenerlos acá y así solo se dieron las cosas, tener una

compañía ver a los niños todos los días, o sea, para mí era como matrimonio y con 21 años ya tenía la responsabilidad de un hombre. (Patricio)

Las contradicciones de ser conservador hoy

Las opciones más conservadoras aparecen mezcladas con prácticas y discursos más liberales. Esta conjunción es una constante en esta cultura, más aun en jóvenes que están recibiendo una oferta disímil de estímulos, por un lado una apertura y liberalidad desde los medios, que es valorada y consagrada como la vía juvenil, y por otro lado las anclas culturales y religiosas que conforman una extraña mezcla de estilos y opciones vitales.

No, no me cuidaba, lisa y llanamente. Por principios pastorales católicos cachai, no me cuidé, ni ella tampoco. O sea, tampoco, no por un cuento de poca confianza o que no me atrevía a decirle. O sea, de plano yo no iba a usar condón ni ella pastillas, cachai. Íbamos a usar el método natural y todo el cuento, resultó pero hasta por ahí, hasta que quedó embarazada (Alfredo)

Así, Alfredo relata que por sus convicciones –conservadoras- religiosas no optó por usar algún método anticonceptivo artificial; al mismo tiempo que muestra que no se hacía parte del discurso de la castidad –religioso- y se permitía prácticas sexuales al comienzo de una relación de pareja no formalizada. Ambas posiciones no le aparecen como contradictorio. Tal vez se puede leer a modo de negociación, se transa en un aspecto, pero no en todos (con llevar a la práctica los discursos conservadores).

La matriz de la Familia Nuclear no admite otros modelos

Y cuando se está en otra forma de hacer familia –como sería el caso de los varones analizados- igualmente el imaginario de familia remite únicamente a "familia nuclear".

Lo que sí a mí me da pena. Me genera una ausencia terrible la idea de no poder tener una familia. Y claro que la tengo tengo ganas de tenerla. Todavía sigue siendo un sueño, pa' mí. Un sueño... un ideario, si tú quieres.

Yo creo que es súper importante, súper importante. Al menos, por lo menos, experimentarlo durante un tiempo (Andrés)

entonces en ese sentido, igual, modelos, tengo. Cachái? Falta, eh... encontrar la persona con la cual desarrollar ese modelo. Eso es, eso es una gran... búsqueda que todavía no termina. O sea, y que no creo tal vez no la encuentre nunca. Cachái? Pero igual sigo.. (Sergio)

Sí o el hecho de, de a lo mejor tener una familia que, que coman, juntos... lo fines de semana y que compartan, un familia grande, de cinco hermanos, con papá y mamá, con nietos, con sobrinos, con tíos, con primos... todos en una casa... eso me encanta, el tema del clan. El tema del clan, yo creo que es algo pa' mí envidiable (Raúl)

Desde las narraciones de los entrevistados es posible leer que anhela "tener familia", lo que en estos textos siempre se traduce en tener una familia nuclear tradicional. Por lo mismo, cuesta aceptar que ser padre no residente implica estar fuera de las "cotidianeidades de la familia nuclear", y se les hace difícil incorporar los nuevos escenarios como "otras cotidianeidades".

En suma, no se logra vivir –con conformidad y sin culpa el estar en otro formato familiar.

a veces como que me autoengaño porque pienso, no si igual puedo ser un buen padre aunque no esté junto con la madre, pero el estar con la madre y con la hija es lo ideal. (Amaro,)

Se asume –a momentos con culpa- que esto es una desventaja para los hijos. Existe un “algo” que los hijos pierden, algo que se acerca a la seguridad, la estabilidad, y al tener un padre que “está”; aludiendo al hecho físico de dormir todos los días en la misma casa. Llama la atención que este sentir se extiende tanto para los varones que ven menos a sus hijos –y que viven una concreta disminución del tiempo en común-; como para aquellos que tiene frecuentes espacios cotidianos con ellos; así también prevalece este sentir, aunque algunos admitan que después de separarse comparten mucho más con sus hijos.

En cambio mi hija ha visto todo lo contrario, o sea no tiene papá y mamá juntos, por ende si hay algún problema se va a enterar, aunque no lo queramos, por esta cosa física de no estar juntos y eso es lo que a mí me frustra y yo creo que cuando viene la culpa es por eso y no por el hecho de ser padre, sino que no haber podido estar con la mamá de ella junta y poder entregar eso, pero a veces me cuesta, (Amaro,)

lo que me costaba era tomar la decisión de irme de la casa porque por ser un padre responsable yo siempre he sido responsable con mis hijos y adoro a mis hijos y me dolió mucho y me costó mucho irme ese día, (Cristóbal)

Trato de serlo, pero siempre me falta, de repente quiero decirlo [...], y trato de juntarme con la mamá de mi niño, porque yo sé que si intento hacer eso yo sé que arrojó como más puntos (Patricio)

Sin embargo, aparece el reconocimiento de algunas experiencias que desidealizan, en parte, las situaciones familiares de antaño, ya que se asume que antes también había problemas de pareja, pero la diferencia es que se ocultaban.

Ah, como te decía, yo creo que mi hija se ha enterado mucho más de las dificultades de los papás de las que me enteré yo, no creo que necesariamente mis papás hayan sido mucho más unidos que otros, sino que mis papás necesariamente supieron proteger ciertas partes más que lo que he hecho yo ahora. (Amaro)

Fuera de 'la' Familia: expuestos a la fragilidad

El marco de la familia tradicional exige, aprieta e incomoda, pero da seguridad. Tal y como hemos venido reflexionando sobre los temores e incertezas que trae la posmodernidad a los sujetos, ante este contexto abierto, sin prescripciones ni redes, estos varones resienten esta amplitud y la viven como intemperie, en tanto estar expuestos al mundo y sus riesgos desde una sensación de soledad que fragiliza. No evidencian en este caso el disfrute narcisístico de poder emprender con mayor libertad sus propios planes y desafíos; más bien quedan inmovilizados ante el vértigo de lo abierto; agorafobia que podría remediarse –desde su sentir– con la contención de una familia, pero solo de un tipo de familia.

Yo no al contrario a mí me gusta tener una relación y que estén conmigo porque yo vengo de otra cosa. Vengo de una familia constituida y busque como seguir la misma línea. Porque cuesta, a mi ningún soltero me puede decir no que ahora voy a vivir mi soltería (Cristóbal)

Entonces, yo creo que tener una familia, no sé en este minuto si voy a lograr rearmar la familia pero espero no estar toda la vida con este peso. (Pablo)

Quizás yo estoy mucho más solo. Yo finalmente tengo un departamento, dond', en el que vivo solo, acá en Santiago, y ahí, me va a visitar mi, novia, y mi hija, y, yo arriendo, una casita, en Valparaíso con mi novia, cachái? No es tan, no es tan aclanado. Es más... es, es, es más desarraigado, quizás es más nómade, no sé. Entonces me gustaría como ese, ese clan grandote. Me encanta. (Raúl)

Es posible entender que la fragilidad se agrava no solo por tener que moverse sin sentir esa ancla que ayudaría a no vivirse a la deriva; sino también dejar el modelo de familia acarrea el costo de social y personalmente de asumirse como fracasado. Calificativo que remite a una evaluación que se hace de forma generalizada en nuestras culturas: las separaciones son un fracaso, y no el fracaso de un proyecto específico sino de toda una vida, de una posibilidad de estar, de la posibilidad más importante y central de vínculos, sí, la familia.

pero cuando tú has tenido un proyecto de familia y ese proyecto se te quebró. O sea, yo lo veo como un fracaso familiar pero que es un fracaso que a la larga tú empiezas a vivir con él y a la larga se te va yendo, y después tú te empiezas a preocupar de otras cosas. (Cristóbal)

Esto dice relación, por una parte, con una falta de reconocimiento en las cogniciones ciudadanas del hecho que los matrimonios hoy duran menos, no se viven para toda la vida, y las personas retoman nuevos caminos. En este sentido, una constatación cotidiana y concreta no logra ser asumida como un estado de las cosas, como un cambio de forma de vivirse los vínculos –recordemos las altas cifras de divorcio actuales-; sino que sigue pensándose que el modelo no ha cambiado, modelo que es la estructura de la familia nuclear.

Y, por otra parte, esta sensación de fracaso nos recuerda a la limitación que denunciaba Grau, en la cultura chilena, de no poder asumir los cambios como duelos propios de los ciclos vitales actuales, y vivirlos con los costos de pérdida

que implican, pero también con las posibilidades de lo nuevo y lo por construir que conllevan.

o sea bueno, no he logrado construir una relación estable como la que tuve con, con la Camila, de hace doce años. Desde hace doce años que soy una especie de solterón, digamos. Eh... y teniendo relaciones puertas afuera (Andrés)

Definidos desde la familia

A pesar de haber optado por otra fórmula al separarse -dejar el modelo de familia- igualmente los varones se siguen definiendo desde ese lugar, y la lectura que hacen tanto de su situación actual como de sus decisiones y opciones pasadas se fundan fuertemente desde el lugar de la tradición: la religión y la familia.

Yo soy católico con una familia constituida yo nunca le iba a decir hazte un aborto. (Cristóbal)

Y estas definiciones familiares cruzan muchas veces las mismas opciones al formar una nueva familia, corriendo el peligro de volver al pasado, y que sean los padres los que definen los matrimonios de sus hijos. Se buscará una mujer que sea como ellos, que cumpla con los modelos definidos.

Después me quedaba el otro tema con mi familia y eso para mí era refregado. Porque obviamente ellos iban a asumir que yo, y lo hicieron, lo pensaron, que la Consuelo se había embarazado porque yo estaba terminando y todo el tema, bla, bla, bla. Y bueno la Consuelo nunca les gustó, no la encontraban para mí. Es por la personalidad, un poco por la fuerza que tenía. La Consuelo tenía un mundo porque ella era hija de exiliados y vivió muchos años, casi toda su vida en Alemania. Entonces tiene una formación muy amplia, muy diversa y era eso lo que no les gustaba porque son más conservadores, mis viejos y mis hermanas. (Jaime)

Sin embargo en el mundo de hoy el peso de los valores conservadores muchas veces entra en contradicción con los discursos más abiertos -de diversidad y equidad de género- que ya se han instalado, al menos como supuestos a los que hacer referencia. Por lo mismo, las anclas conservadoras,

como el machismo, no puede ser reconocido abiertamente por hombres modernos y globalizados.

Mis viejos son súper conservadores, entre comillas, porque yo todavía pienso que mi hermana chica aún es virgen y tiene 22 años y pololea hace como 3 años con alguien. Y yo pienso que aún es virgen. Y si alguien me dice oye, ya lo tuvo, yo, nooo. Y me costaría mucho encontrarme con que ella lo ha hecho. O con una actitud medio rara con el pololo, me chocaría. Aunque yo soy un tipo bien amplio de criterio, pienso que me costaría (Jaime)

Se visualiza en estos dichos entonces, la presencia de un discurso conservador, donde la madre, las hermanas y la esposa deben distanciarse de conductas impropias.

Así también, se teme repetir las conductas incorrectas de su familia, viviéndolo como herencias que podrían explicar sus propios fracasos.

porque mis padres también están separados. Entonces, se está repitiendo la historia yo creo que se está repitiendo, de hecho yo no quiero ser igual a mi papá, por eso soy así con mis hijos, porque yo no tuve el apoyo de mi papá. En cambio a lo mejor se está repitiendo la historia pero no es igual. (Patricio)

¿Dónde quedan las nuevas formas de familia?

Se asoma un intento de superar el marco de familia tradicional, y dibujar una nueva propuesta desde su actual situación de pareja, que refiere a un formato más cercano a familia reconstituida. Sin embargo, aunque en la práctica se vivan las nuevas formas vinculares, se mezclan los imaginarios tradicionales, en el intento de dar una lectura donde el nuevo espacio es “como si” fuera su familia nuclear.

Porque, porque yo les doy un ambiente familiar. Yo soy en este momento el papá, la Pamela es la dueña de casa, ellos son. Mira si ellos llegan acá y tienen su pieza. Ellos se meten a su pieza y no molestan para nada. Tranquilos, se meten a la cocina y papá puedo sacar esto. Y de repente hablan más con ella que conmigo. Tú crees que por ejemplo se meten para la pieza no se meten ellos cuando entran, ¿papá puedo entrar?, pase pues hijo y ahí se meten y entran en confianza porque saben que allá es del papá con la Pamela, con la polola. (Cristóbal)

Cuesta vivir en otro formato porque desde afuera se marca la familia nuclear como el formato predefinido para inscribirse en las situaciones sociales, en los colegios, cuesta estar en otro formato. Sin embargo, esto se vive sin criticar a los colegios o instituciones por su rigidez, sino que se vive como que es él quien está en falta.

Siempre voy a todas los actos del colegio lo único que no hago el último año no fui a unos asados que hicieron los apoderados por algo obvio, porque los niños juegan, pero están sentados todos los matrimonios. (Pablo)

Segundo Eje: Naturalización del género

Los tradicionales roles de género naturalizados por la sociedad, han sido puestos en cuestión desde hace años a través de los discursos de la equidad de género. Podemos apreciar, sin embargo, que aunque estos varones comulgan con muchos de estos principios antidiscriminación y pro igualdad entre hombres y mujeres, y promueven la ampliación de roles para ambos sexos, es posible encontrar en sus entrevistas anclas culturales conservadoras, que favorecen roles de género rígidos y tradicionales. Esta esencialización sostenida por las prácticas de los entrevistados, dificultan las innovaciones en sus ya no tradicionales cotidianidades de padres no residentes

Ser padre los instituye varones

La primera prueba a superar implica ser capaz de engendrar, este hecho confirmará su hombría e implicará una validación social. Luego el nacimiento de los hijos los instituirá no solo padres, sino también varones.

igual como preocupado porque no nos cuidábamos, o sea 5 años, yo pensaba que era estéril. Nos guiábamos por este sistema del calendario natural y fallaron los cálculos. Cuando nació mi hijo me sentí hombre o sea cuando fui padre soy hombre y no un pendejo [...]están las dos cosas relacionadas o sea que el trabajo donde llego sea bueno y tengo que rendir todo para mi hijo, o sea yo digo que esos dos juntos, ahí, ahí como que me siento más hombre, o sea como papá y trabajando. (Patricio)

Mmmm cuando nació mi hija es lejos el momento de mi vida donde me sentí más hombre (Gonzalo)

La presentación en sociedad del hijo aparece como la última y necesaria confirmación de la paternidad, que con ese reconocimiento, se formaliza.

Y de ahí fue todo... no sé; alegría, comprarle cosas, juguetes, además de todos los tíos, los abuelos... toda la familia, para mostrar a la guagua nueva... (Sergio)

Queda así, la afirmación personal de los varones subordinada y dependiente de la concreción biológica y de la confirmación social de su paternidad. La subjetividad masculina se funda así en el vínculo con un otro.

Los hijos son parte de ellos, vivencia que además de leerse como un regocijo narcisístico, muestra la evidente difusión de los límites de las individualidades.

Este nuevo lugar de identidad es instaurado por el hijo y buscará su continuidad a través de él (o ella). Prolongación que se funda en la continuidad genética, así como en la reiteración simbólica de su persona a través del 'nombre del padre'.

Primero fue como una experiencia bonita por el hecho de sentir esta proyección de ti en un ser que está aparte como sangre tuya, como algo biológico (Amaro)

no sé, era como una alegría súper grande... esta cosa soy yo. Como esa sensación. Parte mío, no sé era como eso. Eh... eso, fue como súper, importante. (Sergio)

Andrés Tomás. Le puse Andrés... loco. Claro, mi viejo se llamaba Andrés, mi abuelo se llamaba Andrés... todos Andrés. Y tenía como una onda, cuando apareció la idea de su existencia, tiene que llamarse Andrés, o sea. Aunque suene conservador y todo, es muy bonito. Es muy bonito. Eh... así que es un chiquitito que se llama igual que uno ¿te fijas? (Andrés)

El legado hegemónico para el hijo varón

El orgullo se acrecienta si el hijo es varón, lo cual puede adscribir a la tradicional continuidad del apellido, o a la mayor valoración social de un varón.

Es hombre, no po' me emocioné, es hombre. No era porque yo no quisiera una mujer pero... (Jaime)

Además Y con los hijos hombres se puede visualizar una forma de relación que además del cuidado y cariño, evidencia. Se modela, entonces, a través del juego y el compartir cotidiano un modelo de varón que se debe traspasar.

Algo que le gusta como cabro chico es pelear, pelear, le gusta agarrarse, le gusta pelear y a mí también me gustaba harto cuando era chico y yo no voy a dejar de hacerlo. Creo que no soy gallo matón que anda por todos lados peleando. Entonces yo me agarro a combos con él y peleamos, luchas en la cama y vemos los monitos medio agresivos, (Jaime)

Esta modelación de la masculinidad hegemónica en los hijos a momentos llega también a transferirles los deberes y mandatos masculinos que a ellos mismos los han atrapado: no serás vulnerable.

En cambio yo le digo a mi hijo, oye te va a doler un poquito y se hombre (Patricio)

Así desde una crianza y enseñanzas que fluyen, sin mucho propósito expreso generalmente, los varones muestran el traspaso y reproducción de roles tradicionales que ellos mismos van anclando como herencia en sus hijos.

Los significados de ser hombre

Cuando hablan de sí mismos, sus vidas, historias, dolores, alegrías y relaciones, traslucen sus configuraciones de masculinidad, en cuanto a cómo ellos –en tanto varones- deben ser para así verificar dicha condición.

En esta línea, aparecen un mandato que ellos deberán cumplir: „deben ser fuertes’, así las debilidades quedan clausurados, las huidas anuladas, y se convocan a enfrentar todos los desafíos.

cuando no enfrento una situación en la cual debería, ahí me puedo sentir menos hombre, cuando no enfrento un problema, cuando uno siente miedo, y bueno, claro, ahí en este caso uno se puede sentir más hombre porque yo me hice cargo, pero yo creo que tiene que ver más con, a ver, cuando tú dices, “ah, este huevón es maricón, pero no porque es homosexual”, ¿me entiendes?, o sea, cuando no da la cara, porque anda por detrás, a eso yo lo asocio a ser poco hombre, a un tema más frontal, y bueno, al hacerme cargo, claro puedo decir, “claro, soy más hombre porque me hice cargo”. (Amaro)

Otro requisito a cumplir es ser responsable, como padre, responder por los hijos, hacerse cargo de ellos.

A asumir que es mi hija, de que tienes responsabilidades, porque distinto es cuando dices “sí, sí es mi hijo”, e irte, por último, físicamente del lugar y eso, pero como te digo, lo que refleja más lo masculino (Amaro)

Sin embargo, el problema y contradicción que aparece en este mismo requisito, es que se lo define como el deber de ‘estar’; deber enmarcado entonces en una presencia física que aparece imposibilitada, precisamente, desde sus propias situaciones de padres que no viven con sus hijos.

En algunos casos, también aparecen como dentro de sus deberes de varón y padre el mantener un cierto orden ‘natural’, asegurándose que sus hijos tengan una madre que cumple su rol a cabalidad, es decir, no trabaja y se dedica a ellos.

Entonces si algún día mis hijos me tienen que rebatir alguna cosa, por último yo les mantuve a su mamá en la casa, en ningún momento la saqué y le dije sabís que tú tenés que pagarte tus cosas, como lo hacen otros hombres que son más tajantes. (Cristóbal)

Finalmente, se reivindican los clásicos roles que implican un desempeño de fuerza y esfuerzo físico viril.

Me voy a dar una vuelta, voy a cortar leña, me voy a comprar un hacha... cachái? Y porque vivimos al lado de un bosque, y no cortamos ningún árbol pero, montones de troncos y palos botados en el suelo, entonces voy a cortar leña, llevo cas, llevo leña a la casa, pas’ pa’ meterla en la chimenea, cachái? Me encantan esos roles. (Raúl).

Desde el dinero se conserva el control

Aunque el rol de ser proveedor se ha relativizado, con la entrada de la mujer al mundo laboral, y a pesar que este deber implica una clara dificultad para los varones, cuando su estabilidad económica es precaria, igualmente es un área que –con facilidad- es reconocida como ineludiblemente propia de los varones (aunque pueda compartirse ahora en parte, con las mujeres).

Es así que, para algunos, el proveer aparece como una tarea con la que cumplen, lo que les reporta orgullo y satisfacción personal, están cumpliendo como padres.

Ahora, igual todo lo que son los gastos económicos pasan por parte mí, toda la carga de ellas, llevo al colegio de ellas y además les doy plata mensual para todos los gastos que necesiten y es mucho más de lo que les daría a lo mejor por algún medio digamos más formal. (Pablo)

Por otra parte, la posición de poder en que sitúa al varón el ser quien tiene los recursos, se complejiza en los casos de separación, donde en algunos casos si bien se mantienen los recursos en beneficios de los hijos, también se hace uso del control que éste otorga, infantilizando a quien –siendo una adulta- no lo posee.

Porque sé que yo le doy mucho más ahora que lo que legalmente le debo. Ella tiene mucho más así. Porque sé que yo le doy muchas más ahora, porque ella tiene de todo, entonces cuando ella realmente me demuestra que ella puede manejar las cosas yo le voy a pasar pero por el momento no porque una vez lo hice y me salió tan caro...(Cristóbal)

La mujer es, ante todo, madre

Estos varones muestran, como muchos otros padres, un gran cariño e interés por sus hijos. Todos dicen querer verlos más, y varios confiesan que su ideal sería poder vivir con ellos. Así también ellos demandan y se quejan por lo difícil que es lograr incluso legalmente más apoyo para reivindicar sus derechos paternos. Sin embargo, esta exigencia se quiebra ante un muro que ellos

construyen al señalar que las madres –por el hecho de serlo- deben tener prioridad ante los hijos.

y tiene que vivir con ella, con la mamá. Bueno yo quiero vivir con mi hija pero no sé, ese sería mi ideal, pero igual no puedo negar que tiene que estar siempre con su madre porque es como muy importante que tenga contacto con su mamá, y como yo igual estoy trabajando hartito, entonces en la semana no tendría como mucho tiempo para estar con ella, (Gonzalo)

me gustaría tenerlo, pero está mejor con su madre, la mamá es la mamá, no puedo con eso. (Jaime)

Asimismo, les terminan adjudicando también a las mujeres –dentro del mismo paquete de esencialización materna- el mayor peso en el desempeño de las tareas domésticas.

Entonces se suponía que todo debiera ser como muy compartido. Estábamos en los ochenta o sea todo era militante. Eh... y de alguna manera funcionó. Y yo creo a la distancia, que no necesariamente como uno hubiera querido en realidad, o como uno por lo menos afirmaba que debiera haber sido. Pero... pero sí algo de eso había. Algo de eso había. De todas maneras, eh... la Camila tuvo mucho más carga que yo en el primer momento, o sea, así que.... sí, fue así. Eh... tú sabes que la relación con los discursos... (Andrés)

Igualmente, su acercamiento a las mujeres esencialmente madres, conlleva una idealización de esta condición de maternidad. Las mujeres se transforman en madres, convirtiéndose en otro tipo de sujetos, perdiendo así su condición de pares.

Ahora para mí también yo estaba súper enamorado de ella, además que una mujer embarazada a mí me mata, encuentro lo más tierno que hay entonces me provocaba más sentimientos... de protección, cachai. (Alfredo)

No, la mamá es la mamá, es la mamá. Mi mamá yo lo que significa para mí mamá.[...]Eee, una fortaleza, es la ternura, es el equilibrio, la sabiduría, es la calma, el calor, es la paz. (Jaime)

Así, desde esta condición conferida a las mujeres, se esperará que ellas en todo momento y a través de distinto tipo de relaciones cumplan con el maternaje hacia todos quienes les rodean, como formadoras en particular de los varones.

yo también siempre he querido creo que siempre una mujer mayor siempre es mejor que un hombre mayor, porque la mujer es más sensible, te ayuda más a formarte. A mí me pasó con mi hermana mayor. (Jaime)

Con respecto a mi historia personal. Y ahí las mujeres tienen mucho que... que aportarme, yo creo. (Sergio)

Finalmente, es posible señalar que estas mujeres/madres deberán por consecuencia mostrar un comportamiento recatado y adecuado. Y en este contexto se sitúan

Entonces, a lo mejor yo cometí un gran error, el ser muy confiado, el darle mucha libertad, pero pensé que ella me iba a responder de la misma forma, (Pablo)

Tercer eje: Interpelados por el „otro’ femenino

O sea yo creo que hoy día es mucho más atentatorio que contra la mujer. Ah, o sea, llevamos cuánto, unos sesenta años de estudios sobre de género en mujer? (Andrés)

En esta cita, el entrevistado señala que la situación de los varones es mucho más compleja y amenazante que la que viven actualmente las mujeres, quienes les llevan de ventaja hartas décadas destinadas al estudio sobre su posición en la cultura. Desde el saber y las distinciones académicas y las categorías que comparte una cultura, los hombres se viven en menoscabo. Ellas empoderadas, ellos fragilizados.

Se manejan en el campo de lo afectivo

A este perjuicio señalado, en relación a la falta de saberes construidos en torno a la realidad del varón, se liga una debilidad constatada por ellos –y que los fragiliza ante ellas- que refiere al mayor manejo en un campo de batalla tradicionalmente femenino: las emociones y afectos.

pero sí siento que las mujeres se manejan mejor afectivamente que los hombres, me logro dar cuenta de eso porque son más afectivas en términos afectivos, a la vez más manipuladoras con el tema afectivo, por lo mismo, para darse cuenta de eso. Amaro

Las mujeres pueden este *plus* a favor de ellas y, sobre todo en conflicto o luego de una separación, en contra de ellos.

Mediando la paternidad

El ejercicio de la paternidad comienza estando mediado por las mujeres, quienes hacen uso de su poder.

Ella me lo ocultó, entonces eso también fue un golpe re fuerte pa' mi porque yo tenía toda la confianza del mundo con ella. O sea, me dio mucha lata que no me contara, también provocó ciertos problemas después, cachai, años después. (Alfredo)

Por tanto, queda instituido que ellos deben adaptarse a este poder para poder hacer ejercicio de su paternidad; se viven disminuidos y sin recursos a su favor. Entonces, ellas podrán abrir o cerrarles espacios según les parezca conveniente, en el entendido que no siempre querrán compartir el „sagrado” espacio del maternaje.

Lo veo, me deja verlo ahora una vez a la semana. Antes era el domingo ahora es el sábado. (Alfredo,)

Claro, y sin embargo ella fue a vacacionar con mi hija, entonces yo ahí tampoco puedo decir, oye tú no puedes ir, pero ella igual nomás, entonces eso, son ese tipo de cosas y lo encuentro injusto pues, a mi ella no me preguntó ¿puedo ir con mi hija? (Amaro)

Otras veces las mujeres sí facilitan el acceso a los hijos; igual ellas deciden.

Sí, sí es algo que se ha dado en forma natural pero ella me dijo que nunca me iba a poner nunca trabas, (Pablo)

No me ha puesto ningún problema ella no, (Patricio)

Sin embargo, algunos varones logran remontar estos límites, y buscar ampliar sus posibilidades de ejercerla paternidad.

Entonces estaba como... eh... poniéndome algunos obstáculos para ver a la Laura, a diario. Me dijo que no, que esto iba a ser fin de semana por medio,

solamente los sábados, y yo le dije que ni cagando, que yo quería ver a mi hija todos los días, que esta hueá la habíamos planeado entre los dos, la hija era de los dos, que no tenía por qué venir a imponer un horario, cuando la hija era de los dos, y que si ella quería, no verme, nos podíamos organizar pa' que no nos viéramos, pero no tenía por qué derecho de negarle a un papá a su hija, y bueno. (Raúl)

Pero la realidad dice otra cosa: la ley las favorece. Independiente de los esfuerzos que ellos puedan hacer, al final la sociedad –y sus normativas- las favorecen. Solo les queda negociar.

Es complejo porque, yo en este caso que te contaba de la mamá de mi hijo, tuvimos un tema legal entremedio, digamos en eso, fue un tema súper aburridor digamos. Pero... que yo fui a demandar por visitas, que yo quería ver más a mi hijo. (Andrés)

Porque, si vas a hacer una batalla legal, perdiste al tiro, entonces ahí supe que tienes que tomar medidas y bueno, que ellas saben que van de ganadoras, que van a ganar y es súper difícil porque ellas lo saben y si no se maneja mucho en el tema puede darle miedo pero alguien que ya sabe, ahí ya está el tema de la manipulación, entonces hay veces en que tienes que comerte cosas que te dan rabia, o sea, todos estos acuerdos que te conté son informales, porque sé que formalmente pierdo. (Amaro)

Lo que les duele, y donde siente que se quiebran los límites, es cuando ellas manipulan a sus hijos a causa de las rabias y conflictos con ellos. Que usen a los niños es algo que les duele no solo en su ego y derechos, sino es su amor paternal protector.

Entonces claro, le dicen todas esas cosas y le llenaron la cabecita pero él de a poquito se fue dando cuenta que la Rosana, no sé, nunca cambió su actitud, (Alfredo)

Ella toma mi hijo como el objeto de la batalla, o sea le hace algo al niño para que yo me enfurezca. (Alfredo)

Yo creo que los problemas mayores tienen que ver con acuerdos y más que nada con conflictos personales que con términos que, yo no creo que me puedan reprochar muchas cosas como yo pueda reprocharle muchas cosas a la mamá, [...] esa yo creo que es la mayor dificultad, separar el tema individual del tema no se pues, paternal, (Amaro)

ella, es que es la falta de disposición, yo creo que la disposición tiene que ser súper civilizada igual, ¿cachai?, saber que siempre nos vamos a tener

que ver, entonces ¿por qué hacer conflictos de nada?, como que busca las instancias para hacer conflictos, para tratar de atacarme un poco. (Gonzalo)

Con la fuerza esencial de la madre nutricia

Mujeres que tienen –por naturaleza- ciertos rasgos, recursos o poderes míticos que los diferencian de los hombres. Esta creencia esencialista aparece la más de las veces en estos varones; anclan así las posibilidades de ellos desde esta visión –nuevamente- naturalizadora de los géneros. El cambio queda imposibilitado.

Se pierde. Porque toda esa... toda esa sensibilidad, toda esa capacidad de entender al otro... quizás, todo este sentido no maternal, sino, matrístico, como dice Maturana, por así decirlo, de, de procurar el equilibrio entre las diferentes partes, todo esta cosa como de que... de, que tiene la mujer, naturalmente, por el hecho de ser mujer, eh... esto es algo como de la esoteria, digamos. La mujer vive más en el cundo como de los ciclos. Por el hecho de tener menstruaciones, entonces hay una creencia... (Sergio)

Recursos que se convierten también en demandas, ya que ellas tienen ese poder, deben usarlo. Ellos se excusan, entonces, de asumir y desarrollar esos ámbitos personales.

Y dentro de estos rasgos naturales de la mujer aparece ‚la maternidad‘ aparece como algo fuerte, se les reconoce mayor dominio, se les deja más trabajo de crianza, y se les reprocha cuando no muestra su instinto materno. Sin embargo, se asoman visos de aperturas, cuando se reconocen diferencias entre las mismas mujeres, y cuando ellos vivencian el deseo de participar más en las supuestas tareas. Igualmente las mujeres siguen con el deber y el derecho, ponen límites y no dejan participar si así lo estiman conveniente.

Que hay mamás que están como constantemente metidas en su tema de ser madres, de estar con la guata calentita, una cosa así. Y hay otras que no, que tienen una vida distinta, no más. (Andrés)

los primeros años fui el papá y la mamá juntos, porque la Rosana no funcionaba. No tenía un amor como materno hacia él, no lo cuidaba, no se preocupaba, no lo veía, no lo atendía, no jugaba. O sea, nada ella era su trabajo, llegaba en la noche a comer y dormir. (Alfredo).

de déjame a mí hacerme cargo de estas cosas, pero lo sintió ella como invasivo. Y mi idea no era invasiva, sino que era también darle sentido a la paternidad de alguna manera un poco diferente; de que no fuera solamente la formalidad la que estuviera de por medio. (Andrés)

Pero estos rasgos maternos no solo les acarrearán conflictos y negociaciones con las mujeres, también surgen en ellos necesidades que dicen relación con los aspectos nutricios y protectores de las mujeres. Se viven entonces, necesitados de ellas.

Como te decía yo tengo ganas de tener una relación estable, una pareja... y es exquisito la sensación de despertar y tener alguien al lado. O sea.. o cuando te acuestas, no sé. La permanencia, la presencia permanente yo creo que es súper importante. Por lo menos pa' mí. Eh... pero no he tenido la posibilidad que realmente se dé, se dé. (Andrés)

Este anhelo de „madre’ se dirige a veces específicamente a sus propias madres, lugar al que retornan constantemente en caso de tormentas o dolores personales. La madre, lugar de refugio ante sus fragilidades.

yo saqué mis cosas y me voy para donde mi mamá y piensa tú sola y yo pienso solo y me fui de la casa. Y llegué a la casa de mi mamá y mamá sabís que estoy a punto de separarme, no sé cuando tome la decisión lo único que quiero es que cuando yo llegue a la casa no me preguntes nada déjame tranquilito tú acógeme pero no me preguntes nada no me digas que los niños que qué pensará... lo único que quiero es dame protección, cuando yo esté en mi pieza háblame de cualquier otra cosa pero no me preguntes de nada y dicho y hecho mi mamá hizo tal cual lo que yo le pedí. (Cristóbal)

Se busca entonces una mujer-pareja-madre, que les entregue cariño y les ayude con sus desafíos personales, que les aporte en el desarrollo de sus recursos, que repare sus dolores biográficos.

Con respecto a mi historia personal. Y ahí las mujeres tienen mucho que... que aportarme, yo creo. (Sergio)

Sin embargo, esta necesidad contrasta con la dura realidad: ellas no buscan lo mismo. Queda entonces coartada la demanda.

Supongo que de alguna manera ando buscando a la madre perdida, y yo sé que, ninguna mujer quiere ser madre a estas alturas de un gallo

grandote como uno, te fijai pero, pero... igual es inevitable, o sea, inevitable de repente, cuando estai súper deprimido bajao, por qué por qué a mí me tocó esta historia a mí. (Sergio)

Se han masculinizado

En contraste con este reconocimiento de ciertos dones naturales en las mujeres, aparece la molesta constatación de los cambios y liberación de las mujeres. Han dejado las casas, trabajan fuera, son independientes y asertivas. Si bien este proceso femenino se puede comprender, se reconocen los problemas y amenazas que a ellos les provoca esta autonomía femenina. Que se liberen, pero no tanto.

el hecho de que, de que las mujeres entraran al mundo del trabajo, yo creo que, eso lo cagó todo. Es la independendencia económica de ellas, lo que nos tiene así.... [....] así solos, y, como decía, solos y tristes. (Sergio)

Así, se viven disminuidos y abandonados. Esto se complejiza más aún cuando ellas se toman algunos roles tradicionalmente masculinos, asentados desde la poderosa cultura machistas. El sexo, ámbito de poder y dominio masculino, ahora ya no les pertenece en exclusiva.

Y me estoy viendo enfrentado a que, yo tengo 3 hijos y soy separado hace 4 años. Me separé por motivos de infidelidad de parte de ella (Cristóbal)

después de una discusión de infidelidad yo le dije sabis que más yo llevo hasta aquí no más. Pero por qué te vai?, no ya no aguanto más estoy súper inseguro yo se que tú andai con otra persona ya lo he visto ayer y me fui justo para mi cumpleaños (Cristóbal)

En algunos casos, sobre todo en mujeres jóvenes, se evidencia más fácilmente la flexibilización –en las prácticas de los dogmas de la fidelidad femenina. Así, ahora es posible encontrar que la clásica versión del varón infiel invertida: son ellas las que buscan otros. Otro toma donde le han quitado un poder al varón.

yo me considero bien alejado de la media de los hombres, en el sentido que yo me casé virgen, tuve un pololeo de hartos años y me propuse cuidar a la otra persona y lo logré, que no es como muy normal; no tengo vicios, todo para la casa, entonces descubrí en mi señora relaciones extra -

matrimoniales, y no solo con una persona. Entonces, para mí fue un golpe fuerte porque jamás lo esperé de ella (Pablo)

Incluso las posiciones cambian, y a momentos, el empoderamiento de ellas los feminiza, asumiendo ese lugar de pasividad, demanda de suavidad y fragilidad. Demanda que probablemente descoloca a la mujer, que no logra visualizarlo en esa poco masculina posición.

Sí, en el caso de mi sexualidad aunque fue un poco traumante en el principio porque yo recién vine, cuando estuve casado lo vine a hacer, y mi señora no era como muy afectiva, siempre fue como muy fría. Entonces fue una cuestión súper difícil, costó mucho para que esto se abriera y empieza a tener como una época de plenitud como de llegar a sentir que los dos estábamos bien agradados fue casi al final y en mal momento, porque ya dije, chita, ella cambió pero no cambió conmigo cambió con otras personas. (Pablo)

Ellos pierden la fuerza de un estilo de seducción asentado desde el patriarcado, el poder se les hace esquivo. Las mujeres comienzan a tomar no solo los rasgos constructivos de la masculinidad (seguridad, asertividad, fuerza, iniciativa sexual), sino también están desarrollando aquellos aspectos temidos: la violencia.

Empezaron problemas fuertes, fuertes, fuertes de violencia, cachai. De violencia física como psicológica de parte de ella (Alfredo).

No, a ver. Nos fuimos a vivir juntos paso 1, 2 años que vivimos juntos y ya el cuento se hizo insostenible porque ella. Es muy violenta ella. Y bueno, golpeó a mi hijo y yo a mi hijo me lo llevé. La dejamos en la casa sola. Y eso fue 6, 8 meses una cosa así. La verdad es que no me acuerdo mucho. (Alfredo)

Mujeres independientes, violentas, infieles, y sexualmente demandantes. El escenario ha variado, ahora el problema es como ellos responden a estas nuevas situaciones.

No sabemos cómo complacerlas

Así, la amenaza del afuera que trae el peligro del individualismo se actualiza aquí, y se cumple la temida expectativa: la salida al mundo las convierte

en ese „otro‘ externo maligno. Esta queja se formula desde un fracturado discurso machista, en un fallido intento de recomponer el malogrado ego.

según ella yo la trataba mal pero no sé de qué, le tenía de todo ella no trabajaba tenía a la nana, yo la sacaba, así como salgo hoy en día los fines de semana salíamos todos, no muy seguido pero con ella igual salía. Entonces, a lo mejor yo cometí un gran error, el ser muy confiado, el darle mucha libertad, pero pensé que ella me iba a responder de la misma forma, (Pablo)

Ante la posibilidad de rearmar vínculos de pareja, aparece un desconcierto y una autocrítica. Desconcierto ante el desconocimiento de las necesidades actuales de las mujeres, y autocrítica al sentir que hay responsabilidad en ellos en no poder responder a las mujeres ni consolidar una pareja. Aparece entonces el abismo del no entender, de no saber qué y tampoco cómo. Ellas demandan, ellos callan

yo creo que sería una muy buena pareja. Pero algo malo debo tener, pero no lo he descubierto todavía. (Andrés)

como dice Bukowski, “hagamos lo que hagamos, siempre ellas ganan, siempre quedamos solos y tristes”. Y... claro, un poco eso. O sea cómo... hagái lo que hagái nunca... no... a una chica tú le propones, todo y ... y al contrario, ella lo único que quería era pasar una noche contigo. Después a una que quería estar en la noche contigo, ella lo quería todo. Entonces es como, nunca... es como nunca achuntarle. Da la sensación de nunca achuntarle. En serio. Me ha pasado eso, mucho. Después de mi separación, especialmente (Sergio).

Y la conclusión a la que ellos llegan los asusta y los hiere: las mujeres ya no los necesitan. El crecimiento de ellas las habría potenciado de tal forma que les permite encontrar respuesta a sus búsquedas en otros planos y lugares, pero ya no en ellos. Ellas satisfechas, ellos abandonados.

Eh... no sé por qué será, no sé. Tiene que ver con esto de que la mujer, se emancipe, en el fondo. Es lo natural del proceso, digamos. O sea todos los, muchas de las, necesidades, ahora la mujer las, descubre por sí mismas. O sea, qué va quedando para el hombre, no sé, la... afectividad. Pero, a veces, no basta, eso. O, o, no sé. No sé. Me pierdo. Ahí yo ya me pierdo. (Sergio)

Que busquen su propio poder

Situar el tema del poder público en las mujeres genera en los varones, una serie de movimientos y posiciones encontradas. Así ante la pregunta por qué opinan al tener una Presidenta del país mujer aparece el discurso de la equidad de género, pero también se asoman los temores.

bueno. Hay dos formas de responder. Una, es la políticamente correcta, y decir, huau! Era súper importante y necesario que las cosas se dieran así. Y la otra que también da susto. Da un poco de susto (Andrés)

Temores y desconcierto, lo que generará una defensa –desde distintas alternativas- ante este nuevo posicionamiento femenino.

Las mujeres en el poder son iguales a los varones.

Entonces en ese sentido, hay que tener cuidado porque, el problema de las mujeres asumidas al poder es que tiende a... a emular lo que se, la manera como se, se, se... ejerció el poder hasta ahora que fue, de una manera autoritaria, vertical, qué se yo. (Sergio)

Las mujeres en el poder son incluso peores que los varones.

Ahora, no sé si el estilo Bachelet sea el óptimo, o no. me parece que es más verticalista, o más estructurado, que... que probablemente el de Lagos. (Raúl)

Hay mucha... hay mucha rabia contenida. En la, en la transmisión del poder supuestamente femenino. Y, y eso no es poder femenino. Es rabia. Cachái? (Andrés)

Las mujeres en el poder deben seguir siendo mujeres. El peligro es que se masculinicen (amenaza que ya hemos visto que resienten), que pierdan su ‚esencia‘. Descalificación a mujeres en poder porque actúan como hombres.

mira pa' mí, siempre que no empiece, no continúe gobernando como si fuera un hombre, me parece excelente. [...] lo que pasa es que las mujeres cuando llegan al poder, cuando llegan a cualquier cargo de poder, mi impresión hasta ahora es que es, que procuran comportarse como hombres. (Sergio)

pero me cayó muy bien como persona. Cachái? Que... su capital es la credibilidad, es una persona cálida... confiable po' hueón. Cachái' más confiable que un hombre que... multimillonario, (Raúl)

Las mujeres en el poder deben marcar la diferencia. Mujer debe aportar otras cosas al poder. Interesante visión de un poder menos represor, La pregunta es ¿por qué solo les toca eso a las mujeres? Ellas deben cambiar todo un sistema, mientras varones se resisten al cambio.

Entonces en ese sentido, la mujer, cuando llega al poder, no es capaz de conectarse con esa, naturaleza, femenina que ella tienen, se transforma, en un, matriarcado más que una... administración matrística. Te fijái? Porque si no son capaces de mantener ... como te digo, por ejemplo en el caso de la Bachelet, no es capaz de... conectarse por ejemplo con las demandas de los mapuches, está gobernando como un hombre. Cachai? Echando a la policía, mandando a los pacos pa'cá, pa'llá, es lo que haría un hombre. O sea en ese sentido no hay ninguna diferencia. (Sergio)

Ese poder no es el de las mujeres, ella deben construir el suyo propio. ¿Una mujer no puede ser competitiva y segura porque esto es propiedad de los varones? ¿Invitación a potenciar cambios o la necesidad de preservar lo suyo? Se escucha un lamento: ¡qué no nos quiten también esto!

Ahora, el el tema es, lo masculino que pueda ser el poder femenino, en muchas ocasiones. Y, y ese es el tema que, tener muchas expectativas con el tema del poder femenino. Pero, tú te dai cuenta de pronto que, que, no es tan femenino. Que es re - masculino. Entonces, ahí se provocan confusiones. Un poco con esto que te decía de las demandas, y cómo traducirlas. Eh... la afectividad, hacia el poder. Y tú te dai cuenta que el poder se sigue transmitiendo de la misma manera. No hay un poder femenino. Así, que uno lo pueda visualizar, experimentar. Creo que el poder sigue siendo muy masculino. Entonces... ahí hay algo que también le hace falta no sólo a la sociedad, sino que a las mujeres también llegar a entender; cómo transmitir un poder que es propio. Y eso significa también, llegar a entender de cómo uno puede entender, el poder de otra manera. (Andrés)

Finalmente, aparece la mirada tradicional que banaliza el tema, situando a la mujer nuevamente, en el cómodo lugar del deseo.

pero con el hecho de que haya una mujer en... que haya una mujer en el gobierno, si a mí me encantan las mujeres, por qué me habrían de de disgustar, en el gobierno. (Raúl)

Determinados por la Biografía

Las subjetividades aparecen como construcciones donde cotidianamente tejemos y retejemos nuestras propias narraciones, las que nos hablan de los sentidos que elaboramos de manera tentativa y provisoria; los que se ponen en tensión y revisión a partir de las nuevas experiencias, informaciones y posiciones desde las que –reflexivamente- volvemos a redefinir nuestros planeamientos. Esta perspectiva y lectura posmoderna de un sujeto que se apropia de su destino, desde sus motivaciones, proyectos, deseos y también desde las posibilidades que el contexto le ha entregado, dista de ser la mirada que podemos reconocer en algunos dichos de estos varones; quienes a momentos se miran desde un determinismo que portan por una historia que ya aconteció.

Aparece, entonces, la queja por la historia que vivieron, en particular por no haber tenido la experiencia de un padre cercano. Ya sea por ausencia física, ya sea por padres poco expresivos en el afecto, estos varones resienten estas experiencias paternas.

Pero cuando yo lo veo y yo he estado muy mal no me pregunta nada, no me dice nada, cachai, es como, puta te necesito pero con que uno necesita un poco que te digan ¿qué te pasa? (Alfredo)

Pero es una relación de papá como a distancia no se telepáticamente no es una relación de tú a tú. Es super cuático, hasta el día de hoy no entiendo. (Alfredo)

yo creo que adquirí de él el apetito de conocimiento pero a él era un poco carente afectivamente, nunca era de abrazar ni de quiero mucho (Gonzalo).

Estas ausencias refieren principalmente al padre, aunque en algunos caso se amplía a la madre, implican para los entrevistados no sólo por lo duras o tristes vivencias, sino que también consideran que esto los ha marcado, y los ha dejado un tanto inhábiles en materia de expresión afectiva.

Debe ser también por las experiencias personales. O sea yo crecí en una familia totalmente desintegrada a partir del golpe. Entonces, a lo mejor eso

marca. O sea de hecho marca. Yo viví lejos de mi viejo muchos años. El vivía en Ecuador, y nosotros vivíamos en Italia. (Andrés)

Porque te van dejando ausencias, fuertes. Y por cierto que me costó... superarlo. Muchísimo. O sea, me penó mi viejo muchos años. (Andrés)

Yo sé que, las figuras paternas estuvieron ahí, cachái? Lo que pasa es que él no era exactamente tu padre. [...] Todo lo que es el contacto físico, esa parte como que... yo sé que... de ahí vienen... una de mis grandes carencias (Sergio)

Entonces, en rigor yo no tuve ni mamá ni papá. Cachái? Y esa hueá me marca mucho mucho mucho, y aunque yo sé que no puedo echarle la culpa a eso por los altibajos de mi vida, eh... por otro lado sé también que, realmente siempre me ha influido y siempre me va influir. (Sergio)

Sin embargo, desde este sentir aparece una fuerte motivación a darles otras experiencias a sus hijos, a no repetir el modelo vivido por ellos. De ahí que subrayan su diferencia con el estilo de sus padres, ellos no son como sus padres.

“yo con mi hija no soy así, soy súper cariñoso, en realidad con todo el mundo por eso trato de ser espontáneo y súper afectivo con la gente, entonces yo creo que esa es la gran diferencia entre mi papá conmigo y yo con mi hija. A mí no me cuesta nada decirle a mi hija te amo a mi papá igual le cuesta, en realidad no creo que lo haya dicho nunca yo igual lo entiendo porque el se desenvolvía en otro contexto, su familia, igual más frío” (Gonzalo)

“Yo creo he tratado de hacer todo lo que mi viejo no ha hecho. El hecho de estar ahí jugando hasta a los autitos, de todo, estar ahí en todo. O sea, preguntarle... todo lo que a mí me faltó de mi padre, cachai, que yo hubiese esperado que mi papá hubiese dicho, o algo. Yo lo he tratado de hacer con mi hijo, como llevarlo a eso” (Alfredo)

Por lo mismo, es posible leer este fuerte impulso a vincularse afectivamente, con cariño y cercanía con sus hijos, como una forma de reparar sus propias carencias.

Entonces claro, ahí marca mucho la distancia, la ausencia y... el que se haya ido, también. O sea son cosas que... entonces tengo una situación con la paternidad que pa'mí es muy muy fuerte. O sea, yo necesito tener un cabro chico (Andrés)

Sin embargo se teme, que aunque se hay intentado variar la historia, ésta tiende a repetirse, como un destino trazado, un karma, imposible de cambiar. Los

determinismos de sus biografías los persiguen como amenaza a lograr instaurar otras fórmulas.

Y claro, pa'mí se ha repetido una historia de no poder estar con ellos. Sólo con mi hija tuve una cotidianeidad hasta casi los cinco años de ella. Y... el resto ha sido una vida de papás separados. Eternamente. Entonces, me ha dolido mucho. Me ha dolido mucho, me ha costado, crecer con eso; con las distancias (Andrés)

porque mis padres también están separados. Entonces, se está repitiendo la historia yo creo que se está repitiendo, de hecho yo no quiero ser igual a mi papá, por eso soy así con mis hijos, porque yo no tuve el apoyo de mi papá. En cambio a lo mejor se está repitiendo la historia pero no es igual. (Patricio)

Considerando este fuerte peso que ellos visualizan, es que precisamente temen traspasar herencias negativas a sus hijos, y así continuar los traspasos de dolores de los que no se puede escapar.

de hecho es como “el hijo de él”, o sea, tú eres el hijo de él, o sea, del que no sé, del que puede ser alcohólico, del que puede ser drogadicto, del que puede ser millonario, entonces sigue siendo el hijo, entonces tiene una carga y está bajo una forma aunque no lo quiera, cuando siente que tuvo un papá presente y eso es el otro tema que tampoco, yo soy un papá presente, pero me doy cuenta que no vivo con mi hija, encuentro que estoy ahí en las instancias que yo creo que son más importantes para ella y bueno, de hecho, para mi. Amaro,

Igualmente entonces la huida se imposibilita, al no vivir dentro del esquema de la familia tradicional, al estar fuera de ese espacio, ya han heredado a sus hijos un dolor y una condena.

Cuesta construirse como varón hoy

En la línea de visualizar quiebres en las posibilidades de autoafirmación individual, se logra reportar desde sus narrativas personales vulnerabilidades que no logran incorporar de manera tal que les otorguen nuevos sentidos, por lo que no movilizan un desarrollo de los deseos y una potenciación de sus propios recursos individuales.

Entre lo colectivo -que acuna, da seguridad, pero también ahoga y confunde- y la soledad -que abrumba con sus abismos, pero que se añora- se mueven en péndulo, en desconcierto y huida permanente.

El ser varón y construirse como tal, les aparece como una gran tarea, confusa, oscura, difusa y riesgosa. En este sentido, los cambios de modelos provocan en ellos una extrañeza y aturdimiento posmoderno: ante la apertura se hace difícil decidir –desde ellos- el camino a seguir.

los formatos. [...] son... na' que ver de los que uno aprendió, o están mutando permanentemente... pero ya es difícil... eh... descubrir como un único, una única manera de ser hombre. (Sergio)

Y ante los intentos de innovar con prácticas propias de las nuevas masculinas, más cercanas y en el plano de lo afectivo, se vive el fracaso de no ser comprendidos y de, incluso, ser tildados de homosexuales. Así, el incorporar nuevas formas conlleva la temida descalificación homofóbica, que remite –en clave heterosexista- a ser negado como varón.

Entonces eso cuesta también. Cuesta mucho que te recepcionen. O que te digan, eh... no serás medio homosexual, o no serás medio, soy de... o sea siempre hay algo malo, en la forma de responder, frente a la vida (Andrés)

La alternativa entonces, fácil y siempre a mano, es volver a las conocidas y ya probadas prácticas del ejercicio de las masculinidad.

pa' los hombres genéricamente, no tengo idea. Pero a mí me cuesta, a mí me ha costado mucho. Eh... mantener e-equilibrio; mantener conexión. Equilibrio. Eso... eso cuesta mucho. Porque es más fácil jugar a la pelota, es más fácil ir al billar, más fácil ir a un toples, más fácil hacer mil cosas "masculinas", que intentar no hacerlas. (Andrés)

La posibilidad de autoafirmarse desde las propias elecciones individuales queda entonces anulada, se vuelve a buscar algo que ancle, una propuesta social, una asignación de roles, alguien que modele y diga cómo se debe ser varón hoy, los referentes.

De que el tema de lo masculino, de la imagen, de lo masculino, en Chile es, pobrísimo. O sea, nosotros no tenemos referentes reales. O sea, nuestras familias en general están llenas de ausencias masculinas. [...] Así porque,

porque, porque lo primero que se siente es la ausencia de lo masculino. Entonces hay que tratar de llenar ese vacío. Andrés

Los hombres no se conocen a sí mismos en lo emocional

Y este temor a definirse y dirigirse solo desde sí mismos se amplifica cuando ellos se viven torpes y carenciados en cuanto a sus recursos internos. Cómo conocerse, qué hacer con eso que encuentran dentro, cómo modular y expresar las emociones, sobre todo las que fragilizan.

yo no lloré, y yo puedo decir que yo nunca he llorado y es algo que me hacía muy mal porque yo quería llorar y no sé por qué no lloro. Yo decía quiero llorar, quiero sacar esto, quiero soltarlo y sentía como que... y decía, no, no mantente, (Jaime)

La conclusión, entonces, es que dada su falta de práctica introspectiva es que no logran comprenderse a ellos mismos, por lo que no se conocen a sí mismos.

Eh... entonces por lo mismo, nos entendemos mucho menos. Sabemos mucho menos de nosotros. Nos exploramos mucho menos. Somos más incapaces, de explorarnos. (Andrés)

Así desde esta ignorancia se fractura el movimiento desde el impulso personal. Se imposibilita la apropiación subjetiva, y se retorna al determinismo de la infancia carenciada.

Por eso te digo, hay menos consistencia, eh... menos proximidad y menos exploración. Somos muy básicos. Muy básicos. Y... y mientras menos roce afectivo tengamos nosotros, yo creo que en la infancia, y cosas así, en la adolescencia, más básicos nos volvemos (Andrés)

Incompetentes ante las relaciones con las mujeres

Y esta misma incompetencia de su mundo emocional los confronta como sujetos limitados ante la necesidad de comprender los temas afectivos con sus parejas.

Y, y, y nosotros los hombres somos incapaces de saber traducir esas pomadas. Y mucho mucho menos todavía nosotros somos capaces de saber transmitir nuestras necesidades afectivas. O sea todavía mucho menos. Porque por último, nosotros nos ponemos imbéciles, (Andrés)

Como se señaló anteriormente, ante estas mujeres empoderadas, se visualizan sin como así condenados a no saber qué hacer ni cómo llegar a ellas. Se viven frágiles y adoloridos frente a ellas.

“hagamos lo que hagamos, siempre ellas ganan, siempre quedamos solos y tristes”. [...] Entonces es como, nunca... es como nunca achuntarle. Da la sensación de nunca achuntarle. (Sergio)

Sin embargo las necesitan, se acrecienta la sensación de dependencia, de buscar el apoyo de ellas. Vuelve a perderse la posibilidad de construirse desde ellos, y se inicia el camino de buscar el otro donde descansar y sentirse más seguro.

Entonces de este círculo depende mucho de la tolerancia que tenga mi pareja y aquí es fundamental ella. Y digo fundamental porque teniendo yo el apoyo de ella yo estoy bien parado, descanso acá, me siento tranquilo no ando apurado. Pero si no tengo el apoyo de ella y si ella también me exige yo no doy po'. Entonces llega un momento en que mi cuerpo, en que mi mente se me traspasa a mis sentidos y de mis sentidos a mis órganos y mis órganos empiezan a fallar. Empieza el dolor de estómago, empieza la úlcera, el dolor de cabeza. (Cristóbal)

Pero al depender pierden el rumbo, reconociendo que este lazo puede generar que ellos pierdan el camino hacia ellos mismos.

entonces como una hue'a super autodestructiva y destructiva a la vez de la relación. Por último sacármela por cansancio, ya no sabía cómo sacármela. [...] pero totalmente perdido en el tiempo y el espacio a veces no sabía de qué mierda estaba enamorado de ella, que es lo que amaba de ella, que es lo que me gustaba, no sabía nada. (Alfredo)

El dolor y temor de estar solo

Pero el mayor temor que se dibuja en ellos no remite –con mayor fuerza- a las relaciones que ahogan ni a la falta de espacios personales; sino que los miedos se dirigen al encontrarse solos.

Quedar solo yo por lo menos, estaba todos los días con los niños y de repente, emm, imagínate ahora vivo acá en un departamento y me pongo a ver tele o me pongo a estudiar o leer cualquier cosa y no sentir que los niños juegan a los “autitos” solo. (Patricio)

Se extraña las presencias, se necesita la permanencia. La imagen del individuo solo les asusta, anhelan volver a la vivencia de lo que significan como lo estructurante: el colectivo, y por ende, la familia.

Pero tengo un gran problema ese es...como un gran problema que yo tengo que a mí me gustaría, a mí no me gusta el hecho de vivir solo y llegar a una casa, vivir en un departamento y ver que no hay vida, fome, mas que fome me duele. Entonces, yo creo que tener una familia, no sé en este minuto si voy a lograr rearmar la familia pero espero no estar toda la vida con este peso. (Pablo)

A mí no me gusta estar solo porque yo vengo de una familia constituida formé una familia y salí de esa familia y no salí para estar solo. La soledad es como, me gusta estar con gente a mí. (Cristóbal)

Desestructurados por el quiebre familiar

El romper la familia, entonces, aparece como la transgresión que les ha provocado una serie de trastornos al quitar la estructura, el soporte, la seguridad desde donde podrían construirse. El peso de la carga simbólica que tiene la familia tradicional en esta cultura, se instala aquí no solo en tanto discurso que portan, sino como una forma de vivir su subjetividad.

La paternidad se coarta, entonces, y fuera de la familia se sienten mutilados en tanto sujetos capaces de construir, vivir y disfrutar una paternidad plena.

el ser padre obvio que es fácil cuando uno tiene las cosas como a su alcance pero en el minuto en que tú tienes que alejarte por la fuerza es complicado, para mí ha sido más difícil y para mí, mi rol de padre era mejor cuando estaba con mi hija y ahora (Pablo)

Pero son cosas que estoy aceptando, porque despierto a veces triste y digo, antes despertaba y lo encontraba y ahora me despierto y no lo encuentro pero son cosas que voy aceptando de a poco y bueno hay días que como despierto más triste y me gustaría decir, me gustaría tenerlo. (Jaime)

Yo siento que les doy hartos amor pero siento como que provoco en ellas algo de tristeza por no estar en los momentos que ellas quisieran. Entonces, creo que no cumplo el 100% de lo que pretendo darles. (Pablo)

Así se construyen como padres en falta, y como sujetos que han fracasado en el mayor de los proyectos. La única alternativa, para recomponer sus subjetividades fracturadas, es volver a la necesaria estructura, destino del que no buscan escapar porque lo requieren y estiman que les es „naturalmente” necesario. No se cuestiona.

Falta, eh... encontrar la persona con la cual desarrollar ese modelo. Eso es, eso es una gran... búsqueda que todavía no termina. O sea, y que no creo tal vez no la encuentre nunca. Cachái? Pero igual sigo.. (Sergio)

El que ha sido casado le cuesta mucho vivir sólo, sobretodo si tiene hijos. Siempre va a tener que tener una pareja, porque con tu pareja es como que llanas espacios. Aparte de que se provocan los sentimientos siempre necesitas a alguien que te quiera, sentirte querido, sentir a alguien que tú llegas a la casa y hay alguien que te va a recibir. Por eso los separados o se van a vivir con los papás o se van a vivir con otra pareja. Pero nunca se van a vivir solos y los que viven solos duran muy poco tiempo, porque el karma ese de la soledad es nocivo (Cristóbal)

Quinto eje: subjetividades emergentes

Luego de revisar las resistencias culturales y personales que detienen las posibilidades de ampliaciones subjetivas; se busca ahora presentar los elementos detectados en los entrevistados, que evidenciarían posibles aperturas que los alejan de los discursos conservadores y sus anclajes, así como formas de subjetivación que se podrían consolidarse como gatillantes de búsquedas que fortalezcan sus subjetividades.

El despliegue de la afectividad

La experiencia de paternidad ha llevado a estos varones a vivencias afectivas nuevas y enriquecedoras. Todos valoran y subrayan lo importante de mantener un vínculo cercano y preferentemente de mucha expresión de afectos.

Así, en este escenario sociocultural donde coexisten múltiples masculinidades y donde surgen nuevas demandas y tensiones para los varones, el ser padre aparece como un desafío, pero también una posibilidad de desarrollo.

Lo primero y más claro es que el ser padre les ha generado un movimiento interior distinto a cualquier otra experiencia y emoción; movimiento que además los ha marcado definitivamente.

absolutamente importante. Ha sido lo más importante que me ha pasado en la vida. Eh... el sentido de trascendencia que ha sido tener un hijo, una hija en mi caso, es... una cosa que... o sea, te cambia absolutamente la vida y la perspectiva, de la vida [...] Es así, como que hay algo que, que... de alguna manera te marca y te, te modifica... todo el entorno. Todo lo que te suceda (Sergio)

Estos hijos tiene ahora el poder de „afectarlos’, de hacerlos sentir más amor, pero también más dolor.

el año pasado estuve el día del papá encerrado en mi pieza llorando, ese día no quería que nadie me hablara, porque no me sentía padre, porque estaba lejos, [...] y típico de todas esas fechas que uno está con los suyos no puedo estar con algo que es parte de mi es súper fuerte y te achacai mucho (Gonzalo)

La potencia de este vínculo cambia lo conocido, lo que implica redimensionar sus propias capacidades de dar y sentir.

pero en término afectivo es como siento lo que puedo dar y sin pedir nada, algo incondicional, yo creo que es amor incondicional el que le tengo, lo más cercano a mi familia pero igual pide condiciones, aunque sean mínimas igual son esas condiciones de dar y recibir, pero es lo más cercano e incondicional que he vivido. (Amaro)

Y este vínculo los motiva a descubrir nuevas facetas y a realizar prácticas lejanas a sus experiencias y saberes masculinos. Con disposición a reformular sus días, para dar espacio a sus hijos.

Yo para mi hijo he sido la mamá y el papá, desde que nació hasta hace un año atrás (Alfredo)

Y bueno, estuve en los dos partos siempre (Andrés)

Entonces he organizado mi vida en ese sentido. Fin de semana por medio y en la semana los voy a ver, si puedo los voy a ver dos veces a la semana a mis hijos, [...]. Cuando salgo del trabajo me voy directamente al colegio, llamo a mi ex y le digo yo voy a buscar a los chiquillos. (Cristóbal)

Así desde los detalles construyen otra cercanía, en una proxemia más propia de lo femenino, que facilita el tocar al otro -al hijo- tocarlo en su piel y en sus sencillas e infantiles preocupaciones. Desde él y sus días, más que desde la verticalidad de una autoridad. Desde una vivencia cercana a la suavidad que consuela, y ya no sólo a la fuerza que construye un muro de protección.

Ahora proyectándome, yo quiero y creo que ser papá y ser amigo, darle la confianza para que ella sea capaz de preguntar, de hablar cualquier cosa conmigo, apoyarla en todas sus decisiones, y asumir, yo creo que algo que es importante es que los niños y todo el mundo puede equivocarse, y yo ser la base y el apoyo si es que ella se equivoca, y estar ahí siempre, y darle otra oportunidad, por ejemplo, si quiere estudiar algo, así cualquier cosa, onda teatro, arte y después no le gusta (Gonzalo)

Llegan acá almorzamos juntos, ella nunca les dice nada, nunca los retamos. Les hacemos vivir otro ambiente y a ellos les encanta esa cuestión. Cuando vienen para acá son felices, se entretienen y después no se quieren ir. (Cristóbal)

yo tengo una disposición súper abierta con mi hija, y mucho cariño, yo creo que eso es lo fundamental, mucho cariño también de ella, y yo lo siento. (Gonzalo)

Por eso se buscan nuevas estrategias para estar, desde sus condiciones de padres no residentes estar cerca y disponible para sus hijos.

y mi relación con él en ese aspecto se ha ido como fortificando más. Él aprendió a leer, escribir y todo el cuento. Está muy vivo, las catcha todas. Me dice, no sé, no como acusando, sino todo lo que le pasas a él. Que está triste, que tiene pena, que está contento. Entonces, en ese aspecto, cachai, lo hice que se aprendiera mi teléfono para que me llamara por cualquier cosa, sino lo dejaban que me dijera si él se quería ir yo lo iba a busca (Alfredo)

Cambian el destino y los modelos por sus hijos

Aparece, entonces, la posibilidad del despegue de este pasado que los ancla y determina; al sentirse convocados por sus hijos ellos buscarán que no vivan sus mismos dolores.

yo creo que en el tema de ser proveedor es casi lo mismo y creo que afectivamente soy mucho más cercano a lo que fue mi papá, (Amaro)

yo como papá con mi hija, mi papá conmigo? Súper distintos. (Raúl)

En este sentido los hijos vendría a ser facilitadores de la expresión de los afectos, de la formación de lazos y de las nuevas experiencias a nivel de las emociones y sentimientos; respondiendo con esto a imágenes de masculinidad nuevas, diferenciándose en este sentido de sus progenitores.

Necesitados de sus hijos

Pero no solo entregan amor a sus hijos, también viven la experiencia de recibir –constantemente- felicidad y alegría; así como también su presencia los ayuda a recomponerse después de momentos difíciles.

Después se ponía a dormir en el pecho, suspiraba y dormía... feliz. Feliz de la vida, hueón. (Raúl)

Y... me di cuenta de que el ejemplo en ella me ayudaba a no estar deprimido, también. Fue como súper sanador, retomar digamos, mi relación con ella después de esas dos semanas de no verla. Sergio

Los hijos nuevamente como el vínculo que les posibilita sentirse capaces de superar las deficiencias que asumen como parte de su biografía y subjetividad.

Vislumbramos, así, demostraciones de una paternidad y masculinidad emergente que tiende a la conquista de un vínculo que permanece y que acoge, desde una construcción delicada y potente, cotidiana y táctil. Cuerpo áspero que va permeando suavidades para poder acoger y dar caricias; cuerpo fuerte y muscular siempre presto a la batalla, que debe ahora tomar y asir delicadamente brazos y manos pequeñas; cuerpo en tensión permanente, en actitud defensiva y

desafiante, donde unos besos y lágrimas infantiles van logrando poco a poco que deponga escudos y parapetos.

Padre puertas afuera

Los padres no residentes nos han mostrado como siguen anclados a roles y estructuras tradicionales; ahora es posible vislumbrar algunas formas de construcción de sus paternidades que aparecen con nuevas tentativas de abrir el marco rígidamente afincado en la cultura.

Así, si bien se escucharon muchas quejas y dolores por no ser el padre que están dentro de la familia; podemos destacar como algunos padres valoran el nuevo escenario en que están ejerciendo su paternidad.

yo me fui de la casa no más, yo no me fui como papá, me fui de presencia me fui como de marido, pero de presencia de padre no me fui ,inclusive yo te puedo decir que yo soy más papá ahora que antes (Cristóbal)

llegar a la casa, de repente estoy dos horas con ellos, pero son dos horas impresionantes, y bueno, hay papás que pueden llegar a la casa todos los días pero no conversan, entonces yo prefiero a lo mejor la inversa, no llegar todos los días pero estar ahí, ¿no ves?. (Patricio)

Por otra parte, la misma situación de tener separados el ejercicio de la paternidad y de la maternidad y tener ellos menos espacio de cotidianidad con los hijos, les permite optar por un estilo menos autoritario y normativo, orientándose más a lo lúdico, en una inequitativa situación paterna.

Las normas las pone ella, ella vive con él. Yo trato de cumplir todo lo que son los hábitos trato de cumplir. (Jaime)

pero el fin de semana cuando están ellos aquí, a mí me gustaría leer, que yo les leyera un cuento y trato de apoyar aunque igual es súper poco lo que hago, o sea, más que nada yo me preocupo de la diversión de los niños, y la mamá se preocupa más de los estudios. (Patricio)

Si bien esta diferenciación no promueve la equidad de género y carga de un duro peso a las mujeres, les permite a los varones sacudirse un poco el peso de la angustiosa adultez llena de normas y deberes, propia de la cultura chilena.

No tan distintos de las mujeres

Estos varones han tenido la experiencia de tener que ser dueños de casa, y estar a cargo –sin mediación de la madre- de sus hijos. Por mismo, reivindican sus competencias en torno a los roles que supuestamente son propios del dominio femenino.

yo no tengo ningún problema, en cocinar. Me encanta. De hecho... me me da mucho placer cocinar y... cocino bien y... lo disfruto, toda la hueá.
(Raúl)

Y si pueden ejercer los mismos roles y realizar las mismas tareas, entonces es lógico sostener la idea que ambos tienen los mismos derechos, y que las mujeres no son más madres que ellos padres (se cuestiona las esencialidades).

El tema de creer que hay cosas que corresponden más a uno que a otro, [...] por el hecho de haber parido siente más derecho, por el hecho de haberla tenido en la barriga siente que tiene más derecho, de lo cual yo estoy en desacuerdo, y que el dolor físico, eso de que “a ustedes no les cuesta”, yo siento en la lejanía que me ha dolido más que antes, mucho más. (Amaro)

Y ellos tampoco difieran tanto en lo afectivo, también necesitan ser ayudados y apoyados por otros; porque tiene dolores y fragilidades como las mujeres. Intento de renuncia de la versión de macho fuerte e invulnerable.

yo reconozco que dentro de este período tenía pilares, personas que eran muy concretas y otras muy abstractas, y los necesitaba para el equilibrio perfecto. Gente que me decía, pero si esto es así y así y otros que me decían pero mira, y me hacían volar de una manera distinta (Jaime)

tratar de demostrar que el tema de los afectos no es propiamente de las mujeres, porque los hombres también lo pasan mal, de que los hombres también lloran, de que los hombres no siempre pueden hacerlo todo y de que no son “súper papás”, eso sobre todo, y que no soy súper papá.
(Amaro)

Optar por el proyecto personal

Se recuperan prácticas y narrativas que van en la vía de proponer y proponerse otras opciones y estilos, que traspasan los muros de los discursos

dominantes, y se instalan dando un respiro a estas agotadas subjetividades masculinas. Desde iniciativas innovadoras, que les permiten vivir mejor sus cotidianidades, hasta lecturas e interpretaciones de sus escenarios, que les aportan claridades y satisfacción; vemos aperturas o al menos, indicios de ellas.

Los varones entrevistados son sujetos que se han separado de sus parejas, quedando fuera del modelo prescrito. Si bien hemos visto el peso y lastre que les trae esto, también encontramos dichos que reivindicán esta elección en pro de sus individualidades. Una victoria –aunque sea pequeña- del individuo por sobre el fantasmático colectivo.

no quiero que me huevee pos, menos ahora, jaja. Entonces por eso, pesqué mis hueás y me fui, si no soy de nadie, yo hago lo que quiero (Patricio)

yo estaba encerrado en lo mío no más, era trabajo casa, trabajo casa, entonces llegó un momento en que yo dije yo tengo que salir a vivir la vida también soy ser humano, soy persona que siente y soy joven y no soy feo tampoco y tengo mi simpatía ¿cómo no le voy a agradar a alguien? Y salí en junio porque en junio fue mi primer quiebre, tuvimos una discusión y me fui de la casa me fui porque ella me celó con una vecina (Cristóbal)

Pero después de tanta lejanía te pones a pensar que es lo que quieres tu en la vida y, si es lo que tienes ahora lo que quieres y quieres para siempre, o no, ¿cachai?, y bueno, mirando de todo me di cuenta de que tenía claro lo que yo quería (Gonzalo)

Y dentro de las ganancias de ser un padre desde fuera, está el que el mismo formato ayuda a que los varones puedan aprovechar sus espacios y tiempos personales.

Y yo la entiendo porque ella está permanentemente después de la pega tiene que llegar a la casa y ver todas las cosas que pasan. Yo lo tengo, los días de semana yo llego acá y no tengo que ir a hacer clases me voy donde un amigo o me junto con la Mónica vamos al cine o hacer alguna otra cosa pero siempre tengo más espacio. (Jaime)

CONCLUSIONES Y DISCUSION

El análisis implica un proceso constructivo donde, en su mismo desarrollo, aparece una producción relevante que dice relación con la emergencia de sentidos y significados que dado su valor heurístico, posibilitan la toma de decisiones y la construcción continua e interpretativa de los resultados y conclusiones. Por lo mismo, aparece pertinente partir visualizando algunos hallazgos que –en tanto explicaciones a la vez que directrices del análisis- fueron apareciendo en el curso del proceso de análisis.

Así, desde la revisión de las entrevistas aparecen indicios que anuncian lecturas de las formas de subjetivación presentes. Es posible observar, que los padres no residentes responden a preguntas que exceden las provocaciones de las entrevistadoras y que dicen relación con sus propias anclas discursivas, así como los imaginarios que llevan consigo. Así, aparece en una primera lectura el cómo ellos se acercan a estos discursos, desde dónde los toman, qué hacen con estas narrativas culturales y cómo las transcriben en la escritura de su trama personal; evidenciando así sus estrategias y articulaciones subjetivas. Por lo mismo, develan las inscripciones discursivas donde los varones instalan sus opciones y márgenes de individualidad.

En esta línea, los modos de circulación de los discursos culturales en torno a la polaridad trabajada desde la construcción del problema del conservadurismo/liberalismo -que se trabajó aquí en su vertiente *colectivismo/individualismo*- aparece transversalmente dentro del material empírico recogido, y por ende también transversaliza el esquema de análisis.

Es posible señalar entonces, que esta misma definición del eje *colectivismo/individualismo* nos entrega la primera y tal vez más básica plataforma de comprensión de los procesos discursivos y subjetivos que se buscaron develar.

Avanzando un poco más, si bien se considera este eje como presente en los distintos niveles de análisis trabajados; se reconocen distintos énfasis y tematizaciones. Se evidencian anclas conservadoras, con las cargas de las

apuestas por lo colectivo. Pero también aparecen resistencias propias de una versión del individualismo que escoge, en sus construcciones, elementos que no facilitan nuevos desarrollos y que se asienta con un sentido de cierre y claustro; ya que convoca a los sujetos a mirarse ellos mismos en cuanto a sus temores, carencia de recursos, limitaciones y determinismos insoslayables. Así también se encuentran rasgos de otra modalidad de individualismo más bien neoliberal y exitista, que se construye desde las claves de éxito/fracaso, que orientan a los entrevistados a leerse no desde las particulares y diversas posibilidades, sino de parámetros externos e importados que se asientan de manera forzada, pero que se asumen a modo de exigencia impuesta desde dentro. Vemos que estos elementos exitistas aparecen en los varones entretejidos precisamente con sus miradas de masculinidad, así desde un modelo hegemónico esta versión del individualismo se refuerza y endurece.

Las aperturas, por su parte, muestran los incipientes esfuerzos individualizantes, en cuanto a los componentes movilizados que facilitan construcciones de subjetividades y vínculos más libres y diversos. Pero también se asume la presencia de narrativas culturales que fortalecen y propician estos desarrollos subjetivos. De todas formas, es posible visualizar que los elementos de mayor potencia refieren a las necesidades de una individuación como proceso de construcción de proyecto personal, así como el valor de la afectividad padre-hijo como constituyente de las subjetividades masculinas.

Aparece aquí el fantasma de normar desde el parámetro noroccidental – como dirían Araujo y Martucelli (2010)- imponiendo parámetros de autonomía a los horizontes latinoamericanos donde se instalan estos varones, con las marcas propias de la historia y cultura de un país que teme a las individuaciones que construyan sujetos fuera de ciertos marcos, pareciendo así desafiar las anclas culturales. Entender al varón chileno implicará entonces añadir algunos elementos culturales y sociohistóricos que facultan o dificultan la reflexividad, autodeterminación y autonomía individual. Una dictadura que quiebra los despliegues de un masculino más diverso, y que hegemoniza la variante del varón

dominante, que solo es tal si triunfa y permanece parapetado tras algún tipo de armadura. Un modelo neoliberal que entra botando a su paso a los más débiles, los que signa como perdedores, destinando a la inseguridad de la hombría no lograda, del varón en precario (Marqués, 1997) que no logra afirmarse en las definiciones inalcanzables que no lograrán alcanzar. Mientras tanto, el mundo se mueve, las mujeres mutan, y los varones van tomando las elecciones posibles en un contexto no tan generoso en oportunidades como incierto y confuso.

Un escenario donde la familia aparece como elemento de cohesión social, diría Tironi (2008), o dador de seguridad e identidad –PNUD, 2002–, este referente se perfilaría como condición cultural que ancla más que individualiza.

Sin embargo, queriendo entender el lugar de la familia con el sentido que le otorga esta cultura, sustentando identidades a momentos fragilizadas, posibilitando espacios de sociabilidades que se minimizan con la alta desconfianza y baja fuerza del lazo social; aun así aparecen señas que permiten la lectura de varones que si bien se sujetan a esta normativa de familia, eligen construir otras formas, manteniendo así referentes que les dificultan construirse desde lo que están habitando, custodiando márgenes de frustraciones que se patentizan en fallas autoafirmativas que los cruzan con dolor.

Volviendo a retomar la categoría de padres no residentes que se construyó al comienzo de este trabajo, aparece necesario ordenar estas reflexiones a fin que logren responder a los objetivos planteados. Así, al leer e interpretar de manera integradora los resultados, es posible diferenciar *tres ejes significantes* que cruzan los distintos *ámbitos de construcción de paternidades* tensionándolos y cargándolos de posibilidades y sentidos. Ejes que se viabilizan como actores con los que los varones conviven y generan encuentros y desencuentros; también constituyen significantes que operan en el marco de una cultura que los porta y a partir de los cuales nuestros sujetos generan subjetivaciones diversas

Como se revisó en los resultados, *las mujeres* aparecen como un significativo que tensiona de distintas formas el vivir esta paternidad. Este eje se cruza tanto desde las relaciones, como desde los discursos que portan vinculados

con el lugar de la mujer hoy. Las mujeres van a ser ese otro recurrente, en presencia o ausencia, en imaginario o en relación, que desde distintas cargas simbólicas va a ir posibilitando posiciones en que se inscriben estas vulnerabilidades.

Sumamos otro eje con fuerte carga cultural en el contexto chileno: *e/ imaginario de familia*. Como ya se indicó en el análisis, los varones aparecen fuertemente mediados por una representación tradicional de familia, así como por una experiencia vivida, que va a ir conformando sentidos delimitadores de estas vulnerabilidades.

Los hijos obviamente se ubican como elementos analíticos indispensables al revisar las paternidades, así parecieran ser la nueva y emergente vinculación que trae nuevas subjetivaciones y que introduce innovaciones en el plano de las masculinidades hegemónicas.

Por otra parte, aparecen dos vivencias que se podrían denominar como sentimientos de culpa, de impotencia y fracaso, que circulan en los dichos de estos varones al referirse a sus paternidades vividas ya no dentro del hogar familiar. Estas claves podrían remitirnos a una mirada psicologista y biográfica que interprete estas emociones como elementos puramente individuales. Sin embargo, es menester asumir que estas vivencias se pueden leer como propiciadas por un entorno social, cultural y epocal. En este sentido, Martuccelli (2007) plantea que hoy existiría un modo de inscripción subjetiva que opera dado los parámetros de las transformaciones socioculturales actuales. En este contexto los individuos son llamado a sentirse constantemente responsables tanto de lo que hacen (lo que él llama responsabilidad) y además de todo lo que les pasa (la responsabilización). En este sentido Martuccelli (2007) agrega que “la responsabilización está en la raíz de una exigencia generalizada de implicación de los individuos en la vida social y en la base de una filosofía que los obliga a interiorizar, bajo la forma de una falta personal, su situación de exclusión o fracaso” (p. 148).

A partir de estas reflexiones, es posible postular que lo que es nombrado o sentido como culpa o fracaso por los varones entrevistados, diría relación con una exigencia social que *sobrerresponsabiliza a los sujetos* en cuanto a sus proyectos vitales cotidianos. Esta responsabilización es leída desde la mirada de supuestas metas y éxitos de marcado corte neoliberal, donde los varones deben erigirse como triunfadores ante la sociedad y héroes para sus hijos. La confusión aumenta cuando los referentes de éxitos –en el caso chileno- parecieran no provenir de propuestas individuales, sino de parámetros sociales acotados y finitos.

Recordemos aquí los planteamientos de Lechner, Valdés y Palacios, quienes de distintas formas agregan elementos a esta lectura que se intenta plantear. Lechner señala que ante el esquivo „nosotros’ colectivo, los chilenos se recluyen en la familia como único colectivo que los ampara y ayuda a situarse como sujetos sociales. A su vez, Palacios y Valdés nos indican que el imaginario de familia en Chile se instala por sobre y en desmedro de las necesidades y opciones personales, por lo que optar por la protección identitaria de la familia, muchas veces conlleva el desplazar las opciones individualizadoras. En este contexto, podemos cruzar la responsabilización de corte culpógeno que hemos tomado de Martuccelli. Así, ante la fragilidad social, las elecciones dejan más solitario en su responsabilización a los individuos, a quienes se les aparece como opciones dicotómicas el elegir proteger la mantención de la familia o procurar un desarrollo de sus inquietudes individuales.

Contando ahora con estas claves de una *responsabilización que culpabiliza* sin dar mayores recursos, de alternativas dicotómicas entre *opciones colectivas-familiares e individuales*, y un marco de *individualización a-social* que tiende a des-subjetivizar al mismo tiempo que naturaliza las relaciones sociales y afectivas, podemos revisar distintos ámbitos de la construcción de paternidades donde a los varones padres no residentes se les cruzarían estas claves y ejes de comprensión.

El peso de lo colectivo: buscando un „nosotros’

Ante la situación de pérdida de referentes globales, del quiebre de los proyectos y aspiraciones sociales y de la desconfianza hacia las instituciones, las

personas se viven aisladas y un sentimiento de desvalimiento asola el país. Considerando que Chile es un país de baja articulación social y bajo sentido de comunidad, con carencia de redes y con poca fuerza de los actores sociales, aparece comprensible el aumento de las sensaciones de soledad.

Pero esta vivencia de aislamiento e incerteza propias de la posmodernidad, se complejiza en un contexto sociocultural con escasas condiciones que propicien que los sujetos puedan construirse en tanto individuos que eligen sus destinos. Las carencias sociales, económicas y culturales pesan en los hombros ciudadanos, los sujetos parten jugando con menos cartas.

En las entrevistas, se sitúa e instala el reclamo y dolor por la soledad y el desvalimiento. Soledad por la carencia de vínculos y afectos que los sustenten como sujetos; y desvalimiento en cuanto se viven en una posición de desventaja. Esta posición de desventaja diría relación con el tener que enfrentar a las mujeres empoderadas; quienes además tienen más derechos sobre sus hijos los que ya no viven con ellos.

Desventaja también, que se instala en su vivencia del *estar afuera*, en una suerte de intemperie social. Aparece la imagen del feudo medieval, donde los individuos que eran expulsados de estas villas debían enfrentar el temido „afuera”; donde lo abierto era temido por lo vasto y desconocido. En este caso, el afuera de la familia se vive también con desconcierto, temor, pero sobretodo con culpa –por haber optado por ese lugar- con los hijos; a los cuales de una u otra forma estos varones consideran que arrastran a este lugar abierto e indómito.

Podemos indicar, entonces, que los varones entrevistados, a pesar de estar ya en otro formato de relación familiar, donde varios de ellos eligieron el separarse y la mayoría considera su situación actual más grata que la anterior; igualmente se sienten culpables y responsables de construir un nuevo contexto vincular con sus hijos, el que no logran –en general- nombrar como familia, y donde se siente igualmente carentes de un colectivo de identidad social. En relación a sus hijos, ellos viven la responsabilización de haberlos dejado sin familia.

Así, estos varones toman como plataforma y destino el estado de situación familiar que portan, en tanto interpretación y lectura personal de sus circunstancias. Aquí se sitúan posiciones de subjetivación que se fundan desde determinismos y esencialismos que –se postula- delimitan de manera feroz y arrasadora las posibilidades que estos hombres se ofertan para armar sus narrativas y ejercer sus prácticas. En esta reflexión, se inserta la categoría ‘determinismo biográfico’, que nos muestra el costal que ellos cargan al significar su historia ya vivida como un elemento inmovilizador y definitorio de su vida y relaciones actuales y futuras.

Quienes se quejan de ausencias paternas, de padres fríos y poco cálidos, interpretan esta biografía como una socialización negativa; donde ellos -dada *la familia que les tocó*- no fueron construidos como varones con recursos afectivos suficientes, que les permitan hoy desarrollar los mejores vínculos afectivos. Así, si bien la mayoría se propone superar esta carencia emocional en pro de sus hijos, se vislumbra un resultado contradictorio en este plano; aunque se congratulan del espacio afectivo que han logrado con sus hijos, a la vez se evalúan en buena parte como *fracasados* por no estar dentro del modelo de familia tradicional.

En este sentido, los varones que denuncian carencias afectivas biográficas, interpretarán su situación paterna actual como una condena por esa carencia, dado que tampoco han logrado darles a sus hijos todo lo debido, por situarlos fuera del modelo familiar. Por su parte, los hombres que sí vivieron una historia familiar cercana y nutricia, reportarán que ellos estarían rompiendo el pacto, ya que no les darían a sus hijos lo que ellos sí tuvieron al contar con un cercano y afectuoso padre dentro del hogar. Dejan fuera así a sus hijos de esta ancla cultural de la familia estable.

Entonces, esta seguridad que se conseguía al estar dentro de una familia, ha desaparecido, a la vez que subsiste la pretensión de recuperarla; incluso disfrazando a veces los nuevos escenarios familiares, a modo de lectura de modelo tradicional. Se rigidiza la búsqueda de lo seguro y queda asociada a este fantasma de familia, que aparece y reaparece al medio de sus construcciones subjetivas. Es por esto que, cuando se intenta resignificar los anhelos de lo seguro

y cierto, los varones no logran desprenderse de este anclaje, y se perpetúan en la condena de un deseo que no se resuelve. Por lo mismo, es posible plantear que ante diversas sensaciones de dolor, temor o fragilidad, reaparecerá la familia como ancla afincada; aunque las necesidades que la convoquen tengan otros destinos y otros objetos que podrían satisfacerlas.

La seguridad no se busca dentro, sino que se supone en lo que rodea y contiene al sujeto. Por lo mismo, falla como varón posmoderno exitoso, ya que tiende a buscar el resguardo de este colectivo, en vez de lanzarse al vértigo de la apertura.

Por otra parte, es posible agregar que el varón podría estar extrañando un sentido de posesión segurizante asignado a la familia. Así, se puede ver a este colectivo como un espacio que ordena e instaura al varón en propiedad. Tal como señalan Olavarría (2001c) y Fuller (2000) los mandatos de la masculinidad hegemónica se configuran en y desde la familia nuclear. Por lo mismo, esta institución social valida al varón como autoridad, otorgándole una serie de derechos y ámbitos de dominio. El hombre, como jefe de la familia, como dueño, como quien la posee. Así, fundado en la figura machista de la posesión del otro, el varón -como sujeto universal- encuentra en la familia tradicional su reino, y se erige allí como rey. Por lo mismo, los varones entrevistados quedarían huérfanos de rol y de autoridad.

La Apertura a la Inclusión de lo Emocional: la paternidad cercana

La bibliografía revisada nos entrega indicios acerca de cómo el mundo afectivo ha ido posicionándose en la vivencia de los varones. Al respecto es posible encontrar posturas de valorización e incorporación de un discurso que no sanciona la expresividad emocional, y reubica como instancia relevante los espacios y relaciones afectivas.

Pero ¿cómo están integrando esta apertura a lo emocional los varones padres separados? La pregunta dirigida al análisis de nuestras entrevistas ofrece varias lecturas. A partir de los resultados, en particular del eje de los afectos, se evidencia que los varones de la muestra –directa o más veladamente- connotan el

mundo emocional como un ámbito muy relevante en sus vidas. Se señala ahora el valor del mundo afectivo y emocional, con lo que podríamos plantear que en este sentido la carga de lo hegemónico parece haber perdido fuerza, el “macho no emocional” ya no es un modelo sólido y deseable para estos varones. Sin embargo, esta inclusión discursiva toma niveles diversos en cuanto a una inserción en la vida diaria, en las relaciones y en su construcción subjetiva.

Esta apertura a los afectos parece cobrar valores y sentidos distintos cuando estos se vive con los hijos, y si es cuestionado en relación a las mujeres.

En este contexto, es posible indicar que la práctica de paternidades más cercanas abre un espacio de experiencias afectivas que los hombres valoran y que generan nuevos sentidos vitales. Los entrevistados evidencian el mundo de emociones y afectos que les ha abierto la relación con sus hijos; donde ellos se sienten comprometidos e intencionan un crianza más cercana, y más ligada al afecto, expresión de cariño, y acompañamiento en cotidianidades.

Así, estos varones al generar espacios exclusivos de paternidad con sus hijos, se han visto convocados a una cercanía que los ha tocado en su emocionar. La sensibilización que les han provocado sus hijos les ha traído una ampliación de su campo de prácticas, expresiones y competencias afectivas, lo que les estaría aportando un nuevo sustrato de posibilidades para una subjetivación ampliada; sin embargo, esto aparece como un indicio más que un logro, ya que en general estas experiencias no logran ser integradas como elementos centrales de sus construcciones subjetivas; por lo mismo no se traspasan estos aprendizajes a otras áreas, como por ejemplo a las relaciones de pareja, o al mundo interno. Quedan así, las ganancias y nuevas experiencias afectivas de la paternidad aparentemente enclaustradas en el único espacio donde se le deja libre, donde fluye con comodidad y mayor seguridad: la relación con los hijos.

Por otra parte, sin restar mérito a esta suerte subjetivación afectiva que los varones tienen con sus hijos, y que es facilitado por el hecho específico de vivir la paternidad fuera del marco de la familia nuclear, también este nuevo recurso sufre y es mermado al cruzarse con las responsabilizaciones culpógenas de estar

precisamente fuera del hogar, y no pudiendo darles a sus hijos el marco de contención colectiva de la familia.

Así, al mismo tiempo que la experiencia de la paternidad no residente les abre la posibilidad de una crianza cercana y del despliegue de su afectividad, esta misma situación –de abrirse a sus sentimientos y necesidades para con los hijos– los enfrenta también a la carencia concreta de no poder tener a sus hijos cotidianamente junto a ellos. Esta fragilización producto de una suerte de dependencia afectiva, al mismo tiempo que les genera un sentimiento de nostalgia y anhelo por compartir más con sus hijos, los devuelve y envuelve en una interpretación negativa de esta vivencia: si extrañan a sus hijos, esto se debe a que ellos no han cumplido con permanecer en el marco familiar. Entonces, esta posibilidad de apertura y subjetivación hacia un fortalecimiento individual, muchas veces es tramitada más bien como sensación de desamparo social.

En este sentido, -en consonancia con lo señalado por Güida et al., (2007)- se añade la falta de un discurso que indique y defina qué implica ser un “buen padre”; ya que lo que se suele encontrar son narrativas que describen y se abocan a la maternidad, sin otorgar un campo simbólico para que los varones construyan y movilicen sentidos desde sus particulares deseos, necesidades y limitaciones. En suma, en un marco de roles de género en revisión, el intentar diversas estrategias identitarias –como apunta Sharim (2005)- no logra resolver este conflicto, y las incongruencias y sinsentidos se imponen.

Surge la pregunta por la paternidad como quiebre, ¿están logrando los varones un mayor despliegue personal y autorrealizante a partir de estas nuevas paternidades que se implementan en diversos contextos relacionales? ¿o es posible ver a los hijos como los rescatistas de los afectos de sus padres?; más aun cuando muchos elementos evidencian que la paternidad cercana otorga a los varones precisamente un espacio no amenazante e incondicional, un escondite seguro, donde les es posible guarecerse ante los otros ámbitos tensionantes. La pregunta que queda es si los hijos aparecen más como guarida ante espacios afectivos que los atemorizan más o el desarrollar estos vínculos con ellos puede

visualizarlos como potenciadores de las individualizaciones ampliadas de sus padres.

Afectos interpelados y cuestionados

La exploración de este nuevo mundo afectivo trae consigo amplios desafíos, la apertura emocional los pone en una situación de exposición, frente a sí mismos y frente a los otros, cruzándose en ocasiones con una sensación y/o aprensión con *las mujeres*: ellas pueden abandonarlos. Fuerte temor cuando ellos ya abrieron su sentir con ellas, temor también a esta experticia que ellos ya han conocido en las mujeres, frente a las cuales se siente muchas veces torpes, manipulados, y en general frágiles. *Las mujeres* se les aparecen en este plano como una clara amenaza.

La posición de cambio y de ampliación de roles de las mujeres hoy en día, es claramente reconocida por los entrevistados. Todos, de una u otra forma, han sentido el efecto en sus vidas de estas posiciones que hoy ocupan las mujeres.

En este sentido, esta posición femenina parece forzar frecuentemente a un reacomodo o reposicionamiento masculino. Considerando la constante relación interactiva y dialógica entre los géneros (De Barbieri, 1992; Fuller, 1997), los varones se ven interpelados por las prácticas de las mujeres, con una cierta dosis de sorpresa, molestia o al menos poca costumbre de tener que lidiar con estas ubicaciones de la mujer.

Por otra parte, llama la atención que muchas veces estas nuevas ubicaciones, roles, comportamientos y prácticas femeninas son significados por los varones -directa o indirectamente- como posiciones de mayor poder. Y si ellos deben reposicionarse a partir de los cambios femeninos, muchas veces estas nuevas ubicaciones los llevan a visualizarse con menos poder. El eje más-poder/menos-poder, desde una visión de asimetría perpetua entre hombres y mujeres, pareciera rigidizar las lecturas que los entrevistados realizan de estas situaciones.

Los entrevistados dejan ver también dolor y desencanto en relación a sus expectativas y deseos con las mujeres. Dolor por sentir que ellas son tan distintas que ellos no saben cómo responder a sus exigencias. Dolor también porque ellas

los han dejado o engañado; en el sentido de haberse instalado en conductas viriles como la infidelidad, la agresión y la opción por el sexo sin amor. Estos lugares, clásicos de la masculinidad hegemónica, son leídos desde el desconcierto, a momentos con sanción moral, pero sobretodo se viven desde la minusvalía en que los dejan postrados. Desencanto por el cansancio de relaciones que les han traído desgaste personal, desencanto ante sus necesidades de amor y de contención materna, expectativa que ellos no se resignan a abandonar.

Y al mirarlas en el ámbito público, aparece menos carga afectiva, mayor distancia, pero igualmente aparece una „políticamente correcta’ desconfianza y crítica hacia el ejercicio del poder por las mujeres. Para algunos varones el poder público estaría marcado casi „ontológicamente’ como masculino; por lo mismo el ligar mujer y poder parece casi una contradicción vital, ya que „ese’ poder pertenece a los varones, porque su estructura misma sería masculina. Y las mujeres, claro está para ellos, deben conservar su lealtad de género y ser femeninas también en el ámbito público.

Se puede ver, en ese vector de análisis, la fuerza estructurante de la esencialización cultural de los géneros, la que –independiente que se comulgue con discursos más abiertos- se instala dentro de las narrativas personalmente asumidas por los entrevistados. El problema para ellos no radica en esta naturalización de la mujer, sino en la constatación del incumplimiento y rebeldía femenina, al alzarse y mostrar nuevas competencias y posiciones que los desinstalan a ellos de sus lugares. En el contexto de la separación, donde los papeles y roles se deben necesariamente redefinir y se alejan de lo prescrito, se funda un escenario más incierto y confuso para los varones. Nuevamente se responsabilizan por no haber salvaguardado el matrimonio y la familia.

El reacomodo no sale fácil, y más bien se percibe una resistencia a la posibilidad de generar autoafirmaciones flexibles, que los ubiquen en nuevos lugares. La individuación queda congelada por esta resistencia, que además de ancla cultural, portaría temores ante la inseguridad que les refiere un terreno desconocido.

El lugar de la masculinidad y paternidad

Desde ahí eres. El ser varón hoy aparece complicado, el definirse y acotarse en términos identitarios también se hace confuso y tensionante. El ancla de identidad de la familia nuclear los instala en una masculinidad de la que es difícil desprenderse, pero que sale muy costosa de defender ante las exigencias posmodernas.

Se les pide que incorporen nuevas competencias, que desarrollen sus sensibilidades y mundo afectivo; sin embargo esto aparece contradictorio con un modelo social y económico que –como señala Boscán (2008)- no valora lo femenino. Así, el lugar de la masculinidad queda en suspenso hacia un cambio que no logra tomar forma. La pregunta “*si no somos esto, ¿entonces qué?*” se hace presente cuando se evidencia que los varones quedan atrapados en no querer ser tan masculinos, pero no saber ni querer ser femeninos; asimismo la debilidad de sus autoafirmaciones individualizantes los deja sin saber cómo inaugurar otros formatos.

Con los hijos se puede. Por otra parte, la sensibilización que les han provocado sus hijos, con la consecuente ampliación de su campo de experiencias, expresiones y competencias afectivas, aporta un nuevo sustrato de posibilidades de una subjetivación ampliada.

En suma, el juego de constitución subjetiva dado por el colectivismo estructurante (lo que marca y está instituido) y un cierto individualismo emergente (posibilidad más instituyente que instituida) propicia dos planos de movimientos, combinaciones y cruces que articulan las construcciones subjetivas paternas y masculinas de estos varones separados en la actualidad.

La necesaria y resbaladiza individualización

Dentro de este análisis intencionamos la mirada a fin de detectar posibilidades de construcciones subjetivas que favorezcan la emergencia de procesos de individualización. En este sentido, aparece una cierta superación discursiva y aparentemente valórica del machismo y de la visión masculina

tradicional, trayendo una apertura a nuevos modelos de masculinidades, donde la inclusión de lo emocional como parte de la vida aparece claramente. Existe una especie de autocrítica positiva, en el sentido que los hombres ya han comenzado a reflexionar y a darse cuenta de la diferencia que hay entre la sociedad actual y la sociedad machista y tradicional.

Por otra parte, en medio del fuerte arraigamiento del colectivismo familiar (Valdés, X. et al, 2006), donde los valores de proyectos personales se ponen en cuestión, aparece en los varones una cierta defensa y deseo por mantener la individualidad y el interés por desarrollarse personalmente, de mantener un yo en medio de la fuerza de nosotros. Es pensable que el espacio de lo laboral logra preservar en parte el lugar y valor del desarrollo únicamente individual; así este tradicional lugar de la masculinidad podría aportarles autoafirmaciones constructivas.

En este sentido, la situación de separación les ha otorgado *más espacio personal* y un mayor y más libre manejo de sus actividades. Esto se vincula con la queja que hacen los varones casados – que registran en sus estudios Valdés et al., 2006 y Hernández y Oyarzún, 2009- al evidenciar su descontento por la falta de espacios privados, y por sentirse constantemente invadidos por la familia. En cambio, en el caso de estos padres no residentes se libera y relaja la cotidianeidad, lo que permitiría la apertura temporal y espacial para que afloren iniciativas autorrealizantes, en pos de la individuación.

En este sentido, podría indicarse que este formato más abierto de familia que se propicia a partir de la llamada crisis de su modelo tradicional, posibilita –al varón- recuperar espacios y grados de libertad. En este sentido, la ruptura del modelo familiar se confabula positivamente con el quiebre de las estructuras modernas; otorgando a estos varones mayores libertades y un aumento del control personal en la construcción de sus cotidianeidades, ahora más enraizadas en sus deseos y no tan solo en sus roles prescritos. En el modelo tradicional, en cambio, confluyen una sumatoria de urgencias (trabajo de ambos, deberes de las casa, colegio de hijos, alimentación, salud, etc.), las que se reúnen en un mismo lugar, densificando así las relaciones. Más aún, si consideramos que –tal como ha

indicado Valdés et al. (2006) y el PNUD (2002)- las mujeres chilenas están viviendo un agobio y ansiedad constante, dados por la multiplicidad de roles que ejercitan a diario; todo lo cual lleva a roces constantes con la pareja, por los estilos y prioridades distintas. Así, se suman en la estructura familiar no sólo las múltiples actividades y obligaciones de la compleja vida posmoderna; sino que además esto se carga y complica con la situación de dos adultos que igualmente portan sus estilos, deseos y prioridades individuales, las que deben tratar de congeniar –u olvidar en buena parte- en pos del bienestar familiar. Así, la dinámica familiar se tensiona con desencuentros constantes, que además se suelen negar para poder reafirmar el supuesto homogeneizante de la meta común: la familia.

En el caso de los entrevistados, se visibiliza esta apertura dada por las nuevas formas de cotidianidad -más orientadas ahora desde sus opciones personales-, que se funda en la menor complejidad que implica el hecho de no vivir constantemente con los hijos ni la pareja. Sin embargo, esta apertura no es valorada ni vivida por todos los entrevistados como un emergente de logro y satisfacción personal; sino que escasamente esta conquista se consolida como parte de sus fortalezas, y se quedan más en la queja autocompasiva. Los varones, entonces, se sitúan en la escucha del mandato social que presiona e impone la priorización de la familia, instalándose en el lugar -a veces un poco forzado- de la culpa.

Retomando las trazas reseñadas en torno al contexto cultural chileno, y las circunstancias particulares que problematizan la subjetivaciones de los entrevistados, en tanto varones y padres, es posible indicar que el análisis realizado permite leer que el lugar de ser padres separados les otorga una oportunidad y una condena social a la vez. Oportunidad de desdibujar roles y delimitaciones normativas familiares, para construir desde sus afectos nuevos espacios de encuentro con sus hijos. Pero, estas aperturas se ven mermadas al sentir el peso de estar fuera del colectivo que posibilita un nosotros precario pero eficiente, que ejerce un efecto de castigo en forma de culpa y fracaso personal. Esta vivencia, fortalecida por la dinámica de responsabilización, parecieran

dificultar el que los ensayos de nuevas prácticas afectivas paternas y de construcción de masculinidad más abiertas se consoliden como alternativas claras y la individualización aparece difusa, dispersa, en una emergencia atrofiada.

Reflexiones finales

Aparece difícil concluir y cerrar un trabajo de investigación que, como suele suceder abrió más preguntas de las que respondió.

Igualmente, esta investigación al ser parte de un estudio mayor, constituye un primer eslabón en una cadena de preguntas y respuestas que se irán retejiendo con la apuesta de ir abriendo caminos divergentes de comprensión.

Se asumen las limitaciones que conlleva un trabajo analítico que, en el ejercicio de reducir el material para poder entregarlo en versión comprensible y dialogable, provoca una merma en la riqueza de los discursos recogidos. Esto en parte porque no se hace posible incluirlo todo, así como porque las categorías explicativas, por más intento de trabajarlas de manera holística e integradora, tienden a simplificar la mirada y acercamiento a un problema; se deja afuera así muchas aristas y contextualizaciones diversas que son parte de la misma construcción que se quiere mostrar. Asimismo, si bien como válida decisión de la investigadora se ha elegido para este estudio una mirada de sentido y valor, a momentos los textos construidos parecieran forzar –más allá de la propia intencionalidad- un excesivo adoctrinamiento en pro de una determinada versión de sujeto y, en este caso, de varón.

En el camino apareció la preocupación que al aplicar un modelo europeo que plantea cambios culturales reconocibles, se perdiera el marco de la mirada regional y nacional que profundiza y entrega valor a propuestas que, si no se matizan, adquieren valor de norma externa autoimpuesta. Ni mirarnos en déficit ni evaluarnos con parámetros externos, son recomendaciones que Araujo (2011) nos recuerda, precisamente al realizar un análisis desde el feminismo y sus aportes a

las ciencias sociales de la región. Por lo mismo, se intentó incrustar las vertientes locales en la matriz teórica mayor.

Podría parecer que la investigación queda en deuda con un enfoque más centrado en las paternidades mismas, sin embargo la opción siempre estuvo dirigida a estudiar las subjetivaciones de estos varones, buscando develar las articulaciones realizadas con las claves culturales en que están inmersos. Así, el que fueran padres y ubicados fuera del marco de la familia nuclear se eligió no para revisar prácticas paternas, sino para indagar acerca de esta posición que deja fuera a los varones de un lugar que se apostaba como fuerte y marcador. *Padres puertas afueras* como ejemplo, uno más, de los lugares sociales que no se someten –por más intentos que se hagan- totalmente a la normativización hegemónica de los modelos fijos y prescritos de vínculos y roles sociales.

Así, la presente investigación se inserta en una pregunta mayor por los sujetos que buscan caminos diversos para construirse en tanto tales, para procurarse relaciones, y ubicarse en un lugar. Al decir buscan no se apunta a una suerte de decisión voluntaria que orienta programáticamente a los individuos; más bien las más de las veces son caminos que se han ido trazando ni tan reflexivamente, sino dentro de las intuiciones, deseos, faltas, y posibilidades que caracterizan a los individuos hoy; a quienes no se les da el camino fácil, ni por opciones ni por decisiones sencillas y abiertas. De fondo está una preocupación en cuanto a que nuestras culturas y sociedades latinoamericanas sean capaces de acoger sin forzar las subjetivaciones diversas y dispersas que emergen producto de estas transformaciones que nos circundan, y de los deseos que siempre pulsan.

1. Abarca, H. (2000). Discontinuidades en el modelo hegemónico de masculinidad. En M. Gogna (comp.) *Feminidades y masculinidades: Estudios sobre salud reproductiva y sexualidad en Argentina, Chile y Colombia*. (pp. 193-244) Buenos Aires: CEDES
2. Aguayo, F. (2008) *Fronteras del discurso masculino en un Chile globalizado. Reflexiones en torno al discurso de hombres profesionales, con pareja y con hijos*. Ponencia presentada en 5º Encuentro de Estudios de Masculinidad/es. "Masculinidad/es y Globalización. Vida Privada - Familia y Sexualidad/Es - y Trabajo". CEDEM - Género y Equidad y la Red de Masculinidad/es, Santiago de Chile.
3. Alatorre J. y Luna R. (2000) Significados y prácticas de la paternidad en la ciudad de México. En N. Fuller (ed). *Paternidades en América Latina* (pp. 241 a 271). Lima: Fondo Editorial.
4. Alméras, D. (2000) Proceso de cambio en la visión masculina de las responsabilidades familiares. En: J. Olavarría y R. Parrini (eds) *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*. Santiago de Chile: FLACSO – UAHC.
5. Araujo, K. (2009a) *Habitar lo social*, Santiago, LOM Ediciones
6. Araujo, K. (2009b) *Dignos de su arte*. Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert.
7. Araujo, K. (2011) Individuo y Ciencias Sociales en América Latina: fidelidades normativas y traiciones sociológicas. El caso de los estudios de género y feministas. En G. Molina y G. Echeverría. *Subjetividades, estructuras y procesos. Pensar las Ciencias Sociales*. En prensa.
8. Araujo, K. y Martuccelli, D. (2010) La individuación y el trabajo de los individuos, en *Educação e Pesquisa*, vol.36, pp.77-91.
9. Araujo, K. y Roger, F. (2000). El Hombre: ¿Existe?. En J. Olavarría y R. Parrini (comp.) *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*. Santiago de Chile: FLACSO- Chile/UAHC/Red de masculinidades.

10. Badinter, E. (1993) *XY La identidad masculina*. Madrid: Alianza Editorial.
11. Barker, B. y Verani, F. (2008) *La Participación del Hombre como Padre en la Región de Latinoamérica y el Caribe: una revisión de literatura crítica con consideraciones para políticas*. Brasil: Promundo y Save Children
12. Bauman, Z. (2001). *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid: Akal.
13. Bauman, Z. (2005a) *Amor Líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
14. Bauman, Z. (2005b). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
15. Beck, U. (1998) *La sociedad del riesgo mundial. En busca de la seguridad perdida*. Barcelona: Paidós.
16. Beck-Gernsheim, E. (2003) *La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia*. Barcelona: Paidós.
17. Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2001) *El normal caos del amor. Las nuevas formas de relación amorosa*. Barcelona: Paidós.
18. Boscán, A. (2008) Las nuevas masculinidades positivas. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 13, 41, 93-103
19. Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas sobre la teoría de la acción*. Madrid: Anagrama.
20. Braidotti, R. (2000). *Sujetos nómades*. Buenos Aires: Paidós.
21. Burin, M., Meler, I. (2000). *Varones, género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
22. Burin, M. y Meler, I. (2001). *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la sexualidad*. Buenos Aires: Paidós.
23. Bustelo, E. (2007) *El recreo de la infancia*. Buenos Aires: Siglo XXI.

24. Butler, J. (2002). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México D.F.: Paidós.
25. Butler, J. (2009) Performatividad, precariedad y políticas sexuales. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 4, 3, septiembre-diciembre, pp. 321-336. Consultado el 20 de mayo del 2011. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=62312914003>
26. Connell, R. W. (1997) La organización social de la masculinidad. En T. Valdés y J. Olavarría (ed.) *Masculinidad/es poder y crisis*. Santiago de Chile: Ediciones de las mujeres.
27. Connell, R.W. (2003) *Masculinidades*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
28. Corsi, J. (1995). *Violencia masculina en la pareja: una aproximación al diagnóstico y modelos de intervención*. Buenos Aires: Paidós.
29. Cruz Sierra, S. (2006) Cuerpo, masculinidad y jóvenes. Voces y contextos. Primavera, núm. I, año I. Consultado en agosto del 2009. Extraído de: <http://www.uia.mx/actividades/publicaciones/iberoforum/1/pdf/cruz.pdf>
30. D'Agostini, F. (2000) *Analíticos y continentales. Guía de la filosofía de los últimos treinta años*. Madrid: Cátedra.
31. De Barbieri, T. (1992). Sobre la categoría de género. Una introducción teórico metodológica. *Fin de siglo. Género civilizatorio*, Ediciones de las mujeres N° 17. Santiago de Chile: Isis internacional.
32. De Barbieri, T. (1996) Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género. En: Guzmán, L. Y G. Pacheco (comp). *Estudios básicos de Derechos Humanos IV*. Costa Rica IIDH: Comisión de la Unión Europea, (pp.111 128).
33. De Keijzer (2000) Paternidades y transición de género. En N. Fuller (Ed). *Paternidades en América Latina* (pp. 215 a 236). Lima: Fondo Editorial.
34. Delmás, E. y Gómez, V. (2009) *El malestar emocional desde la perspectiva de la masculinidad*. Tesis de Licenciatura en Psicología. Universidad Central de Chile

35. Delsing, R (1995) La familia: el poder del discurso. *Proposiciones. Aproximaciones a la familia*. 26. Santiago de Chile: SUR ediciones.
36. Di Marco, G., Faur, E., y Méndez S. (2005). *Democratización de las familias*. Buenos Aires: UNICEF
37. Donoso, C. (2002) ¿Eros sentimental? Explorando los desafíos de la sexualidad masculina.; En J. Olavarría y E. Moletto (ed) *Hombres: Identidad/es y Sexualidad/es. III Encuentro de Estudios de Masculinidades*. Santiago de Chile: FLACSO.
38. Donoso, F. y Moreno, C. (2009) *Vulnerabilidad Masculina en Jóvenes de Sectores Populares: un Análisis desde la Perspectiva de Género*. Tesis de Licenciatura en Psicología. Universidad Central de Chile.
39. Fachel, O. (2000) Impases de la paternidad: la reproducción desde la perspectiva masculina. En N. Fuller (Ed). *Paternidades en América Latina* (pp. 309 a 328). Lima: Fondo Editorial.
40. Fried Schnitman, D. (2005) *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
41. Fuller, N. (1997). *Identidades masculinas, varones de clase media en el Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
42. Fuller, N. (1998). La constitución social de la identidad de Género entre Varones urbanos del Perú. En: T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO/UNFPA.
43. Fuller, N (2000). Significados y Prácticas de la paternidad entre varones urbanos del Perú. En: N. Fuller (ed) *Paternidades en América Latina*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
44. García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México D.F.: Grijalbo.
45. García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos*. México D.F.: Grijalbo
46. Garretón, M.A.; Martín-Barbero, J.; Cavarozzi, M.; García Canclini, N.; Ruiz-Giménez. G. y Stavenhagen, R. (2003) *El Espacio Cultural Latinoamericano*.

Bases para una política cultural de integración. Bogotá: FCE y Convenio Andrés Bello.

47. Giannini, H. (1995) *La reflexión cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia.* Santiago de Chile: Ed. Universitaria.
48. Giddens, A. (1992) *La transformación de la Intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas,* Cátedra. Madrid.
49. Giddens, A. (1997) *Modernidad e Identidad del Yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea.* Barcelona: Ed. Península.
50. Gilmore, D. (1994) *Hacerse Hombre: Concepciones culturales de la masculinidad.* Barcelona: Paidós.
51. Gomáriz, E. (1992) *Los Estudios de género y sus Fuentes Epistemológicas.* Isis Internacional. Chile: Ediciones de la mujer, N° 17.
52. Goolishian, H.A. y Anderson, H. (2005). *Narrativa y sí mismo: algunos dilemmas posmodernos de la psicoterapia.* En D. Fried Schnitman (ed.). *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad.* Buenos Aires: Paidós.
53. Grau, O. (1995). *Familia: un grito de fin de siglo. Aproximaciones a la familia* *Proposiciones, 26.* Chile: SUR ediciones.
54. Güell, P. (2009) *Chile: hacer creíble una promesa del futuro.* Boletín de la Revista Latinoamericana de Desarrollo Humano. Consultado el 15 de junio de 2009. Disponible en: <http://www.revistadesarrollohumano.org/descarga.php?archivo=t138.pdf>
55. Güida, C.; Martínez, I.; Salles, G. y Scarlatta, L. (2007) *De paternidades y exclusiones. El lugar de los varones en sectores de pobreza extrema.* Montevideo: Naciones Unidas
56. Gysling, J. y Benavente, C. (1996) *Trabajo, Sexualidad y Poder. Mujeres de Santiago.* Santiago de Chile: FLACSO/Chile.
57. Hardt, M. y Negri, M. (2002) *Imperios.* Buenos Aires, Paidós.
58. Hernández, O. (2008). *Padres en la mira. Ejerciendo y regulando la paternidad en Tamaulipas.* *Revista La Manzana, III, 4.* Consultado el 13 de junio de 2009.

Disponible

en:

<http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx/num4/index.htm>

59. Hernández, D. y Oyarzún, D. (2009) *Masculinidad: tensiones emocionales en las relaciones de parejas desde la perspectiva masculina*. Tesis de Licenciatura en Psicología. Universidad Central de Chile.
60. Ibáñez, J. (1992) *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*. Madrid: Ed. Siglo XXI
61. Ibáñez, T. (1996) *Psicología social construccionista: Textos Recientes*. Series en Fin Del Milenio. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
62. Iñiguez, L. (2006) *Análisis de Discurso*. Barcelona: UOC.
65. Jiménez Guzmán, L. (2008) Reflexiones acerca de la Paternidad. *Revista La Manzana, III*, 4. Consultado el 30 de mayo de 2009. Disponible en: <http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx/num4/index.htm>
66. Kaufman, M. (1997) Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En T. Valdés y J. Olavarria. *Masculinidad/es, poder y crisis* (pp.49-62). Santiago de Chile: Isis Internacional.
67. Kimmel, M. (1997) *¿Una nueva Masculinidad en Chile?* Santiago de Chile: Centro de estudio para el Desarrollo.
68. Lamas, M. (1996) *El Género: La Construcción Cultural de la Diferencia Sexual*. México D.F.: Miguel Angel Porrúa.
69. Lash, S. (1997). *Sociología del posmodernismo*. Buenos Aires; Amorrortu.
70. Lechner, N. (2005) *¿Cómo Reconstruimos un Nosotros?* *Boletín de la Revista Latinoamericana de Desarrollo Humano*. Consultado el 15 de junio de 1009. Disponible en: http://www.revistadesarrollohumano.org/boletin/nov_2005/01_nonbert.pdf
73. León, M. (1995). La familia nuclear: origen de las identidades hegemónicas de las identidades femeninas y masculinas. En L. Arango et al. (comps.) *Género e identidad. Ensayo sobre lo femenino y lo masculino* (pp. 169-191). Bogotá: T M Editores, Ediciones Uniandes.

74. Lyotard, J. F. (2000) *La condición postmoderna. Series en Teorema. Serie mayor*. Madrid: Cátedra,
75. Lipovetsky, G. (2000). *La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona Anagrama.
76. Lipovetsky, G. (2003). *Metamorfosis de la cultura liberal*. Barcelona: Ed. Anagrama.
77. Marqués, J. (1997) Varón y patriarcado. En Valdés, T; Olavarría, J. (1997) *Masculinidad/es, poder y crisis* (pp.17-30). Santiago Chile: Isis Internacional.
78. Maturana, H. y Varela, F. (2002). *El árbol del conocimiento*. Santiago de Chile: Ed. Universitaria.
79. Martuccelli, D. (2007) *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*. Santiago de Chile: LOM
80. Montecino, S. (1996) *Madres y Huachos. Alegorías del Mestizaje Chileno*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
81. Moulian, T. (1997) *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago de Chile: Lom ediciones y Arcis Universidad.
82. Navarro, J. (2007) *Identidad masculina en jóvenes de 18 a 22 años de edad, en relación a los modelos de la familia de origen*. Tesis de Licenciatura en Psicología. Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
83. Olavarría, J. (2000a) *Masculinidad/es: identidad, sexualidad y familia: Primer encuentro de estudios de masculinidad*. Santiago: FLACSO- Chile.
84. Olavarría, J. (2000b) Invisibilidad y poder de los hombres. Varones en Santiago de Chile". En: Viveros, M. Fuller, N y Olavarría, J. *Identidades masculinas, investigaciones desde América Latina*. Bogotá: Editorial Malpensante.
85. Olavarría, J. (2000c) Ser padre en Santiago de Chile. En N. Fuller (Ed). *Paternidades en América Latina* (pp. 129 a 172). Perú: Fondo editorial.

86. Olavarría, J. (2001a), La reproducción: los padres populares en la crianza y las actividades domésticas. En J. Olavarría *Hombres a la deriva. Poder, trabajo y sexo*. (pp 89–108) Santiago de Chile: FLACSO.
87. Olavarría, J. (2001b) Hombres e identidades: crisis y globalización. En J. Olavarría (ed) *Hombres: Identidad/es y violencia*. p. 13-35 Santiago: FLACSO-Chile.
88. Olavarría, J (2001c) *Y todos querían ser (buenos) padres*. Santiago: FLACSO-Chile.
89. Olavarría (2005) ¿Dónde está el nuevo padre? Trabajo doméstico: de la retórica a la práctica. *Familia y Vida privada*. Santiago de Chile: FLACSO.
90. Olavarría (noviembre 2007) Distribución del trabajo en las familias y las (nuevas) masculinidades. *Seminario Futuro de las familias y desafíos para las políticas públicas*, Santiago de Chile: CEPAL.
91. Olavarría, J. (2008) Globalización, género y masculinidades. Las corporaciones transnacionales y la producción de productores. *Nueva sociedad*, 218, noviembre-diciembre. Consultado el 20 de julio del 2009. Disponible en <http://www.redmasculinidades.com/resource/images/BookCatalog/Doc/00077.pdf>
92. Olavarría, J., Benavente, C. y Mellado, P. (1998) *Masculinidades Populares. Varones adultos jóvenes de Santiago*. Santiago de Chile: FLACSO.
93. Olavarría, J. y Parrini, R. (1999). *Los padres adolescentes / jóvenes*. Santiago de Chile: FLACSO.
94. Oyarzún, K. (2002) Sexualidad y cultura: identidades disidentes. En R. Aceituno (ed.). *Identidades*. Santiago de Chile: UDP.
95. Palacios, M. (2006) La subjetividad y los límites del liberalismo en Chile. En X, Valdés, C. Castelain-Meuner y M. Palacios (comp.) *Puertas Adentro. Femenino y masculino en la familia contemporánea*. (pp. 105-127). Santiago de Chile: LOM y CEDEM.
96. Parrini, R., (2000) *Apuntes acerca de los estudios de masculinidad. de la hegemonía a la pluralidad*; Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales;

FLACSO; Santiago, Chile; visitado el 12 de Julio en:
<http://www.eurosur.org/FLACSO/apuntesmasc.htm>

97. Paz, O. (1994) *El Laberinto de la soledad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
98. Pérez, F (1997) Género y diferencia sexual. El decir feminista” En: *Psicoterapia y Género*. Santiago de Chile: Ediciones La Morada.
99. Perrot, M y Martin-Fugier, A. (2001) Los Actores. En Ariés, P y Duby, G (Directores). *La historia de la Vida Privada. Tomo 4: De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Taurus.
100. Pleck, J. (1981). *The myth of Masculinity*. Massachusetts: The MIT press.
101. Preciado, B. (2004) *Multitudes queer. Notas para una política de los "anormales"*. Consultado el 15 de agosto de 2005. Disponible en : http://multitudes.samizdat.net/article.php3?id_article=1465
102. Prera, A. (1999) Integración Latinoamericana: La Solidaridad de Futuro. En M.A. Garretón (coord.) *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado* (pp. 140-154). Bogotá: Convenio Andrés Bello.
103. Pizarro, R. y Vásquez, A. (2007) *Miradas de padres sobre paternidad: Construcciones psicosociales de crianza y afectos en padres*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Psicología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
104. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2000) Informe: Desarrollo humano en Chile 2000: Más sociedad para gobernar. Santiago de Chile: PNUD.
105. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2002). *Desarrollo humano en Chile, nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago de Chile: PNUD.
106. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2009). *La manera de hacer las cosas*. Santiago de Chile: PNUD.
107. Richard, N. (1996) Latinoamérica y la Posmodernidad. *Escritos, Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, 13-14, 271-280.

108. Romero, S. (2007) *Elementos que facilitan o dificultan el “paternaje” desde la perspectiva del hombre con hijos en edad escolar de nivel socioeconómico bajo*. Tesis Magíster en Psicología Clínica. Universidad Diego Portales.
109. Rorty, R. (1991) *Objetividad, relativismo y verdad*. Barcelona: Paidós.
110. Roudinesco, Elisabeth. *La familia en desorden*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003.
111. Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: Notas sobre la “economía política” del sexo. En M. Lamas (comp). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México D. F.: Grupo editorial Miguel Ángel Porrúa.
112. Sadler, M. (2004) *Los hombres también se emocionan*. Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios de Género y Cultura, Universidad de Chile.
113. Salazar, G y Pinto, J. (2002). *Historia Contemporánea de Chile IV. Hombría y Femenidad*. Santiago de Chile: LOM.
114. Salguero, A. y Pérez, G. (2008). La paternidad en los varones: Una búsqueda de identidad en un terreno desconocido. Algunos dilemas, conflictos y tensiones. *Revista La Manzana*, III, 4. Consultado el 5 de julio del 2009. Disponible en: <http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx/num4/index.htm>
115. Sarlo, B. (1996) *Escenas de la vida posmoderna*. Buenos Aires: Ariel.
116. Schneewind, K. (1995). Familienentwicklung. En R. Oerter y L. Montad. *Entwicklungspsychologie*. Psychologie Verlags Union, Weinheim. Deutschland.
117. Seidler, V. (2006) *Masculinidades, culturas globales y vidas íntimas*. Barcelo: Montesinos.
118. Silverstein, L. and Auerbach, C. (june, 1999) Deconstructing the essential father. *American Psychologist*, 54, 6. 540-561
119. Sinay, S. (2006). *La masculinidad tóxica*. Buenos Aires: Ediciones B.

120. Sloan T. y Reyes R., (1995), *La Desconstrucción Masculina*. Edualter, Unidad Didáctica sobre Masculinidad. Consultado el 7 de Julio. Disponible en : <http://www.edualter.org/material/masculinitat/desconstrucci%F3n.htm>
121. Solano, D. (2008); *Factores de la Historia Personal, Familiar y Vínculos que Contribuyen en la Génesis de la Idea Suicida de Hombres Adultos del Valle Central de Costa Rica*. San José: Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.
122. Tena, O. y Jiménez, P. (2005) *Rescate de la imagen del padre ante el incumplimiento de la función de proveedor* [CD ROM] Ponencia presentada a II Coloquio internacional de estudios sobre varones y masculinidades. Guadalajara. Universidad de Guadalajara
123. Tironi, E. (2008). *La cohesión social Latinoamericana*. Santiago: Uqbar.
124. Valdés, X., Caro, P., Saavedra, R., Godoy, C. G., Rioja, T. y Raymond, E. (2006) ¿Modelos familiares emergentes o fractura del modelo tradicional?. En X, Valdés, C. Castelain-Meuner y M. Palacios (comp.) *Puertas Adentro. Femenino y masculino en la familia contemporánea*. (pp. 11-103). Santiago de Chile: LOM y CEDEM.
125. Valdés, T. y Olavarría, J. (1997) *Masculinidad/es Poder y Crisis*. Santiago: Ediciones de las mujeres N° 24.
126. Valdés, X. Caro, P y Peña, D (2001) Las visitadoras sociales católicas. *Revista de la Academia*, 6. Santiago de Chile: Ediciones Academia.
127. Viveros, M. (1998): Quebradores y cumplidores. Biografías diversas de la masculinidad. En T. Valdés y J. Olavarría (editores): *Masculinidades y Equidad de Género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO-Chile.
128. Viveros, M. (2000) Paternidades y masculinidades en el contexto colombiano contemporáneo, perspectivas teóricas y analíticas. En N. Fuller (Ed). *Paternidades en América Latina* (pp. 91 a 127). Perú: Fondo editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
129. Viveros, M. (2005) *Teorías feministas y estudios sobre varones y masculinidades*. [CD ROM] Ponencia presentada a II Coloquio internacional

DISEÑO METODOLÓGICO

Marco general del diseño

Para definir el diseño metodológico de una investigación, se hace necesario considerar –como centro y guía- el problema a estudiar. Problema construido y que no representa un planteamiento cerrado, sino más bien se entiende como proceso dentro del cual se sigue el curso de las ideas producidas en relación al objeto de estudio; por lo mismo el problema de investigación constituye un elemento central en la misma producción de las ideas y sentidos, pero a la vez va mutando en el curso de esta misma producción. (González Rey, 2000b)

“Tanto la ciencia como la cultura son procesos constructores de y contruidos por procesos sociales” (Fried Schnitman, 2005, p.17).

El presente estudio se inscribe dentro de un diseño que opta por el uso de dispositivos metodológicos cualitativos, es decir que en su acercamiento a la información recogida desde los sujetos busca trabajar con sus palabras y lo dicho, intentando develar, de-construir e interpretar significados y sentidos que digan relación con la pregunta de investigación.

La investigación cualitativa, entonces, plantea el carácter constructivo-interpretativo del conocimiento, el papel de lo singular en este proceso y el carácter interactivo de la producción de conocimiento. En esta línea, se busca provocar un espacio de escucha, desde la instancia investigadora, que posibilite la manifestación del habla de la instancia investigada. Así se trabaja por la emergencia del orden de sentido, como estructura de significación articulada desde la perspectiva construida para la investigación. (Canales, 2006; González Rey, 2000b)

Así, se considera la investigación como un proceso que es orientado por las necesidades de la producción teórica; desde allí lo empírico es también un

momento del desarrollo teórico; en la búsqueda de las nuevas ideas, proceso donde marco teórico y realidad se integran y contradicen de formas diversas en el curso de la producción teórica. (González Rey, 2000b)

Por otra parte, siguiendo a Krause, esta investigación cualitativa sería del tipo analítico-relacional, ya que si bien busca generar descripciones, éstas serían solo la base para la construcción de modelos interpretativos más integrativos y complejos. (Mella, 2003; Krause, Cornejo y Radovic, 1998).

Finalmente, desde la comprensión del “diseño” como el proceso reflexivo y activo de toma de decisiones a lo largo de toda la investigación y sobre todas sus fases o pasos -desde que nos acercamos a la pregunta hasta que finalizamos las conclusiones-; podemos señalar que el diseño de esta investigación es emergente, ya que se ha ido construyendo con apertura, y se han ido eligiendo los datos, las bibliografías y las categorías con las que se trabaja, de manera flexible, siempre en función de las preguntas que nos convocan. Sin embargo, un diseño – aunque sea emergente- también requiere ser planificado, por lo que se ha trabajado con un patrón lógico que guió el proceso, de tal modo de vincular cada nivel para justificar adecuadamente las decisiones. (Valles, 1996)

Definición del campo de observación

La población de la que nos preguntamos se orienta a varones heterosexuales adultos⁸ que tienen al menos hijo, pertenecientes a la Región Metropolitana de Chile. Estos hombres además se caracterizan por ser padres no residentes, es decir, no viven en la actualidad con sus hijos. Esta condición de ‘padre separado’ aparece como central en la discusión de la construcción de paternidad –como ya se discutió anteriormente- por lo que es un eje determinante en la definición de nuestros sujetos o universo.

⁸ La categoría adulto se entenderá incluyendo lo que se ha llamado adultez joven y adultez media, quedando excluida la tercera edad o adultez mayor. Por tanto, dentro de este marco etáreo es posible hablar de varones mayores de 25 y menores de 60 años.

La muestra, en una investigación cualitativa de la subjetividad social, se entiende no como un conjunto de sujetos, sino como sujetos organizados en sistemas de relación, donde el sistema deviene un elemento de información tan importante como el sujeto. Por lo mismo, el número de sujetos a estudiar para llegar a una generalización dependerá de las necesidades del investigador y no de un criterio a priori definido en términos poblacionales; incluso la información procedente de un número pequeño de casos puede representar el elemento necesario para que un investigador genere una idea o reflexión de alto potencial generalizador. (González Rey, 2000a)

Para definir una muestra se hace necesaria una comprensión de la subjetividad social de la población estudiada, para sustentar las decisiones sobre las personas a seleccionar. En esta perspectiva, se optó por un procedimiento de selección muestral de sujetos-tipo, elección basada en criterios, donde el investigador determina por adelantado un conjunto de atributos –perfil- que deben poseer las unidades de estudio (Goetz y LeCompte, 1988).

Como ya se señaló, la muestra de esta investigación forma parte de una macroinvestigación, donde confluyeron 50 entrevistas realizadas a varones chilenos. Para esta investigación, considerando la pregunta que nos aboca, se trabajó con los sujetos que cumplieran con el perfil de ser padres y ya no vivir junto con sus hijos. En congruencia con el problema planteado, se buscó conformar un grupo de sujetos muestrales que pudieran aportar respuestas para las preguntas construidas en la formulación del problema.

Para esto se tomaron 7 entrevistas⁹ realizadas a varones adultos jóvenes, y 3 entrevistas¹⁰ aplicadas a varones adultos medios. Se eligieron buscando construir un perfil de sujetos-tipo que cumpliera con criterios de homogeneidad y heterogeneidad que pudieran dar riqueza y diversidad al análisis, buscando posiciones subjetivas y socioculturales diferentes.

En sentido, se las características del perfil que comparten homogéneamente todos los sujetos son:

⁹ Estas entrevistas fueron realizadas por otras entrevistadoras para una tesis de pregrado, pero fueron supervisadas por la investigadora.

¹⁰ Estas 3 entrevistas fueron realizadas para un estudio de profundización que desarrolló esta investigadora.

- varones adultos, con al menos un hijo, y que no vivan con ellos (características más bien de la población ya definida)
- heterosexuales (a fin que sus posiciones y tensiones de género fueran semejantes),
- que estuvieran separados hace al menos 2 años (para que tuvieran ya una experiencia asentada de paternidad no residente),
- que tuvieran estudios superiores -técnicos o universitarios- (lo que los sitúa en un nivel socioeconómico medio y medio alto).

Es importante argumentar un poco más la decisión de la inscripción socioeconómica, y por ende sociocultural, que caracteriza a los sujetos de esta muestra. Se optó por definir un espacio sociocultural semejante, ya que existen elementos que nos llevan a discutir diferencialmente acerca de cómo se están situando los varones en tanto masculinidad y en tanto paternidad de acuerdo al tramo social en que están ubicados; así también se considera que el peso y modo de circulación de los discursos sociales difiere en los distintos estratos sociales. Por estas razones, se ha optado por trabajar con una muestra de varones nivel socioeconómico medio y medio alto, quienes tienen enclaves culturales en común, los que hacen más densa y cercana su carga discursiva compartida.

Estos criterios de homogeneidad los ubican a los sujetos estudiados como parte de una estructura social, y por el habla un sujeto queda situado en una red de relaciones con otros, y su hablar representa al sujeto situado por esas relaciones. (Canales y Peinado, 1994)

Por otra parte, se pudieron identificar distintos tipos sociales que representarían diferentes discursos, o al menos variantes discursivas al interior de un grupo social. Así, a través de esta heterogeneización de la muestra se buscó asegurar la diferencia necesaria de todo proceso de habla. (Canales y Peinado, 1994; Valles, 1996)

Se consideraron, entonces, los siguientes elementos:

- profesiones (se integraron orientaciones profesionales humanistas, técnicas y artísticas);

- integrar una amplitud etaria (se diferenciaron los rangos de adultos jóvenes y adultos medios, a fin de incluir posiciones generacionales distintas).

La muestra quedó constituida, entonces, de la siguiente manera:

Nº	Nombre	Edad	Actividad	Hijos
1	Gonzalo	25	Estudiante de Psicología	1
2	Alfredo	28	Estudiante de Psicología	1
3	Amaro	28	Psicólogo	1
4	Patricio	28	Ingeniero Civil	2
5	Jaime	31	Ingeniero Eléctrico	1
6	Cristóbal	35	Ingeniero en Comercio Exterior	3
7	Pablo	35	Ingeniero Eléctrico	2
8	Raúl	43	Periodista	1
9	Andrés	40	Sociólogo	2
10	Sergio	42	Fotógrafo	1

Técnica de producción de la información

Primero que nada, para poder trabajar en congruencia con el problema y objetivos planteados, se opta por utilizar técnicas que tiendan a la apertura, en el sentido que posean bajos niveles de estructuración y regulación del habla por los sujetos.

Por tanto, se optó por las entrevistas cualitativas en profundidad, las que son entendidas como encuentros cara a cara, dirigidos a la comprensión de las perspectivas de los sujetos acerca de sus vidas; se busca provocar la emergencia de las propias narraciones que el sujeto se dice de sí mismo. Asimismo, interés utilizar un dispositivo abierto, es decir, que no focalice ni defina temáticas aisladas, sino que genere una conversación fluida, que ayude al que hable vague libre, evidenciando los elementos discursivos desde donde se asienta. En este sentido, se privilegió el que el entrevistador asumiera una actitud no directiva, en tanto una forma determinada de intervenir sin dirigir las respuestas del entrevistado; y con una auténtica intención de comprender al otro en su propio lenguaje. (Echeverría y Zarzuri, 2004; Valles, 1997),

La elección asumida es congruente, entonces con la definición de Gaínza (2006), quien caracteriza la entrevista en profundidad como:

... una entrevista que posee los rasgos principales de abertura y flexibilidad por los cuales se busca establecer una *relación particular* con el sujeto bajo estudio, accediendo a una información que incluye aspectos de profundidad cuyo acceso requiere de un despliegue verbal y oral flexible al tiempo necesario que requiere para expresarse y configurar en sus ideas de realidad los sentidos a través de los cuales se da a entender. (p. 221)

Estas entrevistas se caracterizaron por:

- ⇒ Preocupación por dar curso a un espacio grato y contendor, a fin de posibilitar un habla cómoda.
- ⇒ Abiertas, en cuanto a que se provocaron los temas, pero se siguieron los caminos que los sujetos proponían para construirlos y presentarlos.
- ⇒ Temáticamente se trabajó con la provocación inicial del ‘significado de la paternidad’. Además se pusieron los temas de relación con las mujeres, las mujeres y el poder, sus construcciones de masculinidad, sus visiones en cuanto a sus propios padres. En todos estos temas se circuló flexiblemente por los cursos que pusieron los entrevistados.

Procedimiento de análisis de la información

González Rey (2000a) plantea que la generalización debe ser entendida como un proceso teórico que busca y permite integrar en un mismo espacio de significación elementos que anteriormente no tenían relación entre sí en términos de conocimiento. Así, al trabajar con realidades complejas tendrán el carácter de la generalización se orienta a un proceso de naturaleza constructiva.

En esta línea, en el momento de generar el análisis de la información en este estudio, y al buscar producir respuestas a las preguntas iniciales, lo que se busca finalmente es extender el potencial explicativo de una teoría; produciendo

nuevas propuestas comprensivas y explicativas que se validan en tanto muestren mayor capacidad generativa que otras. Ahora, este potencial explicativo se deriva del trabajo no de categorías aisladas, sino de los cruces y relaciones entre categorías, dentro de un marco interpretativo. (González Rey, 2000a)

Con este propósito, se optó para esta investigación por trabajar con un *modelo de análisis de discurso*, construido de manera emergente, definido en función de las necesidades del estudio, y a partir de las opciones reflexivas que surgieron en el proceso.

En este contexto, se plantea entender el análisis de discurso como el estudio de las prácticas lingüísticas que actúan en el presente manteniendo y promoviendo relaciones; por lo que implica sacar a la luz el poder del lenguaje como una práctica constituyente y regulativa. (Iñiguez, 2006)

Entonces, la tarea del analista consiste en recorrer los textos buscando todas las posibles lecturas e identificar aquellas que sean más adecuadas a la relación social investigada. Sin embargo, este proceso del análisis si bien contempla un marco organizador, se van realizando las operaciones de manera simultáneas, en un ir y volver de las categorías explicativas al análisis en sí y luego nuevamente a esas categorías para revisar o ajustarlas, para interpelarlas y hacerlas más funcionales. (Ibáñez, 1992; Iñiguez, 2006)

Así, si bien no se definieron etapas cerradas en el trabajo analítica, es posible distinguir momentos –abiertos y recursivos- por donde se circuló y a través de los cuales se operó.

Procesamiento de la información

Este análisis se fundó, en una primera fase, en el procesamiento que permite el *programa de análisis cualitativo Atlas Ti*, el cual básicamente permite contribuir a la organización y sistematicidad de datos cualitativos y por tanto mejorar la explotación de los mismos para los fines de una investigación. Su proceso contempla desde la preparación de los datos (formato de documento) y digitalización de los datos para la construcción de una unidad hermenéutica, en la

cual, procesarán todas las entrevistas, así como la construcción de categorías para análisis desde los niveles de tensión, que permitan la articulación de códigos, memos, agrupación por familias de análisis, esquemas de relaciones entre los distintos niveles de análisis; es decir, todo el entramado posible de operaciones que nos ofrece el programa y que en su conjunto nos permitirá capturar y trabajar de una manera mucho más ordenada, clara y sistemática.

Primer momento: Este análisis se realizó a partir de tres niveles de tensión discursiva:

- ✓ *Tonos de la enunciación:* afectos que tensionan la cotidianidad, emociones asumidas, emociones emergentes, recursos emocionales
- ✓ *Interlocuciones y protagonistas:* posiciones subjetivas que generan tensión (relaciones, sujetos implicados, formas que asume las interacciones).
- ✓ *Circulación discursiva:* tipos de discursos sociales que portan y que se entrecruzan generando tensiones en sus construcciones o versiones de subjetividad.

A partir de estos tres niveles discursivos se diferenciaron –en su interior– códigos, los cuales se usaron para la clasificación y comentarios de las citas.

Segundo momento: Una vez codificadas las 10 entrevistas, se trabajó en una revisión del material encontrado, tanto a partir de los memos (comentarios reflexivos que se realizan durante la codificación); como de las citas asignadas a los códigos. Con esta lectura inicial se tomó la decisión de trabajar generando familias de códigos, es decir agrupaciones o metacategorías. Así se generaron las siguientes familias de códigos:

- ✓ *Aperturas:* elementos culturales y biográficos que permiten movimientos amplios del proceso de subjetivación.
- ✓ *Resistencias:* elementos culturales y biográficos que limitan los procesos de subjetivación.

- ✓ *Articulaciones subjetivas*: vínculos y objetos hacia los cuales se dirigen los procesos de subjetivación.
- ✓ *Subjetividades afectivas*: posiciones afectivas en sus procesos de subjetivación.

Tercer momento: Entonces se desarrolló un trabajo interpretativo e integrativo, intencionado algunos ejes de análisis reflexivo, de acuerdo a los énfasis y cargas detectadas en los momentos o fases anteriores

En este sentido, se optó por una mirada más oblicua, intentando develar algunas posiciones y fuerzas culturales que portan los discursos de los varones acerca de su paternidad fuera del espacio de la familia tradicional. Por lo mismo, el énfasis se orientó a mostrar esos anclajes culturales que mediatizan las posibilidades de actualización y construcción de las prácticas de paternaje y subjetivación. En esta línea, se revisaron las subjetivaciones asociadas con la paternidad. Este trabajo se organizó finalmente de la siguiente manera:

núcleo de comprensión: anclajes culturales

- ✓ primer eje de análisis *familia como colectivo de cohesión*
- ✓ segundo eje de *naturalización del género*
- ✓ tercer eje: *interpelados por el „otro’ femenino*

núcleo de comprensión que profundiza en las subjetividades

- ✓ cuarto eje se sitúa en las *posiciones subjetivas fragilizadas*
- ✓ quinto y último eje: *subjetividades emergentes*.

Bibliografía

1. Canales, M. (2006) Presentación. En M. Canales (ed) *Metodologías de Investigación Social. Introducción a los oficios*. Santiago de Chile: LOM.

2. Canales, M. y Peinado, A. (1994). Grupos de discusión. En J. M. Delgado y J. Gutiérrez, (coord.) *Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales*. Madrid: Editorial Síntesis
3. Echeverría, G. y Zarzuri, R. (2004) *Técnicas de investigación cualitativa: el grupo de discusión y la entrevista en profundidad. Apuntes docentes*. Stgo. de Chile: Universidad Academia de Humanismo Cristiano
4. Fried Schnitman, D. (2005) *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
5. Gaínza, A. (2006). La entrevista en profundidad individual. En M. Canales (ed.) *Metodologías de Investigación Social. Introducción a los oficios*. (pp- 219-163). Santiago de Chile: LOM.
6. Goetz J.P. y LeCompte, M.D. (1988) *Etnografía y Diseño Cualitativo en Investigación Educativa*. Madrid: Morata. Capítulo III
7. González Rey, F. (2000a) *Investigación Cualitativa en Psicología. Rumbos y Desafíos*. México D. F.: International Thomson Editores
8. González Rey, F. (2000b) Lo cualitativo y lo cuantitativo en la investigación de la psicología social. *Revista cubana de psicología*, 17, 1 (pp.61-71). Consultado el 25 de agosto 2009. Disponible en: <http://www.psico.edu.uy/academic/gonzalez.pdf>
9. Ibáñez, J. (1992) *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*. Madrid: Ed. Siglo XXI
10. Iñiguez, L. (2006) *Análisis de Discurso*. Barcelona: UOC.
11. Krause, M., Cornejo, M. & Radovic, J. (1998). *Diseño de estudios cualitativos*. MINSAL. Apunte Ministerio de Salud Chile.
12. Mella, O. (2003) *Metodología cualitativa en ciencias sociales y educación: Orientaciones teórico -metodológicas y técnicas de investigación*. Santiago de Chile: Editorial Primus.
13. Valles, Miguel. (1996) *Técnicas cualitativas de Investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Editorial Síntesis.